

MONTEMAYOR, JORGE (1520 – 1561)

LOS SIETE LIBROS DE LA DIANA

ÍNDICE:

PRELIMINARES

LIBRO PRIMERO
LIBRO SEGUNDO
LIBRO TERCERO
LIBRO CUARTO
LIBRO QUINTO
LIBRO SEXTO
LIBRO SÉPTIMO

PRELIMINARES

Dedicatorias de Jorge de Montemayor

Al muy ilustre señor don Joan Castellá de Vilanova, Señor de las baronías de Bicorn y Quesa, Jorge de Montemayor

Aunque no fuera antigua esta costumbre, muy ilustre Señor, de dirigir los autores sus obras a personas de cuyo valor ellas lo recibiesen, lo mucho que vuestra merced meresce, así por su antigua casa y esclarecido linaje como por la gran suerte y valor de su persona, me moviera a mí, y con muy gran causa, a hazer esto. Y puesto caso que el baxo estilo de la obra y el poco merecimiento del autor de ella no se havían de estender a tanto como es dirigirlo a vuestra merced, tampoco tuviera otro remedio sino este, para ser en algo tenida, porque las piedras preciosas no reciben tanto valor del nombre que tienen, pudiendo ser falsas y contrahechas, como de la persona en cuyas manos están.

Suplico a vuestra merced debaxo de su amparo y corrección recoja este libro, así como al extranjero autor de él, ha recogido, pues que sus fuerças no pueden con otra cosa servir a vuestra merced, cuya vida y estado nuestro Señor por muchos años acreciente.

AL DICHO SEÑOR

Mecenas fue de aquel Marón famoso
particular señor y amigo caro;
de Homero, aunque finado, el belicoso

Alexandro gozó su ingenio raro;
y assí el de Vilanova generoso
del lusitano autor ha sido amparo,
haziendo que un ingenio baxo y falto
hasta las nuves suba y muy más alto.

Elogios de ingenios valencianos a Montemayor

De don Gaspar de Romaní al autor

SONETO

Si de Madama Laura la memoria
Petrarca para siempre ha levantado,
y a Homero assí de lauro ha coronado
escribir de los griegos la victoria;

si los reyes también, para más gloria,
vemos que de contino han procurado
que aquello que en la vida han conquistado
en muerte se renueve con su historia;

con más razón serás, ¡oh excelente
Diana!, por hermosa celebrada
que cuantas en el mundo hermosas fueron,

pues nadie meresció ser alabada
de quien assí el laurel tan justamente
merezca más que cuantos escrivieron.

Jerónimo Sampere a Jorge de Montemayor

SONETO

-Parnaso monte, sacro y celebrado,
museo de poetas deleitoso,
venido al parangón con el famoso,
¿parésceme que estás desconsolado?

-Estoylo, y con razón, pues se han passado
las Musas y su coro glorioso
a esse que es Mayor Monte dichoso,
en quien mi fama y gloria han mudado.

Dichosa fue en extremo su Diana,
pues, para ser del orbe más mirada,
mostró en el Monte excelso su grandeza;

allí bive en su loa soberana,
por todo el universo celebrada,
gozando celsitud, que es más que alteza.

ARGUMENTO de este libro

En los campos de la principal y antigua ciudad de León, riberas del río Ezla, hubo una pastora llamada Diana, cuya hermosura fue extremadísima sobre todas las de su tiempo. Esta quiso y fue querida en extremo de un pastor, llamado Sireno, en cuyos amores hubo toda la limpieza y honestidad possible. Y en el mismo tiempo la quiso más que a sí otro pastor llamado Silvano, el cual fue de la pastora tan aborrescido que no había cosa en la vida a quien peor quisiese.

Sucedió, pues, que como Sireno fuese forçadamente fuera del reino a cosas que su partida no podía escusarse y la pastora quedase muy triste por su ausencia, los tiempos y el corazón de Diana se mudaron y ella se casó con otro pastor llamado Delio, poniendo en olvido el que tanto había querido; el cual, viniendo después de un año de ausencia con gran deseo de ver a su pastora, supo antes que llegase cómo era ya casada.

Y de aquí comienza el primero libro. Y en los demás hallarán muy diversas historias de casos que verdaderamente han sucedido, aunque van disfraçados debaxo de nombres y estilo pastoril.

LIBRO PRIMERO

Baxava de las montañas de León el olvidado Sireno, a quien amor, la Fortuna, el tiempo tratan de manera que, del menor mal que en tan triste vida padecía, no se esperaba menos que perdella. Yano llorava el desventurado pastor el mal que la ausencia le prometía ni los temores del olvido le importunavan, porque vía cumplidas las profecías de su recelo tan en perjuizio suyo, que ya no tenía más infortunios con que amenazalle. Pues llegando el pastor a los verdes y deleitosos prados que el caudaloso río Ezla con sus aguas va regando, le vino a la memoria el gran contentamiento de que en algún tiempo allí gozado había, siendo tan señor de su libertad como entonces sujeto a quien sin causa lo tenía sepultado en las tinieblas de su olvido. Considerava aquel dichoso tiempo que por aquellos prados y hermosa ribera apascentava su ganado, poniendo los ojos en sólo el interesse que de traelle bien apascentado se le seguía, y las horas que le sobravan gastava el pastor en sólo gozar del suave olor de las doradas flores, al tiempo que la primavera, con las alegres nuevas del verano, se esparze por el universo, tomando a vezes su rabel, que muy pulido en un çurrón siempre traía, otras veces una çampoña, al son de la cual componía los dulces versos con que de las pastoras de toda aquella comarca era loado.

No se metía el pastor en la consideración de los malos o buenos sucessos de la Fortuna ni en la mudança y variación de los tiempos; no le passava por el pensamiento la diligencia y codicias del ambicioso cortesano, ni la confiança y presunción de la dama celebrada por solo el voto y parecer de sus apassionados; tampoco le dava pena la hinchazón y descuido del orgulloso privado. En el campo se crió, en el campo apascentava su ganado, y assí no salían del campo sus pensamientos, hasta que el crudo amor tomó aquella possession de su libertad que él suele tomar de los que más libres se imaginan.

Venía, pues, el triste Sireno, los ojos hechos fuentes, el rostro mudado y el corazón tan hecho a sufrir desventuras que si la Fortuna le quisiera dar algún contento, fuera menester buscar otro corazón nuevo para recebille. El vestido era de un sayal tan áspero como su ventura, un cayado en la mano, un çurrón del brazo izquierdo colgando. Arrimóse al pie de una haya; començó a tender sus ojos por la hermosa ribera, hasta que llegó con ellos al lugar donde primero havía visto la hermosura, gracia, honestidad de la pastora Diana, aquella en quien Naturaleza sumó todas las perficciones que por muchas partes havía repartido. Lo que su corazón sintió, imagínelo aquel que en algún tiempo se halló metido entre memorias tristes.

No pudo el desventurado pastor poner silencio a las lágrimas ni escusar los sospiros que del alma le salían. Y, bolviendo los ojos al cielo, començó a dezir de esta manera:

-¡Ay, memoria mía, enemiga de mi descanso! ¿No os ocupárades mejor en hazerme olvidar desgustos presentes, que en ponerme delante los ojos contentos passados? ¿Qué dezís, memoria? Que en este prado vi a mi señora Diana; que en él comencé a sentir lo que no acabaré de llorar; que junto a aquella clara fuente, cercada de altos y verdes alisos, con muchas lágrimas algunas vezes me jurava que no havía cosa en la vida, ni voluntad de padres, ni persuasión de hermanos, ni importunidad de parientes que de su pensamiento la apartase; y que, cuando esto dezía, salían por aquellos hermosos ojos unas lágrimas como orientales perlas que parecían testigo de lo que en el corazón le quedava, mandándome, so pena de ser tenido por hombre de baxo entendimiento, que creyesse lo que tantas vezes me dezía. Pues esperá un poco, memoria: ya que me havéis puesto delante los fundamentos de mi desventura, que tales fueron ellos, pues el bien que entonces passé fue principio del mal que ahora padezco, no se os olviden, para templarme este descontento, de ponerme delante los ojos, uno a uno, los trabajos, los desassossiegos, los temores, los recelos, las sospechas, los celos, las desconfíanças que aun en el mejor estado no dexan al que verdaderamente ama. ¡Ay, memoria, memoria, destruidora de mi descanso! Cuán cierto está responderme que el mayor trabajo que en estas consideraciones se passava era muy pequeño en comparación del contentamiento que a trueque de él recibía! Vos, memoria, tenéis mucha razón y lo peor de ello es tenella tan grande.

Y estando en esto sacó del seno un papel, donde tenía embueltos unos cordones de seda verde y cabellos -¡y qué cabellos!-, y poniéndolos sobre la verde yerva, con muchas lágrimas sacó su rabel, no tan loçano como lo traía al tiempo que de Diana era favorecido, y començó a cantar lo siguiente:

Cabellos, ¡cuánta mudança
he visto después que os vi.
¡Y cuán mal parece ahí
essa color de esperança!

Bien pensava yo, cabellos,
aunque con algún temor,
que no fuera otro pastor
digno de verse cabe ellos.

¡Ay, cabellos! Cuántos días
la mi Diana mirava
si os traía o si os dexava
y otras cien mil niñerías.

Y cuántas vezes llorando,
¡ay, lágrimas engañosas!,
pedía celos de cosas
de que yo estava burlando.

Los ojos que me matavan,
dezí, dorados cabellos,
¿qué culpa tuve en creellos,
pues ellos me aseguravan?

¿No visteis vos que algún día
mil lágrimas derramava
hasta que yo le jurava
que sus palabras creía?

¿Quién vio tanta hermosura
en tan mudable subjecto?
Y en amador tan perfecto
¿Quién vio tanta desventura?

¡Oh cabellos! ¿No os corréis,
por venir de a do venistes,
viéndome como me visteis,
en verme como me veis?

Sobre el arena sentada
de aquel río la vi yo,
do con el dedo escribió:
«Antes muerta que mudada».

Mira el amor lo que ordena,
que os viene a hazer creer
cosas dichas por muger
y escritas en el arena.

No acabara tan presto Sireno el triste canto si las lágrimas no le fueran a la mano; tal estava como aquel a quien Fortuna tiene atajados todos los caminos de su remedio. Dexó caer su rabel, toma los dorados cabellos, buélvelos a su lugar diziendo:

-¡Ay, prendas de la más hermosa y desleal pastora que humanos ojos pudieron ver! ¡Cuán a vuestro salvo me havéis engañado! ¡Ay, que no puedo dexar de veros, estando todo mi mal en haveros visto!

Y quando del çurrón sacó la mano, acaso topó con una carta que en tiempo de su prosperidad Diana le havía embiado, y, como la vio, con un ardiente suspiro que del alma le salía, dixo:

-¡Ay, carta, carta! Abrasada te vea por mano de quien mejor lo pueda hazer que yo, pues jamás en cosa mía pude hazer lo que quisiesse. ¡Mal haya quien ahora te leyere! Mas ¿quién podrá dexar de hazello?

Y, descogiéndola vio que dezía de esta manera:

Carta de Diana a Sireno

Sireno mío: ¡Cuán mal sufriría tus palabras quien no pensasse que amor te las hazía dezir! Dízeme que no te quiero cuanto devo; no sé en qué lo vees ni entiendo cómo te pueda querer más. Mira que ya no es tiempo de no creerme, pues vees que lo que te quiero me fuerça a creer lo que de tu pensamiento me dizes. Muchas vezes imagino que, assí como piensas que no te quiero, queriéndote más que a mí, assí debes pensar que me quieres, teniéndome aborrescida. Mira, Sireno, que el tiempo lo ha hecho mejor contigo de lo que al principio de nuestros amores sospechaste y que, quedando mi honra a salvo, la cual te deve todo lo del mundo, no havría cosa en él que por ti no hiziesse. Suplícote todo quanto puedo que no te metas entre celos y sospechas, que ya sabes cuán pocos escapan de sus manos con la vida, la cual te dé Dios con el contento que yo te desseo.

-¿Carta es esta -dixo Sireno suspirando- para pensar que pudiera entrar olvido en el corazón donde tales palabras salieron? ¿Y palabras son estas para passallas por la memoria al tiempo que quien las dixo no la tiene de mí? ¡Ay triste, con cuánto contentamiento acabé de leer esta carta quando mi señora me la embió y cuántas vezes en aquella hora misma la bolví a leer! Mas págolo ahora con las setenas, y no se sufría menos sino venir de un extremo a otro, que mal contado le sería a la Fortuna dexar de hazer conmigo lo que con todos haze.

A este tiempo, por una cuesta abaxo que del aldea venía al verde prado, vio Sireno venir un pastor, su passo a passo, parándose a cada trecho, unas veces mirando el cielo, otras el verde prado y hermosa ribera que desde lo alto descubría, cosa que más le aumentava su tristeza, viendo el lugar que fue principio de su desventura. Sireno le conoció y dixo, buuelto el rostro hazia la parte donde venía:

-¡Ay, desventurado pastor, aunque no tanto como yo! ¿En qué han parado las competencias que conmigo traías por los amores de Diana y los desfavores que aquella cruel te hacía, poniéndolo a mi cuenta? Mas si tú entendieras que tal había de ser la suma, cuánto mayor merced hallaras que la Fortuna te hacía en sustentarte en un infelice estado que a mí en derribarme de él al tiempo que menos lo temía.

A este tiempo el desamado Silvano tomó una çampoña y, tañendo un rato, cantava con gran tristeza estos versos:

Amador, soy, mas nunca fui amado;
quisse bien y querré, no soy querido;
fatigas passo y nunca las he dado;
sospiros di, mas nunca fui oído.
Quexarme quisse y no fui escuchado;
huir quisse de amor, quedé corrido;
de solo olvido no podré quexarme,
porque aún no se acordaron de olvidarme.

Yo hago a cualquier mal solo un semblante;
jamás estuve hoy triste, ayer contento;
no miro atrás ni temo ir adelante;
un rostro hago al mal o al bien que siento.
Tan fuera voy de mí como el dançante
que haze a cualquier son un movimiento,
y assí me gritan todos como a loco;
pero según estoy aún esto es poco.

La noche a un amador le es enojosa
cuando del día atiende bien alguno,
y el otro de la noche espera cosa
que el día le haze largo e importuno.
Con lo que un hombre cansa, otro reposa;
tras su deseo camina cada uno;
mas yo siempre llorando el día espero
y en viendo el día por la noche muero.

Quexarme yo de amor es escusado:
pinta en el agua o da bozes al viento;
busca remedio en quien jamás le ha dado,
que al fin venga a dexalle sin descuento.

Llegaos a él a ser aconsejado;
diraos un disparate y otros ciento.
¿Pues quién es este amor? Es una ciencia
que no la alcanza estudio ni experiencia.

Amava mi señora al su Sireno;
dexava a mí, quizá que lo acertava.
Yo, triste, a mi pesar tenia por bueno
lo que en la vida y alma me tocava.
A estar mi cielo algún día sereno,
quexara yo de amor si le añublava;
mas ningún bien diré que me ha quitado.
¡Ved cómo quitará lo que no ha dado!

No es cosa amor que aquel que no lo tiene
hallará feria a do pueda comprallo,
ni cosa que en llamándola se viene,
ni que le hallaréis yendo a buscarlo.
Que, si de vos no nasce, no conviene
pensar que ha de nacer de procurallo;
y pues que jamás puede amor forçarse
no tiene el desamado que quexarse.

No estava ocioso Sireno al tiempo que Silvano estos versos cantava, que con sospiros respondía a los últimos acentos de sus palabras y con lágrimas solemnizava lo que de ellas entendía. El desamado pastor, después que hubo acabado de cantar, se comenzó a tomar cuenta de la poca que consigo tenía y cómo por su señora Diana había olvidado todo el hato y rebaño, y esto era lo menos. Considerava que sus servicios eran sin esperanza de galardón, cosa que a quien tuviera menos firmeza pudiera fácilmente atajar el camino de sus amores. Mas era tanta su constancia que, puesto en medio de todas las causas que tenía de olvidar a quien no se acordava de él, se salía tan a su salvo de ellas y tan sin perjuizio del amor que a su pastora tenía, que sin miedo alguno cometía cualquiera imaginación que en daño de su fe le sobreviniese.

Pues como vio a Sireno junto a la fuente, quedó espantado de velle tan triste, no porque ignorasse la causa de su tristeza, mas porque le pareció que si él huviera recibido el más pequeño favor que Sireno algún tiempo recibió de Diana, aquel contentamiento bastara para toda la vida tenelle. Llegóse a él y, abraçándose los dos con muchas lágrimas, se bolvieron a sentar encima de la menuda yerva y Silvano comenzó a hablar de esta manera:

-¡Ay Sireno, causa de toda mi desventura o del poco remedio de ella! Nunca Dios quiera que yo de la tuya reciba vengança, porque, cuando muy a mi salvo pudiesse hazello, no permitiría el amor que a mi señora Diana tengo, que yo fuesse contra aquel en quien ella con tanta voluntad lo puso. Si tus trabajos no me duelen, nunca en los míos haya fin; si luego que Diana se quiso desposar, no se me acordó que su desposorio y tu muerte havían

de ser a un tiempo, nunca en otro mejor me vea que este en que ahora estoy. Pensar debes, Sireno, que te quería yo mal porque Diana te quería bien, y que los favores que ella te hacía eran parte para que yo te desamasse; pues no era de tan baxos quilates mi fe que no siguiesse a mi señora, no solo en quererla, sino en querer todo lo que ella quisiesse. Pesarme de tu fatiga, no tienes por qué agradescérmelo, porque estoy tan hecho a pesares que aun de bienes míos me pesaría, cuanto más de males ajenos.

No causó poca admiración a Sireno las palabras del pastor Silvano; y assí estuvo un poco suspenso, espantado de tan gran sufrimiento y de la cualidad del amor que a su pastora tenía. Y bolviendo en sí le respondió de esta manera:

-Por ventura, Silvano, has nascido tú para exemplo de los que no sabemos sufrir las adversidades que la Fortuna delante nos pone; o acaso te ha dado naturaleza tanto ánimo en ellas, que no sólo baste para sufrir las tuyas, mas que aun ayudes a sobrellevar las ajenas. Veo que estás tan conforme con tu suerte, que, no te prometiendo esperanza de remedio, no sabes pedille más de lo que te da. Yo te digo, Silvano, que en ti muestra bien el tiempo que cada día va descubriendo novedades muy ajenas de la imaginación de los hombres. ¡Oh cuánta más embidia te debe tener este sin ventura pastor en verte sufrir tus males, que tú podrías tenelle a él al tiempo que le vías gozar sus bienes! ¿Viste los favores que me hacía? ¿Viste la blandura de palabra con que me manifestava sus amores? ¿Viste cómo llevar el ganado al río, sacar los corderos al soto, traer las ovejas por la siesta a la sombra de estos alisos, jamás sin mi compañía supo hazello? Pues nunca yo vea el remedio de mi mal si de Diana esperé ni desseé cosa que contra su honra fuesse; y, si por la imaginación me passava, era tanta su hermosura, su valor, su honestidad y la limpieça del amor que me tenía, que me quitavan del pensamiento cualquiera cosa que en daño de su bondad imaginasse.

-Esso creo yo por cierto -dixo Silvano sospirando-, porque lo mismo podré afirmar de mí; y creo que no hubiera nadie que en Diana pusiera los ojos que osara dessear otra cosa sino verla y conversarla, aunque no sé si hermosura tan grande en algún pensamiento no tan sujeto como el nuestro hiziera algún exceso; y más si como yo un día la vi acertara de vella, que estava sentada contigo junto a aquel arroyo, peinando sus cabellos de oro, y tú le estavas teniendo el espejo en que, de cuando en cuando, se mirava. Bien mal sabíades los dos que os estava yo acechando desde aquellas matas altas que están junto a las dos enzinas; y aún se me acuerda de los versos que tú le cantaste sobre haverle tenido el espejo en cuanto se peinava.

-¿Cómo los huviste a las manos? -dixo Sireno.

Silvano le respondió:

-El otro día siguiente hallé aquí un papel en que estavan escritos y los leí, y aun los encomendé a la memoria; y luego vino Diana por aquí llorando por havellos perdido y me preguntó por ellos, y no fue pequeño contentamiento para mí ver en mi señora lágrimas que yo pudiesse remediar. Acuérdome que aquella fue la primera vez que de su boca oí palabra sin ira. Y mira cuán necessitado estava de favores que, de dezirme ella

que me agradecía darle lo que buscava, hize tan grandes reliquias que más de un año de gravísimos males desconté por aquella sola palabra que traía alguna apariencia de bien.

-Por tu vida -dixo Sireno-, que digas los versos que dizes que yo le canté, pues los tomaste de coro.

-Soy contento -dixo Silvano-. De esta manera dezían:

De merced tan estremada
ninguna deuda me queda,
pues en la misma moneda,
señora, quedáis pagada.

Que si gozé estando allí,
viendo delante de mí
rostro y ojos soberanos,
vos también, viendo en mis manos
lo que en vuestro rostro vi.

Y esto no os parezca mal,
que si de vuestra hermosura
vistas sola la figura,
y yo vi lo natural.

Un pensamiento estremado,
jamás de amor sujetado,
mejor vee que no el cativo,
aunque el uno vea lo vivo
y el otro, lo debuxado.

Cuando esto acabó Sireno de oír, dixo contra Silvano:

-Plega Dios, pastor, que el amor me dé esperanza de algún bien imposible, si hay cosa en la vida con que yo más fácilmente la passasse que con tu conversación; y si agora en extremo no me pesa que Diana te haya sido tan cruel que siquiera no mostrase agradescimiento a tan leales servicios y a tan verdadero amor como en ellos has mostrado.

Silvano le respondió sospirando:

-Con poco me contentara yo, si mi Fortuna quisiera; y bien pudiera Diana, sin ofender a lo que a su honra y a tu fe debía, darme algún contentamiento. Mas no tan solo huyó siempre de dármele, más aun, de hazer cosa por donde imaginasse que yo algún tiempo podría tenelle. Dezía yo muchas veces entre mí: ¿ahora esta fiera endurecida no se enojaría algún día con Sireno, de manera que, por vengarse de él, fingiesse favorescerme a mí? Que un hombre tan desconsolado y falto de favores, aun fingidos los tenía por

buenos. Pues cuando de esta ribera te partiste, pensé verdaderamente que el remedio de mi mal me estava llamando a la puerta y que el olvido era la cosa más cierta que después de la ausencia se esperaba, y más en corazón de muger. Pero cuando después vi las lágrimas de Diana, el no reposar en el aldea, el amar la soledad, los continuos sospiros, Dios sabe lo que sentí. Que puesto caso que yo sabía ser el tiempo un médico muy aprobado para el mal que la ausencia suele causar, una sola hora de tristeza no quisiera yo que por mi señora passara, aunque de ella se me siguieran a mí cien mil de alegría. Algunos días después que te fuiste, la vi junto a la dehesa del monte, arrimada a una enzina, de pechos sobre su cayado, y de esta manera estuvo gran pieça antes que me viesse; después alçó los ojos y las lágrimas le estorvaron verme. Devía ella entonces imaginar en su triste soledad y en el mal que tu ausencia le hazía sentir; pero de ahí a un poco, no sin lágrimas acompañadas de tristes sospiros, sacó una çampoña que en el çurrón traía y la començó a tocar tan dulcemente que el valle, el monte, el río, las aves enamoradas y aun las fieras de aquel espeso bosque quedaron suspensas; y, dexando la çampoña, al son que en ella havía tañido començó esta canción:

CANCIÓN

Ojos, que ya no veis quien os mirava
cuando érades espejo en que se vía,
¿qué cosa podréis ver que os dé contento?
Prado florido y verde, do algún día
por el mi dulce amigo yo esperaba:

Llorad conmigo el grave mal que siento.
Aquí me declaró su pensamiento.
Oíle yo, cuitada,
más que serpiente airada,
llamándole mil vezes atrevido;
y él, triste, allí rendido...
Paresce que es ahora y que lo veo,
y aun esse es mi desseo.
¡Ay si le viesse yo, ay tiempo bueno!
Ribera umbrosa, ¿qué es del mi Sireno?

Aquella es la ribera, este es el prado;
allí paresce el soto y valle umbroso
que yo con mi rebaño repastava;
veis el arroyo dulce y sonoro
a do pascía la siesta mi ganado
cuando el mi dulce amigo aquí morava,
debaxo aquella haya verde estava.

Y veis allí el otero
a do le vi primero

y a do me vio. ¡Dichoso fue aquel día,
si la desdicha mía
un tiempo tan dichoso no acabara!
¡Oh haya, oh fuente clara!
Todo está aquí, mas no por quien yo peno.
Ribera umbrosa, ¿qué es del mi Sireno?

Aquí tengo un retrato que me engaña,
pues veo a mi pastor cuando lo veo,
aunque en mi alma está mejor sacado.
Cuando de verle llega el gran desseo,
de quien el tiempo luego desengaña
a aquella fuente voy que está en el prado;
arrímolo a aquel sauze y a su lado
me asiento, ¡ay amor ciego!;
al agua miro luego
y veo a mí y a él como le vía
cuando él aquí bivía.
Esta invención un rato me sustenta;
después cayó en la cuenta
y dize el corazón, de ansias lleno:
Ribera umbrosa, ¿qué es del mi Sireno?

Otras vezes le hablo y no responde,
y pienso que de mí se está vengando,
porque algún tiempo no le respondía;
mas dígole yo triste assí llorando:
«Hablad, Sireno, pues estáis adonde
jamás imaginó mi fantasía.
¿No veis, dezí, que estáis n'el alma mía?»
Y él, toda vía callado;
y estarse allí a mi lado.
En mi seso le ruego que me hable.
¡Qué engaño tan notable
pedir a una pintura lengua o seso!
¡Ay tiempo, que en un peso
está mi alma y en poder ajeno!
Ribera umbrosa, ¿qué es del mi Sireno?

No puedo jamás ir con mi ganado,
cuando se pone el sol, a nuestra aldea,
ni desde allá venir a la majada,
sino por donde, aunque no quiera, vea
la choça de mi bien tan desseado,
ya por el suelo toda derribada.
Allí me asiento un poco y descuidada

de ovejas y corderos,
hasta que los vaqueros
me dan bozes, diziendo: «Ah, pastora,
¿en qué piensas ahora?
¡Y el ganado pasciendo por los trigos!»
Mis ojos son testigos
por quien la yerva crece al valle ameno.
Ribera umbrosa, ¿qué es del mi Sireno?

Razón fuera, Sireno, que hizieras
a tu opinión más fuerça en la partida,
pues que sin ella te entregué la mía.
¿Mas yo de quién me quexo? ¡Ay, perdida!
¿Pudiera alguno hazer que no partieras,
si el hado o la Fortuna lo quería?
No fue la culpa tuya ni podría
creer que tú hiziesses
cosa con que ofendieses
a este amor tan llano y tan sencillo;
no quiero presumillo,
aunque haya muchas muestras y señales;
los hados desiguales
me han añublado un cielo muy sereno.
Ribera umbrosa, ¿qué es del mi Sireno?

Canción, mira que vayas donde digo;
mas quédate conmigo,
que puede ser te lleve la Fortuna
a parte do te llamen importuna.

Acabando Silvano la amorosa canción de Diana, dixo a Sireno, que como fuera de sí
estava oyendo los versos que después de su partida la pastora había cantado:

-Cuando esta canción cantava la hermosa Diana, en mis lágrimas pudieran ver si yo
sentía las que ella por tu causa derramava. Pues no queriendo yo dalle a entender que la
havía entendido, disimulando lo mejor que pude, que no fue poco podello hazer,
lleguéme adonde estava...

Sireno entonces le atajó diziendo:

-Ten punto, Silvano. ¿Que un corazón que tales cosas sentía pudo mudarse? ¿Oh
constancia, oh firmeza! ¡Y cuán pocas vezes hazéis asiento sobre corazón de hembra, que
cuanto más sujeta está a quereros, tanto más pronta está para olvidaros! Y bien creí yo
que en todas las mugeres havía esta falta, mas en mi señora Diana jamás pensé que
naturaleza havía dexado cosa buena por hazer.

Prosiguiendo, pues, Silvano por su historia adelante le dixo:

-Como yo me llegasse más a donde Diana estava, vi que ponía los ojos en la clara fuente, adonde, prosiguiendo su acostumbrado oficio, comenzó a dezir: «¡Ay, ojos, y cuánto más presto se os acabarán las lágrimas que la ocasión de derramallas! ¡Ay mi Sireno! Plega a Dios que antes que el desabrido invierno desnude el verde prado de frescas y olorosas flores, y el valle ameno de la menuda yerva, y los árboles sombríos de su verde hoja, vean estos ojos tu presencia tan deseada de mi ánima, como de la tuya devo ser aborrescida.» A este punto alzó el divino rostro y me vido; trabajó por disimular el triste llanto, mas no lo pudo hazer de manera que las lágrimas no atajassen el passo a su disimulación. Levantóse a mí diziendo: «Siéntate aquí, Silvano, que assaz vengado estás y a costa mía. Bien paga esta desdichada lo que dizes que a su causa sientes, si es verdad que es ella la causa.» «¿Es posible, Diana», le respondí, «que esso me quedava por oír? En fin, no me engaño en dezir que nascí para cada día descubrir nuevos géneros de tormentos, y tú para hazerme más sinrazones de las que en tu pensamiento pueden caber. ¿Ahora dudas ser tú la causa de mi mal? Si tú no eres la causa de él, ¿quién sospechas que meresciese tan gran amor? ¿O qué corazón havría en el mundo, si no fuesse el tuyo, a quien mis lágrimas no huviessen ablandado?» Y a esto añadí otras muchas cosas de que ya no tengo memoria; mas la cruel, enemiga de mi descanso, atajó mis razones diziendo: -«Mira, Silvano, si otra vez tu lengua se atreve a tratar de cosa tuya y a dexar de hablarme en el mi Sireno, a tu plazer te dexaré gozar de la clara fuente donde estamos sentados. ¿Y tú no sabes que toda cosa que de mi pastor no tratare me es aborrecible y enojosa; y que a la persona que quiere bien, todo el tiempo que gasta en oír cosa fuera de sus amores le paresce mal empleado?» Yo entonces, de miedo que mis palabras no fuessen causa de perder el descanso que su vista me ofrescía, puse silencio en ellas y estuve allí un gran rato, gozando de ver aquella hermosura sobrehumana, hasta que la noche se dexó venir con mayor presteza de lo que yo quisiera; y de allí nos fuimos los dos con nuestros ganados al aldea.

Sireno sospirando le dixo:

-Grandes cosas me has contado, Silvano; y todas en daño mío. ¡Desdichado de mí! ¡Cuán presto vine a experimentar la poca constancia que en las mugeres hay! Por lo que les devo, me pesa. No quisiera yo, pastor, que en algún tiempo se oyera decir que en un vaso donde tan gran hermosura y discreción juntó naturaleza, huviera tan mala mixtura como es la inconstancia que conmigo ha usado. Y lo que más me llega al alma es que el tiempo le ha de dar a entender lo mal que conmigo lo ha hecho, lo cual no puede ser sino a costa de su descanso. ¿Cómo le va de contentamiento después de casada?

Silvano respondió:

-Dízenme algunos que le va mal; y no me espanto, porque, como sabes, Delio, su esposo, aunque es rico de los bienes de Fortuna, no lo es de los de naturaleza, que en esto de la disposición ya ves cuán mal le va; pues de otras cosas de que los pastores nos preciamos, como son tañer, cantar, luchar, jugar al cayado, bailar con las moças el domingo, paresce que Delio no ha nascido para más que mirallo.

-Ahora, pastor -dixo Sireno-, toma tu rabel y yo tomaré mi çampoña, que no hay mal que con la música no se passe, ni tristeza que con ella no se acreciente.

Y templando los dos pastores sus instrumentos, con mucha gracia y suavidad començaron a cantar lo siguiente:

SILVANO

Sireno, ¿en qué pensavas, que mirándote
estava desde el soto y condoliéndome
de ver con el dolor que estás quexándote?

Yo dexo mi ganado allí atendiéndome,
que en cuanto el claro sol no va encubriéndose,
bien puedo estar contigo entreteniéndome.

Tu mal me di, pastor, que el mal diziéndose
se passa a menos costa que callándolo,
y la tristeza, en fin, va despidiéndose.

Mi mal contaria yo, pero contándolo
se me acrecienta y más en acordárseme
de cuán en vano, ¡ay triste!, estoy llorándolo.

La vida a mi pesar veo alargárseme;
mi triste corazón no hay consolármele;
y un desusado mal veo acercárseme.

De quien medio esperé vino a quitármele;
mas nunca le esperé, porque esperándole
pudiera con razón dexar de dármele.

Andava mi pasión solicitándole
con medios no importunos, sino lícitos,
y andava el crudo amor allá estorvándole.

Mis tristes pensamientos muy solícitos,
de una a otra parte rebolviéndose,
huyendo en toda cosa el ser ilícitos,

pedían a Diana que, pudiéndose
dar medio en tanto mal, y sin causártele,
se diese y fuese un triste entreteniéndose.

¿Pues qué hizieras, di, si en vez de dártele

te le quitara? ¡Ay triste, que pensándolo
callar querría mi mal, y no contártele!

Pero después, Sireno, imaginándolo,
una pastora invoco hermosísima,
y así va a costa mía, en fin, passándolo.

SIRENO

Silvano mío, una afición rarísima,
una beldad que ciega luego en viéndola,
un seso y discreción excelentísima,

con una dulce habla, que en oyéndola
las duras peñas mueve enternesciéndolas,
¿qué sentiría un amador perdiéndola?

Mis ovejuelas miro y pienso en viéndolas
cuántas veces la vi repastándolas
y con las suyas propias recogéndolas

Y cuántas veces la topé llevándolas
al río por la siesta, a do sentándose
con gran cuidado estaba allí contándolas.

Después si estaba sola, destocándose
vieras el claro sol embidiosísimo
de sus cabellos, y ella allí peinándose.

Pues, ¡oh Silvano!, amigo mío carísimo
cuántas veces de súbito encontrándome
se le encendía aquel rostro hermosísimo!

Y con qué gracia estaba preguntándome
que cómo havia tardado, y aun riñéndome;
y, si esto me enfadava, halagándome.

Pues cuántos días la hallé atendiéndome
en esta clara fuente y yo buscándola
por aquel soto espeso y deshaciéndome.

Cómo cualquier trabajo en encontrándola
de ovejas y corderos lo olvidávamos,
hablando ella conmigo y yo mirándola.

Otras veces, Silvano, concertávamos

la çampoña y rabel con que tañíamos
y mis versos entonce allí cantávamos.

Después la flecha y arco apercebíamos,
y otras vezes, la red; y ella siguiéndome,
jamás sin caça a nuestra aldea bolvíamos.

Assí Fortuna anduvo entreteniéndome,
que para mayor mal iva guardándome,
el cual no terná fin sino muriéndome.

SILVANO

Sireno, el crudo amor, que lastimándome
jamás cansó, no impide el acordárseme
de tanto mal, y muero en acordándome.

Miré a Diana y vi luego abreviárseme
el plazer y contento en solo viéndola,
y a mi pesar la vida vi alargárseme.

¡Oh cuántas vezes la hallé perdiéndola
y cuántas vezes la perdí hallándola,
y yo callar, sufrir, morir sirviéndola!

La vida perdía yo cuando topándola
mirava aquellos ojos, que airadísimos
bolví contra mí luego en hablándola.

Mas cuando los cabellos hermosísimos
descogía y peinava, no sintiéndome,
se me bolvian los males sabrosísimos.

Y la cruel Diana, en conociéndome,
bolví como fiera que encrespándose
arremete al león y deshaziéndome.

Un tiempo la esperança, assí burlándome,
mantuvo el corazón entreteniéndole,
mas él mismo después desengañándose
burló del esperar y fue perdiéndole.

No mucho después que los pastores dieron fin al triste canto, vieron salir de entre el arboleda que junto al río estava una pastora tañendo con una çampoña y cantando con tanta gracia y suavidad como tristeza, la cual encubría gran parte de su hermosura, que no

era poca; y preguntando Sireno, como quien había mucho que no repastava por aquel valle, quién fuese, Silvano le respondió:

-Esta es una hermosa pastora que de pocos días acá apascienta por estos prados, muy quexosa de amor y, según dicen, con mucha razón; aunque otros quieren dezir que ha mucho tiempo que se burla con el desengaño.

-¿Por ventura -dixo Sireno- está en su mano el desengañarse?

-Sí -respondió Silvano-, porque no puedo yo creer que hay muger en la vida que tanto quiera que la fuerza del amor le estorve entender si es querida o no.

-De contraria opinión soy.

-¿De contraria? -dixo Silvano-. Pues no te irás alabando, que bien caro te cuesta haverte fiado en las palabras de Diana. Pero no te doy culpa, que assí como no hay a quien no vença su hermosura, assí no habrá a quien sus palabras no engañen.

-¿Cómo puedes tú saber esso, pues ella jamás te engañó con palabras ni con obras?

-Verdad es -dixo Silvano- que siempre fui de ella desengañado, mas yo osaría jurar, por lo que después acá ha sucedido, que jamás me desengañó a mí sino por engañarte a ti. Pero dexemos esto y oyamos esta pastora, que es gran amiga de Diana, y, según lo que de su gracia y discreción me dicen, bien meresce ser oída.

A este tiempo llegava la hermosa pastora junto a la fuente, cantando este soneto:

SONETO

Ya he visto yo a mis ojos más contento
y he visto más alegre el alma mía;
triste de la que enfada do algún día
con su vista causó contentamiento.

¿Mas cómo esta Fortuna en un momento
os corta la raíz del alegría?
Lo mismo que hay de un es a un ser solía,
hay de un muy gran plazer a un gran tormento.

Tomaos allá con tiempos, con mudanças;
tomaos con movimientos desvariados;
veréis el corazón cuán libre os queda.

Entonce me fiaré yo en esperanças
cuando los casos tenga sojuzgados

y echado un clavo al eje de la rueda.

Después que la pastora acabó de cantar, se vino derecha a la fuente adonde los pastores estaban; y entretanto que venía, dixo Silvano medio riendo:

-No hagas sino hazer caso de aquellas palabras y aceptar por testigo el ardiente suspiro con que dio fin a su cantar.

-De eso no dudes -respondió Sireno-, que tan presto yo la quisiera bien como, aunque me pese, creyera todo lo que ella me quisiera dezir.

Pues estando ellos en esto, llegó Selvagia y, cuando conoció a los pastores, muy cortésmente los saludó diziendo:

-¿Qué hazéis, oh desamados pastores, en este verde y deleitoso prado?

-No dizes mal, hermosa Selvagia, en preguntar qué hacemos -dixo Silvano-. Hazemos tan poco para lo que devíamos hazer que jamás podemos concluir cosa que el amor nos haga dessear.

-No te espantes de eso -dixo Selvagia-, que cosas hay que antes que se acaben, acaban ellas a quien las dessea.

Silvano respondió:

-A lo menos si hombre pone su descanso en manos de muger, primero se acabará la vida que con ella se acabe cosa con que se espere recebille.

-Desdichadas de estas mugeres -dixo Selvagia-, que tan mal tratadas son de vuestras palabras.

-Más de estos hombres -respondió Silvano-, que tanto peor lo son de vuestras obras. ¿Puede ser cosa más baxa ni de menos valor que, por la cosa más liviana del mundo, olvidéis vosotras a quien más amor hayáis tenido? Pues ausentaos algún día de quien bien queréis, que a la buelta havréis menester negociar de nuevo.

-Dos cosas siento -dixo Selvagia- de lo que dizes, que verdaderamente me espantan: la una es que veo en tu lengua al revés de lo que de tu condición tuve entendido siempre, porque imaginava yo, cuando oía hablar en tus amores, que eras en ellos un fénix, y que ninguno de cuantos hasta hoy han querido bien, pudieron llegar al extremo que tú has tenido en querer a una pastora que yo conozco, causas harto suficientes para no tratar mal de mugeres si la malicia no fuera más que los amores; la segunda es que hablas en cosa que no entiendes, porque hablar en olvido quien jamás tuvo esperiencia de él, más se deve atribuir a locura que a otra cosa. Si Diana Jamas se acordó de ti, ¿cómo puedes tú quexarte de su olvido?

-A ambas cosas -dixo Silvano- pienso responderte, si no te cansas en oírme. Plega a Dios que jamás me vea con más contento del que ahora tengo si nadie, por más exemplos que me traiga, puede encarescer el poder que sobre mi alma tiene aquella desagradescida y desleal pastora que tú conoces y yo no quisiera conocer. Pero cuanto mayor es el amor que le tengo, tanto más me pesa que en ella haya cosa que pueda ser reprehendida, porque ahí está Sireno, que fue más favorecido de Diana que todos los del mundo lo han sido de sus señoras, y lo ha olvidado de la manera que todos sabemos. A lo que dizes que no puedo hablar en mal de que no tengo experiencia, bueno sería que el médico no supiese tratar de mal que él no hubiese tenido. Y de otra cosa, Selvagia, te quiero satisfacer; no pienses que quiero mal a las mugeres, que no hay cosa en la vida a quien más dessee servir, mas en pago de querer bien, soy tratado mal; y de aquí nasce dezillo yo de quien es su gloria causármele.

Sireno, que había rato que callava, dixo contra Selvagia:

-Pastora, si me oyesses no pornías culpa a mi competidor o, hablando más propiamente, a mi caro amigo Silvano. Dime, ¿por qué causa sois tan movibles que en un punto derribáis a un pastor de lo más alto de su ventura a lo más baxo de su miseria? Pero ¿sabéis a qué lo atribuyo? A que no tenéis verdadero conoscimiento de lo que traéis entre manos. Tratáis de amor; no sois capaces de entendelle. Ved cómo sabréis aveniros con él.

-Yo te digo, Sireno -dixo Selvagia-, que la causa por que las pastoras olvidamos no es otra sino la misma por que de vosotros somos olvidadas. Son cosas que el amor haze y deshaze; cosas que los tiempos y los lugares las mueven o les ponen silencio, mas no por defecto del entendimiento de las mugeres, de las cuales ha havido en el mundo infinitas que pudieran enseñar a bivar a los hombres, y aun los enseñaran a amar, si fuera el amor cosa que pudiera enseñarse. Mas con todo esto creo que no hay más baxo estado en la vida que el de las mugeres, porque, si os hablan bien, pensáis que están muertas de amores; si no os hablan, creéis que de alteradas y fantásticas lo hazen; si el recogimiento que tienen no haze a vuestro propósito, tenéislo por hipocresía; no tienen desemboltura que no os parezca demasiada; si callan, dezís que son nescias; si hablan, que son pesadas y que no hay quien las sufra; si os quieren todo lo del mundo, creéis que de malas lo hazen; si os olvidan y se apartan de las ocasiones de ser infamadas, dezís que de inconstantes y poco firmes en un propósito. Assí que no está en más paresceros la muger buena o mala que en acertar ella a no salir jamás de lo que pide vuestra inclinación.

-Hermosa Selvagia -dixo Sireno-, si todas tuviessen esse entendimiento y viveza de ingenio, bien creo yo que jamás darían ocasión a que nosotros pudiésemos quexarnos de sus descuidos. Mas para que sepamos la razón que tienes de agraviarte de amor, assí Dios te dé el consuelo que para tan grave mal has menester, que nos cuentes la historia de tus amores y todo lo que en ellos hasta ahora te ha sucedido, que de los nuestros tú sabes más de lo que nosotros te sabremos dezir, por ver si las cosas que en él has passado te dan licencia para hablar en ellos tan sueltamente. Que cierto tus palabras dan a entender ser tú la más experimentada en ellos que otra jamás haya sido.

Selvagia le respondió:

-Si yo no fuere, Sireno, la más experimentada, seré la más maltratada que nunca nadie pensó ser y la que con más razón se puede quejar de sus desvariados efectos, cosa harto suficiente para poder hablar en él; y porque entiendas por lo que passé lo que siento de esta endiablada pasión, poned un poco vuestras desventuras en manos del silencio y contaros he las mayores que jamás havéis oído.

En el valeroso e inexpugnable reino de los lusitanos hay dos caudalosos ríos que, cansados de regar la mayor parte de nuestra España, no muy lexos el uno del otro entran en el mar Oceano; en medio de los cuales hay muchas y muy antiguas poblaciones, a causa de la fertilidad de la tierra ser tan grande que en el universo no hay otra alguna que se le iguale. La vida de esta provincia es tan remota y apartada de cosas que puedan inquietar el pensamiento que, si no es cuando Venus, por manos del ciego hijo, se quiere mostrar poderosa, no hay quien entienda en más que en sustentar una vida quieta, con suficiente medianía en las cosas que para passalla son menester. Los ingenios de los hombres son aparejados para passar la vida con assaz contento; y la hermosura de las mugeres, para quitalla al que más confiado biviere. Hay muchas casas por entre las florestas sombrías y deleitosos valles, el término de los cuales, siendo proveído de rocío del soberano cielo y cultivado con industria de los habitantes de ellas, el gracioso verano tiene cuidado de ofrecelles el fruto de su trabajo y socorrelles a las necesidades de la vida humana. Yo bivía en una aldea que está junto al caudaloso Duero, que es uno de los dos ríos que os tengo dicho, adonde está el suntuosísimo templo de la diosa Minerva, que en ciertos tiempos del año es visitado de todas o las más pastoras y pastores que en aquella provincia biven, comenzando un día ante de la célebre fiesta a solemnizalla las pastoras y ninfas con cantos e himnos muy suaves; y los pastores con desafíos de correr, saltar, luchar y tirar la barra, poniendo por premio para el que victorioso saliere, cuales una guirnalda de verde yedra, cuales una dulce çampoña o flauta o un cayado de ñudoso fresno y otras cosas de que los pastores se precian. Llegado, pues, el día en que la fiesta se celebrava, yo con otras pastoras amigas mías, dexando los serviles y baxos paños y vistiéndonos de los mejores que teníamos, nos fuimos el día antes de la fiesta, determinadas de velar aquella noche en el templo, como otros años lo solíamos hazer. Estando, pues, como digo, en compañía de estas amigas mías, vimos entrar por la puerta una compañía de hermosas pastoras a quien algunos pastores acompañavan, los cuales, dexándolas dentro y haviendo hecho su devida oración, se salieron al hermoso valle; porque la orden de aquella provincia era que ningún pastor pudiesse entrar en el templo a más que a dar la obediencia, y se bolviese luego a salir, hasta que el día siguiente pudiesen todos entrar a participar de las cerimonias y sacrificios que entonces hazían. Y la causa de esto era porque las pastoras y ninfas quedassen solas y sin ocasión de entender en otra cosa sino celebrar la fiesta, regozijándose unas con otras, cosa que otros muchos años solían hazer; y los pastores fuera del templo, en un verde prado que allí estava, al resplandor de la nocturna Diana. Pues haviendo entrado las pastoras que digo en el suntuoso templo, después de hechas sus oraciones y de haver ofrescido sus ofrendas delante del altar, junto a nosotras se asentaron. Y quiso mi ventura que junto a mí se sentase una de ellas, para que yo fuesse desventurada todos los días que su memoria me turasse. Las pastoras venían disfraçadas,

los rostros cubiertos con unos velos blancos y presos en sus chapeletes de menuda paja, sutilísimamente labrados con muchas guarniciones de lo mismo, tan bien hechas y entretejidas, que de oro no les llevara ventaja. Pues estando yo mirando la que junto a mí se había sentado, vi que no quitava los ojos de los míos y que, cuando yo la mirava, abaxava ella los suyos, fingiendo quererme ver sin que yo mirasse en ello. Yo desseava en extremo saber quién era, porque si hablase conmigo no cayesse yo en algún yerro a causa de no conocella. Y todavía todas las vezes que yo me descuidava, la pastora no quitava los ojos de mí; y tanto, que mil vezes estuve por hablalla, enamorada de unos hermosos ojos que solamente tenía descubiertos. Pues estando yo con toda la atención possible, sacó la más hermosa y delicada mano que yo después acá he visto y, tomándome la mía, me la estuvo mirando un poco. Yo, que estava más enamorada de ella de lo que podría dezir, le dixe: «Hermosa y graciosa pastora, no es sola essa mano la que está aparejada para serviros, mas también lo está el corazón y el pensamiento de cuya ella es.» Ismenia, que assí se llamava aquella que fue causa de toda la inquietud de mis pensamientos, teniendo ya imaginado hazerme la burla que adelante oiréis, me respondió muy baxo, que nadie lo oyesse: «Graciosa pastora, soy yo tan vuestra que como tal me atreví a hazer lo que hize. Suplícoos que no os escandalizéis, porque en viendo vuestro hermoso rostro no tuve más poder en mi.» Yo entonces muy contenta me llegué más a ella y le dixe medio riendo: «¿Cómo puede ser, pastora, que, siendo vos tan hermosa, os enamoréis de otra que tanto le falta para serlo, y más siendo muger como vos?» «¡Ay, pastora!», respondió ella, «que el amor que menos vezes se acaba es este, y el que más consienten passar los hados, sin que las bueltas de Fortuna ni las mudanças del tiempo les vayan a la mano.» Yo entonces respondí: «Si la naturaleza de mi estado me enseñara a responder a tan discretas palabras, no me lo estorvara el desseo que de serviros tengo; mas creedme, hermosa pastora, que el propósito de ser vuestra, la muerte no será parte para quitármele.» Y después de esto los abraços fueron tantos, los amores que la una a la otra nos dezíamos, y de mi parte tan verdaderos, que ni teníamos cuenta con los cantares de las pastoras ni mirávamos las danças de las ninfas ni otros regozijos que en el templo se hazían. A este tiempo importunava yo a Ismenia que me dicesse su nombre y se quitasse el reboço, de lo cual ella con gran disimulación se escusava y con grandísima industria mudava propósito. Mas, siendo ya pasada media noche y estando yo con el mayor desseo del mundo de verle el rostro y saber cómo se llamava y de a dónde era, comencé a quejarme de ella y a dezir que no era possible que el amor que me tenía fuesse tan grande como con sus palabras me manifestava, pues, haviéndole yo dicho mi nombre, me encubría el suyo, y que cómo podía yo vivir, queriéndola como la quería, si no supiesse a quién quería o a dónde había de saber nuevas de mis amores; y otras cosas dichas tan de veras que las lágrimas me ayudaron a mover el corazón de la cautelosa Ismenia, de manera que ella se levantó y, tomándome por la mano, me apartó hazia una parte donde no había quien impedir nos pudiesse, y comencó a dezirme estas palabras, fingiendo que del alma le salían: «Hermosa pastora, nascida para inquietud de un espíritu que hasta ahora ha vivido tan essento quanto ha sido possible, ¿quién podrá dexar de dezirte lo que pides, haviéndote hecho señora de su libertad? Desdichado de mí que la mudança del hábito te tiene engañada, aunque el engaño ya resulta en daño mío. El reboço que quieres que yo quite, veslo aquí donde lo quito. Dezirte mi nombre no te haze mucho el caso, pues, aunque yo no quiera, me verás más vezes de las que tú podrás sufrir.» Y diziendo esto y quitándose el reboço vieron mis ojos un rostro que, aunque el

aspecto fuese un poco varonil, su hermosura era tan grande que me espantó. Y prosiguiendo Ismenia su plática dixo: «Y porque, pastora, sepas el mal que tu hermosura me ha hecho y que las palabras que entre las dos como de burlas han passado son de veras, sabe que yo soy hombre y no muger, como antes pensavas. Estas pastoras que aquí ves, por reírse conmigo, que son todas mis parientas, me han vestido de esta manera, que de otra no pudiera quedar en el templo, a causa de la orden que en esto se tiene.» Cuando yo entendí lo que Ismenia me había dicho y le vi, como digo, en el rostro, no aquella blandura ni en los ojos aquel reposo que las donzellas por la mayor parte solemos tener, creí que era verdad lo que me decía y quedé tan fuera de mí que no supe qué respondelle. Todavía contemplava aquella hermosura tan estremada, mirava aquellas palabras que me decía con tanta disimulación, que jamás supo nadie hazer cierto de lo fingido como aquella cautelosa pastora. Vime aquella hora tan presa de sus amores y tan contenta de entender que ella lo estava de mí, que no sabría encarescello; y puesto caso que de semejante pasión yo hasta aquel punto no tuviese experiencia, causa harto suficiente para no saber dezilla todavía, esforzándome lo mejor que pude, le hablé de esta manera: «Hermosa pastora, que para hazerme quedar sin libertad o para lo que la Fortuna se sabe tomaste el hábito de aquella que el de amor a causa tuya ha professado; bastara el tuyo mismo para vencerme, sin que con mis armas propias me hubieras rendido. Mas ¿quién podrá huir de lo que su Fortuna le tiene solicitado? Dichosa me pudiera llamar si huvieras hecho de industria lo que acaso heziste, porque, a mudarte el hábito natural para solo verme y dezirme lo que desseavas, atribuyéralo yo a merescimiento mío y a grande afición tuya; mas ver que la intención fue otra, aunque el efecto haya sido el que tenemos delante, me haze estar no tan contenta como lo estuviera a ser de la manera que digo. Y no te espantes ni te pese de este desseo, que no hay mayor señal de una persona querer todo lo que puede que dessear ser querida de aquel a quien ha entregado su libertad. De lo que me has oído, podrás sacar cuál me tiene tu vista. Plega a Dios que uses tan bien del poder que sobre mí has tomado, que pueda yo sustentar el tenerme por dichosa hasta la fin de nuestros amores, los cuales, de mi parte, no le ternán en cuanto la vida me turare.» La cautelosa Ismenia me supo tan bien responder a lo que dixe y fingir las palabras que para nuestra conversación eran necessarias, que nadie pudiera huir del engaño en que yo caí si la Fortuna de tan dificultoso laberintio con el hilo de prudencia no le sacara. Y assí estuvimos hasta que amanesció, hablando en lo que podría imaginar quien por estos desvariados casos de amor ha passado. Díxome que su nombre era Alanio; su tierra, Galia, tres millas de nuestra aldea; quedamos concertados de vernos muchas vezes. La mañana se vino y las dos nos apartamos con más abraços, lágrimas y suspiros de lo que ahora sabré dezir. Ella se partió de mí, yo bolviendo atrás la cabeça por verla y por ver si me mirava. Vi que se iba medio riendo, mas creí que los ojos me habían engañado. Fuese con la compañía que había traído, mas yo bolví con mucha más, porque llevaba en la imaginación los ojos del fingido Alanio, las palabras con que su vano amor me había manifestado, los abraços que de él había recibido y el crudo mal de que hasta entonces no tenía experiencia.

Ahora havéis de saber, pastores, que esta falsa y cautelosa Ismenia tenía un primo, que se llamava Alanio, a quien ella más que a sí quería, porque en el rostro y ojos y todo lo demás se le parecía tanto, que si no fueran los dos de género diferente, no hubiera quien no juzgara el uno por el otro; y era tanto el amor que le tenía, que cuando yo a ella en el

templo le pregunté su mismo nombre, haviéndome de dezir nombre de pastor, el primero que me supo nombrar fue Alanio, porque no hay cosa más cierta que en las cosas súpitas encontrarse la lengua con lo que está en el corazón. El pastor la quería bien, mas no tanto como ella a él. Pues cuando las pastoras salieron del templo para bolverse a su aldea, Ismenia se halló con Alanio, su primo; y él, por usar de la cortesía que a tan grande amor como el de Ismenia era debida, dexando la compañía de los mancebos de su aldea, determinó de acompañarla, como lo hizo, de que no poco contentamiento recibió Ismenia; y, por dársele a él en alguna cosa, sin mirar lo que hazía, le contó lo que conmigo había passado, diziéndoselo muy particularmente y con grandísima risa de los dos; y también le dixo cómo yo quedaba, pensando que ella fuese hombre, muy presa de sus amores. Alanio, quando aquello oyó, disimuló lo mejor que él pudo, diziendo que había sido grandísimo donaire; y sacándole todo lo que conmigo había passado, que no faltó cosa, llegaron a su aldea. Y de ahí a ocho días, que para mí fueron ocho mil años, el traidor de Alanio, que así lo puedo llamar con más razón que él ha tenido de olvidarme, se vino a mi lugar y se puso en parte donde yo pudiesse verle, al tiempo que passava con otras zagalas a la fuente que cerca del lugar estava. Y como yo lo viesse, fue tanto el contentamiento que recibí, que no se puede encarescer, pensando que era el mismo que en hábito de pastora había hablado en el templo; y luego le hize señas que se viniese hacia la fuente adonde yo iba, y no fue menester mucho para entendellas. Él se vino y allí estuvimos hablando todo lo que el tiempo nos dio lugar; y el amor quedó, a lo menos de mi parte, tan confirmado que, aunque el engaño se descubriera, como de ahí a pocos días se descubrió, no fuera parte para apartarme de mi pensamiento. Alanio también creo que me quería bien y que desde aquella hora quedó preso de mis amores, pero no lo mostró por la obra tanto como debía. Así que algunos días se trataron nuestros amores con el mayor secreto que pudimos, pero no fue tan grande que la cautelosa Ismenia no lo supiese. Y viendo que ella tenía la culpa, no solo en haverme engañado, mas aun en haver dado causa a que Alanio, descubriéndole lo que passava, me amasse a mí y pusiese a ella en olvido, estuvo para perder el seso; mas consolóse con parecelle que, en sabiendo yo la verdad, al punto lo olvidaría, y engañábase en ello, que después le quise mucho más y con muy mayor obligación. Pues determinada Ismenia de deshazer el engaño que por su mal me había hecho, me escribió esta carta:

Carta de Ismenia para Selvagia

Selvagia: si a los que nos quieren tenemos obligación de quererlos, no hay cosa en la vida a quien más deva que a ti, pero si las que son causa que seamos olvidadas deven ser aborrescidas, a tu discreción lo dexo. Querríate poner alguna culpa de haver puesto los ojos en el mi Alanio, mas ¿qué haré, desdichada, que toda la culpa tengo yo de mi desventura? Por mi mal te vi, oh Selvagia. Bien pudiera yo escusar lo que passé contigo, mas, en fin, desenvolturas demasiadas las menos vezes suceden bien. Por reír una hora con el mi Alanio contándole lo que había passado, lloraré toda mi vida, si tú no te dueles de ella. Suplícote cuanto puedo que baste este desengaño para que Alanio sea de ti olvidado y esta pastora restituida en lo que pudieres, que no podrás poco, si amor te da lugar a hazer lo que te suplico.

Cuando yo esta carta vi, ya Alanio me había desengañado de la burla que Ismenia me había hecho, pero no me había contado los amores que entre los dos había, de lo cual yo no hice mucho caso, porque estaba tan confiada en el amor que mostrava tenerme, que no creyera jamás que pensamientos passados ni por venir podrían ser parte para que él me dexasse. Y porque Ismenia no me tuviese por descomedida, respondí a su carta de esta manera:

Carta de Selvagia para Ismenia

No sé, hermosa Ismenia, si me quexe de ti o si te dé gracias por haverme puesto en tal pensamiento, ni creo sabría determinar cuál de estas cosas devo hazer, hasta que el suceso de mis amores me lo aconseje. Por una parte me duele tu mal; por otra, veo que tú saliste al camino a recebille. Libre estava Selvagia al tiempo que en el templo la engañaste, y ahora está esta subjeta a la voluntad de aquel a quien tú quesiste entregalla. Dízesme que dexes de querer a Alanio; con lo que tú en esse caso harías, puedo responderte. Una cosa me duele en extremo, y es ver que tienes mal de que no puedes quexarte, el cual da muy mayor pena a quien lo padesce. Considero aquellos ojos con que me viste y aquel rostro que después de muy importunada me mostraste, y pésame que cosa tan parecida al mi Alanio padezca tan estraño descontento. Mira qué remedio este para poder havello en tu mal. Por la liberalidad que conmigo has usado en darme la más preciosa joya que tenías, te beso las manos; Dios quiera que en algo te lo pueda servir. Si vieres allá el mi Alanio, dile la razón que tiene de quererme, que ya él sabe la que tiene de olvidarte. Y Dios te dé el contentamiento que desseas, con que no sea a costa del que yo recibo en verme tan bien empleada.

No pudo Ismenia acabar de leer esta carta, porque al medio de ella fueron tantos los suspiros y lágrimas que por sus ojos derramava, que pensó perder la vida llorando. Trabajava cuanto podía porque Alanio dexasse de querer y buscava para esto tantos remedios, como él para apartarse donde pudiesse verla, no porque le quería mal, mas por parescille que con esto me pagava algo de lo mucho que me devía. Todos los días que en este propósito vivió, no hubo alguno que yo dexasse de verle, porque el camino que de su lugar al mío había jamás dexava de ser por él paseado. Todos los trabajos tenía en poco si con ellos le parecía que yo tomava contento. Ismenia, los días que por él preguntava y le dezían que estava en mi aldea, no tenía paciencia para sufrillo; y con todo esto no había cosa que más contento le diesse que hablalle en él. Pues como la necesidad sea tan ingeniosa que venga a sacar remedios donde nadie pensó hallarlos, la desamada Ismenia se aventuró a tomar uno, cual pluguiera a Dios que por el pensamiento no le passara; y fue fingir que quería bien a otro pastor, llamado Montano, de quien mucho tiempo había sido requerida, y era el pastor con quien Alanio peor estava. Y como lo determinó, assí lo puso por obra, por ver si con esta súpita mudança podría atraer a Alanio a lo que desseava, porque no hay cosa que las personas tengan por segura, aunque lo tengan en poco, que, si de súpito la pierden, no les llegue al alma el perdella. Pues como viesse Montano que su señora Ismenia tenía por bien de corresponder al amor que él tanto tiempo le había tenido, ya veis lo que sentiría. Fue tanto el gozo que recibió, tantos los servicios que le hizo, tantos los trabajos en que por causa suya se puso, que fueron parte,

juntamente con las sinrazones que Alanio le había hecho, para que saliese verdadero lo que fingiendo la pastora había comenzado. Y puso Ismenia su amor en el pastor Montano con tanta firmeza, que ya no había cosa a quien más quisiese que a él ni que menos deseara ver que al mi Alanio; y esto le dio ella a entender lo más presto que pudo, pareciéndole que en ello se vengaba de su olvido y de haver puesto en mí el pensamiento. Alanio, aunque sintió en extremo el ver a Ismenia perdida por pastor con quien él tan mal estaba, era tanto el amor que me tenía que no daba a entenderlo cuanto ello era; mas andando algunos días y considerando que él era causa de que su enemigo fuese tan favorecido de Ismenia, y que la pastora ya huía de velle, muriéndose, no mucho antes, cuando no le vía, estuvo para perder el seso de enojo, y determinó de estorvar esta buena Fortuna de Montano. Para lo cual comenzó nuevamente de mirar a Ismenia y de no venir a verme tan público como solía ni faltar tantas vezes en su aldea, porque Ismenia no lo supiese. Los amores entre ella y Montano ivan muy adelante, y los míos con el mi Alanio se quedaban atrás todo lo que podían, pues sola la suerte podrá apartarme de mi propósito, no de mi parte, mas de la suya, que jamás pensé ver cosa tan mudable; porque como estaba tan encendido en cólera con Montano, la cual no podía ser executada sino con amor en la su Ismenia; y para esto las venidas a mi aldea eran gran impedimento. Y como el estar ausente de mí le causasse olvido y la presencia de la su Ismenia grandísimo amor, él bolvió a su pensamiento primero y yo quedé burlada del mío. Mas con todos los servicios que a Ismenia hacía, los recaudos que le embiava, las quejas que formava de ella, jamás la pudo mover de su propósito ni hubo cosa que fuese parte para hazelle perder un punto del amor que a Montano tenía. Pues estando yo perdida por Alanio, Alanio por Ismenia, Ismenia por Montano, sucedió que a mi padre se le ofreciesen ciertos negocios sobre las dehesas del Estremo con Fileno, padre del pastor Montano; para lo cual los dos vinieron muchas vezes a mi aldea, y en tiempo que Montano, o por los sobrados favores que Ismenia le hacía, que en algunos hombres de baxo espíritu causan fastidio, o porque también tenía celos de las diligencias de Alanio, andava ya un poco frío en sus amores. Finalmente, que él me vio traer mis ovejas a la majada y, en viéndome, comenzó a quererme de manera, según lo que cada día iba mostrando, que ni yo a Alanio, ni Alanio a Ismenia, ni Ismenia a él no era possible tener mayor afición. Ved qué extraño embuste de amor: si por ventura Ismenia iba al campo, Alanio tras ella; si Montano iba al ganado, Ismenia tras él; si yo andava en el monte con mis ovejas, Montano tras mí; si yo sabía que Alanio estava en un bosque donde solía repastar, allá me iba tras él. Era la más nueva cosa del mundo oír cómo dezía Alanio suspirando: «¡Ay, Ismenia!»; y cómo Ismenia dezía: «¡Ay, Montano!»; y cómo Montano dezía: «¡Ay, Selvagia!»; y cómo la triste de Selvagia dezía: «¡Ay, mi Alanio!» Sucedió que un día nos juntamos los cuatro en una floresta que en medio de los dos lugares había; y la causa fue que Ismenia había ido a visitar unas pastoras amigas suyas, que cerca de allí moravan, y cuando Alanio lo supo, forçado de su mudable pensamiento, se fue en busca de ella y la halló junto a un arroyo, peinando sus dorados cabellos. Yo, siendo avisada por un pastor, mi vezino, que Alanio iba a la floresta del valle, que assí se llamava, tomando delante de mí unas cabras que en un corral junto a mi casa estavan encerradas, por no ir sin alguna ocasión, me fui donde mi desseo me encaminava y le hallé a él llorando su desventura y a la pastora riéndose de sus escusadas lágrimas y burlando de sus ardientes sospiros. Cuando Ismenia me vio, no poco se holgó conmigo, aunque yo no con ella, mas antes le pusse delante las razones que tenía para agraviarme

del engaño passado, de las cuales ella supo escusarse tan discretamente que, pensando yo que me devía la satisfacción de tantos trabajos, me dio con sus bien ordenadas razones a entender que yo era la que le estava obligada, porque, si ella me havía hecho una burla, yo me havía satisfecho tan bien que no tan solamente le havía quitado a Alanio, su primo, a quien ella havía querido más que a sí, mas que aún ahora también le traía al su Montano muy fuera de lo que solía ser. En esto llegó Montano, que de una pastora amiga mía, llamada Solisa, havía sido avisado que con mis cabras venía a la floresta del valle. Y cuando allí los cuatro discordantes amadores nos hallamos, no se puede dezir lo que sentíamos, porque cada uno mirava a quien no quería que le mirasse. Yo preguntava al mi Alanio la causa de su olvido; él pedía misericordia a la cautelosa Ismenia; Ismenia quexábase de la tibieza de Montano; Montano de la crueldad de Selvagia. Pues estando de la manera que oís, cada uno perdido por quien no le quería, Alanio, al son de su rabel, començó a cantar lo siguiente:

No más, ninfa cruel, ya estás vengada;
no prueves tu furor en un rendido;
la culpa a costa mía está pagada;
ablanda ya esse pecho endurecido
y resuscita un alma sepultada
en la tiniebla oscura de tu olvido;
que no cabe en tu ser, valor y suerte
que un pastor como yo pueda ofenderte.

Si la ovejuela simple va huyendo
de su pastor colérico y airado,
y con temor acá y allá corriendo
a su pesar se alexa del ganado;
mas ya que no la siguen, conociendo
que es más peligro haverse assí alexado,
balando buelve al ható temerosa,
¿será no recebilla justa cosa?

Levanta ya esos ojos que algún día,
Ismenia, por mirarme levantavas;
la libertad me buelve, que era mia,
y un blando corazón, que me entregavas.
Mira, ninfa, que entonce no sentía
aquel senzillo amor que me mostravas;
ya, triste, lo conozco y pienso en ello,
aunque ha llegado tarde el conosciello.

¿Cómo? ¿Que fue possible, di, enemiga,
que siendo tú muy más que yo culpada,
con título cruel, con nueva liga
mudases fe tan pura y estremada?
¿Qué hado, Ismenia, es este que te obliga

a amar do no es possible ser amada?
Perdona, mi señora, ya esta culpa,
pues la ocasión que diste me disculpa.

¿Qué honra ganas, di, de haver vengado
un yerro a causa tuya cometido?
¿Qué excesso hize yo que no he pagado?
¿Qué tengo por sufrir que no he sufrido?
¿Qué ánimo cruel, qué pecho airado,
qué corazón de fiera endurecido
tan inçufrible mal no ablandaría,
sino el de la cruel pastora mía?

Si como yo he sentido las razones
que tienes o has tenido de olvidarme
las penas, los trabajos, las passiones,
el no querer oírme ni aun mirarme,
llegasses a sentir las ocasiones
que, sin buscallas yo, quesiste darme,
ni tú ternías que darme más tormento,
ni aun yo más que pagar mi atrevimiento.

Assí acabó mi Alanio el suave canto, y aun yo quisiera que entonce se me acabara la vida, y con mucha razón, porque no podía llegar a más la desventura que a ver yo delante mis ojos aquel que más que a mí quería, tan perdido por otra y tan olvidado de mí; mas como yo en estas desventuras no fuese sola, disimulé por entonce, y también porque la hermosa Ismenia, puestos los ojos en el su Montano, començava a cantar lo siguiente:

¡Cuán fuera estoy de pensar
en lágrimas escusadas,
siendo tan aparejadas
las presentes para dar
muy poco por las passadas!

Que si algún tiempo tratava
de amores de alguna suerte,
no pude en ello ofenderte,
porque entonce me ensayava,
Montano, para quererte.

Enseñávame a querer;
sufría no ser querida;
sospechava cuán rendida,
Montano, te havia de ser,
y cuán mal agradescida.

Ensayéme como digo
a sufrir el mal de amor;
desengañese el pastor
que compitiere contigo,
porque en balde es su dolor.

Nadie se quexe de mí
si le quise y no es querido,
que yo jamás he podido
querer otro sino a ti,
y aun fuera tiempo perdido.

Y si algún tiempo miré,
mirava, pero no vía,
que yo, pastor, no podía
dar a ninguno mi fe,
pues para ti la tenía.

Vayan suspiros a cuentos,
buélvanse los ojos fuentes,
resusciten accidentes,
que passados pensamientos
no dañarán los presentes.

Vaya el mal por donde va
y el bien por donde quisiere,
que yo iré por donde fuere,
pues ni el mal me espantará
ni aun la muerte, si viniere.

Vengado me había Ismenia del cruel y desleal Alanio, si en el amor que yo le tenía
cupiera algún desseo de vengança; mas no tardó mucho (Montano) en castigar a Ismenia,
poniendo los ojos en mí y cantando este antiguo cantar:

Amor loco, ¡ay, amor loco!
Yo por vos y vos por otro.
Ser yo loco es manifiesto.
¿Por vos quién no lo será?
Que mayor locura está
en no ser loco por esto.
Mas con todo no es honesto
que ande loco
por quien es loca por otro.

Ya que viéndoos no me veis
y morís porque no muero,

comed hora a mí que os quiero
con salsa del que queréis;
y con esto me haréis
ser tan loco
como vos loca por otro.

Cuando acabó de cantar esta postrera copla, la estraña agonía en que todos estábamos no pudo estorvar que muy de gana no nos riyésemos en ver que Montano quería que engañasse yo el gusto de miralle con salsa de su competidor Alanio, como si en mi pensamiento cupiera dexarse engañar con apariencias de otra cosa.

A esta hora comencé yo con gran confiança a tocar mi çampoña, cantando la canción que oiréis, porque a lo menos en ella pensava mostrar, como lo mostré, cuánto mejor me havía yo havido en los amores que ninguno de los que allí estavan:

Pues no puedo descansar
a trueque de ser culpada,
guárdeme Dios de olvidar
más que de ser olvidada.

No sólo donde hay olvido
no hay amor ni puede havello,
mas donde hay sospecha de ello,
no hay querer sino fingido.

Muy grande mal es amar
do esperança es escusada,
mas guárdeos Dios de olvidar,
que es aire ser olvidada.

Si yo quiero ¿por qué quiero
para dexar de querer?
¿Qué más honra puede ser
que morir del mal que muero?

El vivir para olvidar
es vida tan afrentada
que me está mejor amar
hasta morir de olvidada.

Acabada mi canción, las lágrimas de los pastores fueron tantas, especialmente las de la pastora Ismenia, que por fuerça me hizieron participar de su tristeza, cosa que yo pudiera bien escusar, pues no se me podía atribuir culpa alguna de mi desventura, como los que allí estavan sabían muy bien. Luego a la hora nos fuimos cada uno a su lugar, porque no era cosa que a nuestra honestidad convenía estar a horas sospechosas fuera de él. Y al otro día mi padre, sin dezirme la causa, me sacó de nuestra aldea y me ha traído a la

vuestra, en casa de Albania, mi tía y su hermana, que vosotros muy bien conocéis, donde estoy algunos días ha sin saber qué haya sido la causa de mi destierro. Después acá entendí que Montano se había casado con Ismenia y que Alanio se pensava casar con otra hermana suya, llamada Silvia. Plega a Dios que, ya que no fue mi ventura podelle yo gozar, que con la nueva esposa se goze como yo desseo, que no será poco, porque el amor que yo le tengo no sufre menos sino dessealle todo el contento del mundo.

Acabado de dezir esto, la hermosa Selvagia comenzó a derramar muchas lágrimas, y los pastores le ayudaron a ello, por ser un oficio de que tenían gran experiencia.

Y después de haver gastado algún tiempo en esto, Sireno le dixo:

-Hermosa Selvagia, grandísimo es tu mal, pero por muy mayor tengo tu discreción; toma exemplo en males ajenos, si quieres sobrellevar los tuyos. Y porque ya se haze tarde, nos vamos al aldea, y mañana se passe la siesta junto a esta clara fuente, donde todos nos juntaremos.

-Sea assí como lo dizes -dixo Selvagia-, mas porque haya de aquí al lugar algún entretenimiento, cada uno cante una canción, según el estado en que le tienen sus amores.

Los pastores respondieron que diesse ella principio con la suya, lo cual Selvagia comenzó a hazer, yéndose todos su passo a passo hazia el aldea:

Zagal, ¿quién podrá passar
vida tan triste y amarga,
que para vivir es larga
y corta para llorar?

Gasto suspiros en vano,
perdida la confiança;
siento que está mi esperança
con la candela en la mano.

Qué tiempo para esperar;
qué esperança tan amarga,
donde la vida es tan larga,
cuan corta para llorar.

Este mal en que me veo
yo le merezco, ay perdida,
pues vengo a poner la vida
en las manos del desseo.

Jamás cesse el lamentar,
que, aunque la vida se alarga,
no es para vivir tan larga

cuan corta para llorar.

Con un ardiente suspiro que del alma le salía acabó Selvagia su canción diciendo:

-Desventurada de la que se ve sepultada entre celos y desconfianças, que, en fin, le pornán la vida a tal recaudo como de ellos se espera.

Luego el olvidado Sireno comenzó a cantar al son de su rabel esta canción:

Ojos tristes, no lloréis
y si llorades, pensad
que no os dixeron verdad
y quizá descansaréis.

Pues que la imaginación
haze causa en todo estado,
pensá que aún sois bien amado
y ternéis menos pasión.

Si algún descanso queréis,
mis ojos, imaginad
que no os dixeron verdad
y quizá descansaréis.

Pensad que sois tan querido
como algún tiempo lo fuistes,
mas no es remedio de tristes
imaginar lo que ha sido.

¿Pues qué remedio ternéis,
ojos? Alguno pensad.
Si no lo pensáis, llorad,
o acabá y descansaréis.

Después que con muchas lágrimas el triste pastor Sireno acabó su canción, el desamado Silvano de esta manera dio principio a la suya:

Perderse por ti la vida,
zagala, será forçado;
mas no que pierda el cuidado
después de verla perdida.

Mal que con muerte se cura
muy cerca tiene el remedio,
mas no aquel que tiene el medio
en manos de la ventura.

Y si este mal con la vida
no puede ser acabado,
¿qué aprovecha a un desdichado
verla ganada o perdida?

Todo es uno para mí,
esperança o no tenella,
que si hoy me muero por vella
mañana porque la vi.

Regalara yo la vida
para dar fin al cuidado,
si a mí me fuera otorgado
perdella en siendo perdida.

De esta manera se fueron los dos pastores en compañía de Selvagia, dexando concertado de verse el día siguiente en el mismo lugar. Y aquí haze fin el primero libro de la hermosa Diana.

FIN del primero libro de la Diana

LIBRO SEGUNDO

Ya los pastores que por los campos del caudaloso Ezla apascentavan sus ganados se començavan a mostrar, cada uno con su rebaño, por la orilla de sus cristalinas aguas, tomando el pasto antes que el sol saliesse y advirtiendole el mejor lugar para después passar la calorosa siesta, quando la hermosa pastora Selvagia, por la cuesta que del aldea baxava al espeso bosque, venía, trayendo delante de sí sus mansas ovejuelas; y después de havellas metido entre los árboles baxos y espessos, de que allí havía mucha abundancia, y verlas ocupadas en alcançar las más baxuelas ramas, satisfaciendo la hambre que traían, la pastora se fue derecha a la fuente de los alisos, donde el día antes con los dos pastores havía passado la siesta. Y como vio el lugar tan aparejado para tristes imaginaciones, se quiso aprovechar del tiempo sentándose cabe la fuente, cuya agua con la de sus ojos acrescentava. Y después de haver gran rato imaginado, començó a dezir:

-¿Por ventura, Alanio, eres tú aquel cuyos ojos nunca ante los míos vi enxutos de lágrimas? ¿Eres tú el que tantas vezes a mis pies vi rendido, pidiéndome con razones amorosas la clemencia de que yo por mi mal usé contigo? Dime, pastor, y el más falso que se puede imaginar en la vida: ¿es verdad que me querías para cansarte tan presto de quererme? Devías imaginar que no estava en más olvidarte yo que en saber que era de ti olvidada, que oficio es de hombres que no tratan los amores como deven tratarse, pensar

que lo mismo podrán acabar sus damas consigo que ellos han acabado, aunque otros vienen a tomallo por remedio para que en ellas se acreciente el amor; y otros porque los celos, que las más vezes fingen, vengan a sujetar a sus damas de manera que no sepan ni puedan poner los ojos en otra parte; y los más vienen poco a poco a manifestar lo que de antes fingían, por donde más claramente descubren su deslealtad. Y vienen todos estos extremos a resultar en daño de las tristes que, sin mirar los fines de las cosas, nos venimos a aficionar para jamás dexar de quereros, ni vosotros de pagárnoslo tan mal como tú me pagas lo que te quise y quiero. Assí que, cuál de estos hayas sido, no puedo entendello; y no te espantes que en los casos de desamor entienda poco quien en los de amor está tan exercitada. Siempre me mostraste gran honestidad en tus palabras, por donde nunca menos esperé de tus obras; pensé que en un amor en el cual me davas a entender que tu desseo no se estendía a querer de mí más que quererme, jamás tuviera fin; porque si a otra parte encaminaras tus desseos, no sospechara firmeza en tus amores. ¡Ay, triste de mí, que por temprano que vine a entenderte, ha sido para mí tarde! Venid vos, acá, mi çampoña, y passaré con vos el tiempo que, si yo con sola vos lo huviera passado, fuera de mayor contento para mí.

Y tomando su çampoña, començó a cantar la siguiente canción:

Aguas que de lo alto de esta sierra
baxáis con tal ruido al hondo valle,
¿por qué no imagináis las que del alma
destilan siempre mis cansados ojos,
y que es la causa del infelice tiempo
en que Fortuna me robó mi gloria?

Amor me dio esperança de tal gloria,
que no hay pastora alguna en esta sierra
que assí pensasse de alabar el tiempo;
pero después me puso en este valle
de lágrimas, a do lloran mis ojos
no ver lo que están viendo los del alma.

En tanta soledad ¿qué haze un alma
que, en fin, llegó a saber qué cosa es gloria?
¿O a dónde bolveré mis tristes ojos
si el prado, el bosque, el monte, el soto y sierra,
el arboleda y fuentes de este valle,
no hazen olvidar tan dulce tiempo?

¿Quién nunca imaginó que fuera el tiempo
verdugo tan cruel para mi alma?
¿O qué Fortuna me apartó de un valle,
que toda cosa en él me dava gloria?
Hasta el hambriento lobo que a la sierra
subía era agradable ante mis ojos.

Mas ¿qué podrán, Fortuna, ver los ojos
que vían su pastor en algún tiempo
baxar con sus corderos de una sierra,
cuya memoria siempre está en mi alma?
¡Oh Fortuna, enemiga de mi gloria,
cómo me cansa este enfadoso valle!

Mas cuando tan ameno y fresco valle
no es agradable a mis cansados ojos,
ni en él puedo hallar contento o gloria,
ni espero ya tenelle en algún tiempo;
ved en qué extremo deve estar mi alma.
¡Oh quién bolviese a aquella dulce sierra!

¡Oh alta sierra, ameno y fresco valle,
do descansó mi alma y estos ojos!
Dezid, ¿verme he algún tiempo en tanta gloria?

A este tiempo Silvano estava con su ganado entre unos mirtos que cerca de la fuente
havía, metido en sus tristes imaginaciones; y, quando la boz de Selvagia oyó, despierta
como de un sueño y muy atento estuvo a los versos que cantava. Pues como este pastor
fuese tan mal tratado de amor y tan desfavorecido de Diana, mil vezes la pasión le
hazía salir de seso, de manera que hoy dava en decir mal de amor, mañana en alaballe; un
día en estar ledó y otro en estar más triste que todos los tristes; hoy en dezir mal de
mugeres, mañana en encarescellas sobre todas las cosas. Y assí vivía el triste una vida
que sería gran trabajo dalla a entender; y más, a personas libres.

Pues haviendo oído el dulce canto de Selvagia y salido de sus tristes imaginaciones, tomó
su rabel y començó a cantar lo siguiente:

Cansado está de oírme el claro río,
el valle y soto tengo importunados,
y están de oír mis queexas, ¡oh amor mío!,
alisos, hayas, olmos ya cansados.
Invierno, primavera, otoño, estío
con lágrimas regando estos collados
estoy a causa tuya, ¡oh cruda fiera!
¿No habría en essa boca un no siquiera?

De libre me heziste ser cautivo;
de hombre de razón, quien no la siente;
quesísteme hazer de muerto vivo
y allí de vivo, muerto encontinente.
De afable me heziste ser esquivo;
de conversable, aborrescer la gente.

Solía tener ojos y estoy ciego;
hombre de carne fui, ya soy de fuego.

¿Qué es esto, corazón? ¿No estáis cansado?
¿Aún hay más que llorar, dezí, ojos míos?
Mi alma, ¿no bastava el mal passado?
Lágrimas, ¿aún hazéis crescer los ríos?
Entendimiento, ¿vos no estáis turbado?
Sentido, ¿no os turbaron sus desvíos?
¿Pues cómo entiendo, lloro, veo y siento
si todo lo ha gastado ya el tormento?

Quien hizo a mi pastora, ¡ay perdido!,
aquel cabello de oro y no dorado,
el rostro de cristal tan escogido,
la boca de un rubí muy estremado,
el cuello de alabastro y el sentido
muy más que otra ninguna levantado,
¿por qué su corazón no hizo ante
de cera que de mármol y diamante?

Un día estoy conforme a mi Fortuna
y el mal que me ha causado mi Diana;
el otro el mal me aflige e importuna:
cruel la llamo, fiera e inhumana.
Y assí no hay en mi mal orden alguna;
lo que hoy afirmo, niégolo mañana.
Todo es assí y passo assí una vida
que presto vean mis ojos consumida.

Cuando la hermosa Selvagia en la boz conoció al pastor Silvano, se fue luego a él y, recibién dose los dos con palabras de grande amistad, se asentaron a la sombra de un espeso mirto, que en medio dexava un pequeño pradezillo, más agradable por las doradas flores de que estava matizado de lo que sus tristes pensamientos pudieran dessear; y Silvano comenzó a hablar de esta manera:

-No sin grandíssima compasión se deve considerar, hermosa Selvagia, la diversidad de tantos y tan desusados infortunios como suceden a los tristes que queremos bien; mas, entre todos ellos, ninguno me parece que tanto se deve temer como aquel que sucede después de haverse visto la persona en un buen estado. Y esto, como tú ayer me dezías, nunca llegué a sabello por experiencia, mas, como la vida que passo es tan agena de descanso y tan entregada a tristezas, infinitas vezes estoy buscando invenciones para engañar el gusto, para lo cual me vengo a imaginar muy querido de mi señora y, sin abrir mano de esta imaginación, me estoy todo lo que puedo. Pero después que llego a la verdad de mi estado, quedo tan confuso que no sé dezillo, porque, sin yo querello, me

viene a faltar la paciencia; y, pues la imaginación no es cosa que se pueda sufrir, ved qué haría la verdad.

Selvagia le respondió:

-Quisiera yo, Silvano, estar libre de esta pasión para saber hablar en ella como en tal materia sería menester; que no quieras mayor señal de ser el amor mucho o poco, la pasión pequeña o grande que oílla dezir al que la siente, porque nunca pasión bien sentida pudo ser bien manifestada con la lengua del que la padesce. Assí que, estando yo tan sujeta a mi desventura y tan quexosa de la sinrazón que Alanio me haze, no podré dezir lo mucho que de esto siento. A tu discreción lo dexo como a cosa de que me puedo muy bien fiar.

Silvano dixo sospirando:

-Ahora yo, Selvagia, no sé qué diga ni qué remedio podría haver en nuestro mal. ¿Tú por dicha sabes alguno?

Selvagia respondió:

-¡Y cómo ahora lo sé! ¿Sabes qué remedio, pastor? Dexar de querer.

-¿Y esso podrías tú acaballo contigo? -dixo Silvano.

-Como la Fortuna o el tiempo lo ordenase -respondió Selvagia.

-Ahora te digo -dixo Silvano muy admirado- que no te haría agravio en no haver manzilla de tu mal, porque amor que está sujeto al tiempo y a la Fortuna no puede ser tanto que dé trabajo a quien lo padesce.

Selvagia le respondió:

-¿Y podrías tú, pastor, negarme que sería possible haver fin en tus amores, o por muerte o por ausencia o por ser favorecido en otra parte y tenidos en más tus servicios?

-No me quiero -dixo Silvano- hazer tan hipócrita en amor que no entienda lo que me dizes ser possible, mas no en mí; y mal haya el amador que, aunque a otros vea sucedelles de la manera que me dizes, tuviere tan poca constancia en los amores que piense podelle a él suceder cosa tan contraria a su fe.

-Yo muger soy -dixo Selvagia- y en mí verás si quiero todo lo que se puede querer, pero no me estorva esto imaginar que en todas las cosas podría haver fin, por más firmes que sean, porque oficio es del tiempo y de la Fortuna andar en estos movimientos tan ligeros como ellos lo han sido siempre. Y no pienses, pastor, que me haze dezir esto el pensamiento de olvidar aquel que tan sin causa me tiene olvidada, sino lo que de esta pasión tengo experimentado.

A este tiempo oyeron un pastor que por el prado adelante venía cantando, y luego fue conocido de ellos ser el olvidado Sireno, el cual venía al son de su rabel cantando estos versos:

Andad, mis pensamientos, do algún día
os ívades, de vos muy confiados;
veréis horas y tiempos ya mudados;
veréis que vuestro bien passó: solía.

Veréis que en el espejo a do me vía
y en el lugar do fuistes estimados,
se mira por mi suerte y tristes hados
aquel que ni aun pensallo merescía.

Veréis también cómo entregué la vida
a quien sin causa alguna la desecha:
y aunque es ya sin remedio el grave daño,

dezilde, si podéis, a la partida,
que allá profetizava mi sospecha
lo que ha cumplido acá su desengaño.

Después que Sireno puso fin a su canto, vido como hazia él venía la hermosa Selvagia y el pastor Silvano, de que no recibió pequeño contentamiento; y, después de haverse recibido, determinaron irse a la fuente de los alisos, donde el día antes habían estado; y primero que allá llegassen dixo Silvano:

-Escucha, Selvagia: ¿no oyes cantar?

-Sí oyo, -dixo Selvagia-, y aun parece más de una boz.

-¿A dónde será?-dixo Sireno.

-Parésceme -respondió Selvagia- que es en el prado de los laureles, por donde passa el arroyo que corre de esta clara fuente.

-Bien será que nos lleguemos allá; y de manera que no nos sientan los que cantan, porque no interompamos la música.

-Vamos -dixo Selvagia.

Y assí su passo a passo se fueron hazia aquella parte donde las bozes se oían y, escondiéndose entre unos árboles que estaban junto al arroyo, vieron sobre las doradas flores asentadas tres ninfas tan hermosas que parecía haver en ellas dado la naturaleza muy clara muestra de lo que puede. Venían vestidas de unas ropas blancas, labradas por

encima de follajes de oro, sus cabellos, que los rayos del sol escurecían, rebueltos a la cabeza y tomados con sendos hilos de orientales perlas, con que encima de la cristalina frente se hacía una lazada, y en medio de ella estaba una águila de oro, que entre las uñas tenía un muy hermoso diamante.

Todas tres de concierto tañían sus instrumentos tan suavemente que, junto con las divinas bozes, no parecieron sino música celestial; y la primera cosa que cantaron fue este villancico:

Contentamientos de amor
que tan cansados llegáis:
si venís ¿para qué os vais?

Aún no acabáis de venir,
después de muy desseados,
cuando estáis determinados
de madrugar y partir.

Si tan presto os havéis de ir
y tan triste me dexáis,
placeres, no me veáis.

Los contentos, huyo de ellos,
pues no me vienen a ver
más que por darme a entender
lo que se pierde en perdellos.

Y pues ya no quiero vellos
descontentos, no os partáis,
pues bolvéis después que os vais.

Después que hubieron cantado, dixo la una, que Dórica se llamava:

-Hermana Cintia: ¿es esta la ribera adonde un pastor llamado Sireno anduvo perdido por la hermosa pastora Diana?

La otra le respondió:

-Esta, sin duda, deve ser, porque junto a una fuente que está cerca de este prado me dicen que fue la despedida de los dos, digna de ser para siempre celebrada, según las amorosas razones que entre ellos passaron.

Cuando Sireno esto oyó, quedó fuera de sí en ver que las tres ninfas tuviessen noticia de sus desventuras. Y prosiguiendo Cintia dixo:

-En esta misma ribera hay otras muy hermosas pastoras y otros pastores enamorados, adonde el amor ha mostrado grandísimos efectos; y algunos, muy al contrario de lo que se esperaba.

La tercera, que Polidora se llamava, le respondió:

-Cosa es essa de que yo no me espantaría, porque no hay suceso en amor, por avieso que sea, que ponga espanto a los que por estas cosas han pasado; mas dime, Dórida, ¿cómo sabes tú de essa despedida?

-Sélo -dixo Dórida- porque al tiempo que se despidieron junto a la fuente que digo, lo oyó Celio, que desde encima de un roble los estava azechando, y la puso toda al pie de la letra, en verso, de la misma manera que ella pasó. Por esso, si me escucháis, al son de mi instrumento pienso cantalla.

Cintia le respondió:

-Hermosa Dórida, los hados te sean favorables como nos es alegre tu gracia y hermosura, y no menos será de oírte cantar cosa tanto para saber.

Y, tomando Dórida su harpa, comenzó a cantar de esta manera:

Canto de la Ninfa

Junto a una verde ribera
de arboleda singular,
donde, para se alegrar
otro que más libre fuera,
hallara tiempo y lugar,

Sireno, un triste pastor,
recogía su ganado,
tan de veras lastimado,
cuanto burlando el amor
descansa el enamorado.

Este pastor se moría
por amores de Diana,
una pastora loçana,
cuya hermosura excedía
la naturaleza humana.

La cual jamás tuvo cosa
que en sí no fuesse estremada,
pues ni pudo ser llamada

discreta por no hermosa,
ni hermosa por no avisada.

No era desfavorecido,
que a serlo quizá pudiera,
con el uso que tuviera,
sufrir, después de partido,
lo que de ausencia sintiera,

que el corazón desusado
de sufrir pena o tormento,
si no sobra entendimiento,
cualquier pequeño cuidado
le cautiva el sufrimiento.

Cabe un río caudaloso,
Ezla por nombre llamado,
andava el pastor cuitado,
de ausencia muy temeroso,
repastando su ganado.

Y a su pastora aguardando
está con grave pasión,
que estava aquella sazón
su ganado apascentando
en los montes de León.

Estava el triste pastor,
en cuanto no parecía,
imaginando aquel día
en que el falso dios de amor
dio principio a su alegría.

Y dize, viéndose tal:
«El bien que el amor me ha dado
imagino yo, cuitado,
porque este cercano mal
lo sienta después doblado.»

El sol, por ser sobretarde,
con su fuego no le ofende,
mas el que de amor depende
y en el su corazón arde
mayores llamas enciende.

La pasión lo combidava,

la arboleda le movía,
el río parar hazía,
el ruiseñor ayudava
a estos versos que dizía:

Canción de Sireno

Al Partir llama partida
el que no sabe de amor,
mas yo le llamo un dolor
que se acaba con la vida.

Y quiera Dios que yo pueda
esta vida sustentar
hasta que llegue al lugar
donde el corazón me queda.

Porque el pensar en partida
me pone tan gran pavor
que a la fuerza del dolor
no podrá esperar la vida.

Esto Sireno cantava
y con su rabel tañía,
tan ageno de alegría
que el llorar no le dexava
pronunciar lo que dezía.

Y por no caer en mengua,
si le estorva su pasión,
acento o pronunciación,
lo que empecava la lengua
acabava el corazón.

Ya después que hubo cantado,
Diana vio que venía
tan hermosa que vestía
de nueva color el prado
donde sus ojos ponía.

Su rostro como una flor,
y tan triste que es locura
pensar que humana criatura
juzgue cuál era mayor,
la tristeza o hermosura.

Muchas vezes se parava,
bueitos los ojos al suelo;
y con tan gran desconsuelo
otras vezes los alçava,
que los hincava en el cielo,

diziendo con más dolor
que cabe en entendimiento:
«Pues el bien trae tal descuento,
de hoy más bien puedes, amor,
guardar tu contentamiento.»

La causa de sus enojos
muy claro allí la mostrava;
si lágrimas derramava,
pregúntenlo a aquellos ojos
con que a Sireno matava.

Si su amor era sin par,
su valor no lo encubría;
y si la ausencia temía,
pregúntenlo a este cantar
que con lágrimas decía:

Canción de Diana

No me diste, oh crudo amor,
el bien que tuve en presencia,
sino porque el mal de ausencia
me pareza muy mayor.

Das descanso, das reposo,
no por dar contentamiento,
mas porque esté el sufrimiento
algunos tiempos ocioso.

Ved qué invenciones de amor:
darme contento en presencia,
porque no tenga en ausencia
reparo contra el dolor.

Siendo Diana llegada
donde sus amores vio,
quiso hablar, mas no habló;

y el triste no dixo nada,
aunque el hablar cometió.

Cuanto havía que hablar,
en los ojos lo mostravan,
mostrando lo que callavan
con aquel blando mirar
con que otras vezes hablaban.

Ambos juntos se sentaron
debaxo un mirto florido,
cada uno de otro vencido
por las manos se tomaron,
casi fuera de sentido.

Porque el plazer de mirarse.
y el pensar presto no verse
los hazen enternecerse,
de manera que a hablarse
ninguno pudo atreverse.

Otras vezes se topavan
en esta verde ribera,
pero muy de otra manera
el toparse celebravan,
que esta que fue la postrera.

Estraño efecto de amor:
verse dos que se querían
todo cuanto ellos podían,
y recibir más dolor
que al tiempo que no se vían.

Vía Sireno llegar
el grave dolor de ausencia,
ni allí le basta paciencia
ni alcança para hablar
de sus lágrimas licencia.

A su pastora mirava:
su pastora mira a él;
y con un dolor cruel
la habló, mas no hablava,
que el dolor habla por él:

«¡Ay, Diana! ¿Quién dixera

que cuando yo más penara,
que ninguno imaginara,
en la hora que te viera
mi alma no descansara?

¿En qué tiempo y qué sazón
creyera, señora mía,
que alguna cosa podría
causarme mayor pasión
que tu presencia, alegría?

¿Quién pensara que esos ojos
algún tiempo me mirassen
que, señora, no atajassen
todos los males y enojos,
que mis males me causassen?

Mira, señora, mi suerte
si ha traído buen rodeo,
que si antes mi desseo
me hizo morir por verte,
ya muero porque te veo.

Y no es por falta de amarte,
pues nadie estuvo tan firme,
mas porque suelo venirme
a estos prados a mirarte,
y hora vengo a despedirme.

Hoy diera por no te ver,
aunque no tengo otra vida,
este alma, de ti vencida,
solo por entretener
el dolor de la partida.

Pastora, dame licencia
que diga que mi cuidado
sientes en el mismo grado,
que no es mucho en tu presencia
mostrarme tan confiado.

Pues, Diana, si es así,
¿cómo puedo yo partirme?
O tú, ¿cómo dexasirme?
¿O cómo vengo yo aquí
sin empacho a despedirme?

¡Ay, Dios, ay, pastora mía!
¿Cómo no hay razón que dar
para de ti me quejar?
¡Y cómo tú cada día
la ternás de me olvidar!

No me hazes tú partir,
esto también lo diré,
ni menos lo haze mi fe,
y si quisiesse dezir
quién lo haze, no lo sé.»

Lleno de lágrimas tristes,
y a menudo sospirando,
estava el pastor hablando
estas palabras que oístes,
y ella las oye llorando.

A responder se ofresció;
mil vezes lo cometía,
mas de triste no podía,
y por ella respondió
el amor que le tenía:

«A tiempo estoy, oh Sireno,
que diré más que quisiera;
que, aunque mi mal se entendiera,
tuviera, pastor, por bueno
el callarlo, si pudiera.

Mas ¡ay de mí!, desdichada,
vengo a tiempo a descubrillo
que ni aprovecha dezillo
para escusar [tú] jornada,
ni para yo despedillo.

¿Por qué te vas, di, pastor?
¿Por qué me quieres dexar
donde el tiempo y el lugar
y el gozo de nuestro amor
no se me podrá olvidar?

¿Qué sentiré, desdichada,
llegando a este valle ameno,
cuando diga: «¡Ah tiempo bueno!

Aquí estuve yo sentada
hablando con mi Sireno»?

Mira si será tristeza
no verte y ver este prado,
de árboles tan adornado,
y mi nombre en su corteza
por tus manos señalado;

O si habrá igual dolor
que el lugar a do me viste,
velle tan solo y tan triste,
donde con tan gran temor
tu pena me descubriste.

Si esse duro corazón
se ablanda para llorar,
¿no se podría ablandar
para ver la sinrazón
que hazes en me dexar?

Oh, no llores, mi pastor,
que son lágrimas en vano,
y no está el seso muy sano
de aquel que llora el dolor,
si el remedio está en su mano.
Perdóname, mi Sireno,
si te ofendo en lo que digo.
Déxame hablar contigo
en aqueste valle ameno,
do no me dexas connmigo.

Que no quiero, ni aun burlando,
verme apartada de ti.
No te vayas... ¿Quieres, di?
Duélate hora ver llorando
los ojos con que te vi.»

Bolvió Sireno a hablar;
dixo: «Ya debes sentir
si yo me quisiera ir,
mas tú me mandas quedar
y mi ventura, partir.

Viendo tu gran hermosura,
estoy, señora, obligado

a obedescerte de grado;
mas, ¡triste!, que a mi ventura
he de obedescer forçado.

Es la partida forçada,
pero no por causa mía,
que cualquier bien dexaría
por verte en esta majada,
do vi el fin de mi alegría.

Mi amo, aquel gran pastor,
es quien me haze partir
a quien presto vea venir
tan lastimado de amor
como yo me siento ir.

Oxalá estuviera ahora,
porque tú fueras servida,
en mi mano mi partida
como en la tuya, señora,
está mi muerte y mi vida.

Mas créeme que es muy en vano,
según contino me siento,
passarte por pensamiento
que pueda estar en mi mano
cosa que me dé contento.

Bien podría yo dexar
mi rebaño y mi pastor
y buscar otro señor;
mas si el fin voy a mirar
no conviene a nuestro amor.

Que dexando este rebaño
y tomando otro cualquiera,
dime tú de qué manera
podré venir sin tu daño
por esta verde ribera.

Si la fuerça de esta llama
me detiene, es argumento
que pongo en ti el pensamiento
y vengo a vender tu fama,
señora, por mi contento.

Si dizen que mi querer
en ti lo pude emplear,
a ti te viene a dañar,
que yo ¿qué puedo perder?
O tú ¿qué puedes ganar?»

La pastora a esta sazón
respondió con gran dolor:
«Para dexarme, pastor,
¿cómo has hallado razón,
pues que no la hay en amor?

Mala señal es hallarse,
pues vemos por experiencia
que aquel que sabe en presencia
dar disculpa de ausentarse,
sabr  sufrir el ausencia.

¡Ay, triste! Que pues te vas,
no sé qué será de ti,
ni sé qué será de mí,
ni si allá te acordarás
que me viste o que te vi.

Ni sé si rescibo engaño
en haverte descubierto
este dolor que me ha muerto,
mas lo que fuere en mi daño,
esto será lo más cierto.

No te duelan mis enojos.
Vete, pastor, a embarcar;
passa de presto la mar,
pues que por la de mis ojos
tan presto puedes passar.

Gu rdete Dios de tormenta,
Sireno, mi dulce amigo,
y tenga siempre contigo
la Fortuna mejor cuenta
que t  la tienes conmigo.

Muero en ver que se despiden
mis ojos de su alegría;
y es tan grande el agonía,
que estas lágrimas me impiden

dezirte lo que querría.

Estos mis ojos, zagal,
antes que cerrados sean,
ruego yo a Dios que te vean,
que, aunque tú causas su mal,
ellos no te lo dessean.»

Respondió: «Señora mía,
nunca viene solo un mal,
y un dolor, aunque mortal,
siempre tiene compañía
con otro más principal.

Y así verme yo partir
de tu vista y de mi vida
no es pena tan desmedida,
como verte a ti sentir
tan de veras mi partida.

Mas si yo acaso olvidare
los ojos en que me vi,
olvídese Dios de mí;
o si en cosa imaginaré,
mi señora, sino en ti.

Y si agena hermosura
causare en mí movimiento,
por un hora de contento
me traiga mi desventura
cien mil años de tormento.

Y si mudare mi fe
por otro nuevo cuidado,
caiga del mejor estado
que la Fortuna me dé,
en el más desesperado.

No me encargues la venida,
muy dulce señora mía,
porque asaz de mal sería
tener yo en algo la vida
fuera de tu compañía.»

Respondióle: «¡Oh, mi Sireno!
Si algún tiempo te olvidare,

las yervas que yo pisare
por aqueste valle ameno
se sequen cuando passare.

Y si el pensamiento mío
en otra parte pusiere,
suplico a Dios que si fuere
con mis ovejas al río,
se seque cuando me viere.

Toma, pastor, un cordón
que hize de mis cabellos,
porque se te acuerde en vellos
que tomaste posesión
de mi corazón y de ellos.

Y este anillo has de llevar,
do están dos manos asidas,
que, aunque se acaben las vidas,
no se pueden apartar
dos almas que están unidas.»

Y él dixo: «Que te dexar
no tengo, si este cayado
y este, mi rabelpreciado,
con que tañer y cantar
me vías por este prado.

Al son de él, pastora mía,
te cantava mis canciones
contando tus perficciones
y lo que de amor sentía,
en dulces lamentaciones.»

Ambos a dos se abraçaron;
y esta fue la vez primera,
y pienso fue la postrera,
porque los tiempos mudaron
el amor de otra manera.

Y aunque a Diana le dio
pena rabiosa y mortal
la ausencia de su zagal,
en ella misma halló
el remedio de su mal.

Acabó la hermosa Dórida el suave canto, dexando admiradas a Cintia y Polidora en ver que una pastora fuese vaso donde amor tan encendido pudiesse caber; pero también lo quedaron de imaginar cómo el tiempo había curado su mal, peresciendo en la despedida sin remedio.

Pues el sin ventura Sireno, en cuanto la pastora con el dulce canto manifestava sus antiguas cuitas y sospiros, no dexava de dallos tan a menudo que Selvagia y Silvano eran poca parte para consolalle, porque no menos lastimado estava entonces que al tiempo que por él habían passado; y espantóse mucho de ver que tan particularmente se supiesse lo que con Diana passado había. Pues no menos admiradas estavan Selvagia y Silvano de la gracia con que Dórida cantava y tañía.

A este tiempo las hermosas ninfas, tomando cada una su instrumento, se ivan por el verde prado adelante, bien fuera de sospecha de podelles acaescer lo que ahora oiréis: y fue que, haviéndose alexado muy poco de adonde los pastores estavan, salieron de entre unas retamas altas, a mano derecha del bosque tres salvages de estraña grandeza y fealdad. Venían armados de coseletes y celadas de cuero de tigre; eran de tan fea catadura que ponían espanto; los coseletes traían por braçales unas bocas de serpientes, por donde sacavan los braços, que gruessos y vellosos parescían; y las celadas venían a hazer encima de la frente unas espantables cabeças de leones. Lo demás traían desnudo, cubierto de espesso y largo vello; unos bastones herrados de muy agudas púas de azero; al cuello traían sus arcos y flechas; los escudos eran de unas conchas de pescado muy fuerte. Y con una increíble ligereza arremeten a ellas diziendo:

-¡A tiempo estáis, oh ingratas y desamoradas ninfas, que os obligará la fuerça a lo que el amor no os ha podido obligar; que no era justo que la Fortuna hiziesse tan grande agravio a nuestros cativos coraçones como era dilatalles tanto su remedio! En fin, tenemos en la mano el galardón de los sospiros con que a causa vuestra importunávamos las aves y animales de la escura y encantada selva do habitamos, y de las ardientes lágrimas con que hazíamos crescer el impetuoso y turbio río que sus temerosos campos va regando. Y, pues para que quedéis con las vidas, no tenéis otro remedio sino dalle a nuestro mal, no deis lugar a que nuestras crueles manos tomen vengança de la que de nuestros afligidos coraçones havéis tomado.

Las ninfas, con el súbito sobresalto, quedaron tan fuera de sí que no supieron responder a las sobervias palabras que oían, sino con lágrimas; mas la hermosa Dórida, que más en sí estava que las otras, respondió:

-Nunca yo pensé que el amor pudiera traer a tal extremo a un amante que viniese a las manos con la persona amada. Costumbre es de covardes tomar armas contra las mugeres, y en un campo donde no hay quien por nosotras pueda responder, si no es nuestra razón. Mas de una cosa, ¡oh crueles!, podéis estar seguros, y es que vuestras amenazas no nos harán perder un punto de lo que a nuestra honestidad devemos, y que más fácilmente os dexaremos la vida en las manos que la honra.

-Dórida -dixo uno de ellos-, a quien de maltratarnos ha tenido tan poca razón, no es menester escuchalle alguna.

Y sacando el cordel al arco que al cuello traía, le tomó sus hermosas manos y muy descomedidamente se las ató; y lo mismo hicieron sus compañeros a Cintia y a Polidora.

Los dos pastores y la pastora Selvagia, que atónitos estaban de lo que los salvages hazían, viendo la crueldad con que a las hermosas ninfas trataban, y no pudiendo sufrillo, determinaron de morir o defendellas; y sacando todos tres sus hondas, proveídos sus çurriones de piedras, salieron al verde prado y comiençan a tirar a los salvages con tanta maña y esfuerço como si en ello les fuera la vida. Y pensando ocupar a los salvages de manera que, en cuanto ellos se defendían, las ninfas se pusiesen en salvo, les davan la mayor priessa que podían; mas los salvages, recelosos de lo que los pastores imaginavan, quedando el uno en guarda de las prisioneras, los dos procuravan herirlos, ganando tierra. Pero las piedras eran tantas y tan espessas que se lo defendían, de manera que, en cuanto las piedras les duraron, los salvages lo passavan mal; pero como después los pastores se ocuparon de baxarse por ellas, los salvages se les allegavan con sus pesados alfanges en las manos tanto, que ya ellos estaban sin esperança de remedio.

Mas no tardó mucho que de entre la espessura del bosque, junto a la fuente donde cantavan, salió una pastora de tan grande hermosura y disposición, que los que la vieron quedaron admirados; su arco tenía colgado del braço izquierdo y una aljava de saetas al hombro; en las manos, un bastón de silvestre enzina, en el cabo del cual había una muy larga punta de azero. Pues como assí viesse las tres ninfas y la contienda entre los dos salvages y los pastores, que ya no esperavan sino la muerte, poniendo con gran presteza una aguda saeta en su arco, con tan grandíssima fuerça y destreza la despidió, que al uno de los salvages se la dexó escondida en el duro pecho, de manera que la de amor, que el corazón le traspassava, perdió su fuerça, y el salvage la vida a bueltas de ella. Y no fue perezosa en poner otra saeta en su arco ni menos diestra en tiralla, pues fue de manera que acabó con ella las passiones enamoradas del segundo salvage, como las del primero había acabado. Y queriendo tirar al tercero, que en guarda de las tres ninfas estava, no pudo tan presto hazello que él no se viniese a juntar con ella, queriéndole herir con su pesado alfange. La hermosa pastora alçó el bastón y, como el golpe descargasse sobre las barras de fino azero que tenía, el alfange fue hecho dos pedaços; y la hermosa pastora le dio tan gran golpe con su bastón por encima de la cabeça, que le hizo arrodillar y, apuntándole con la azerada punta a los ojos, con tan gran fuerça le apretó que por medio de los sesos se lo passó a la otra parte; y el feroz salvage, dando un espantable grito, cayó muerto en el suelo.

Las ninfas, viéndose libres de tan gran fuerça, y los pastores y pastoras, de la muerte, de la cual muy cerca estaban, y viendo cómo, por el gran esfuerço de aquella pastora, assí unos como otros habían escapado, no podían juzgarla por cosa humana.

A esta hora, llegándose la gran pastora a ellas, las començó a desatar las manos diziéndoles:

-No merecían menos pena que la que tienen, oh hermosas ninfas, quien tan lindas manos osava atar, que más son ellas para atar corações que para ser atadas. ¡Mal hayan hombres tan sobervios y de tan mal conocimiento! Mas ellos, señoras, tienen su pago, y yo también le tengo en haveros hecho este pequeño servicio, y en haver llegado a tiempo que a tan gran sinrazón pudiesse dar remedio; aunque a estos animosos pastores y hermosa pastora no en menos se deve tener lo que han hecho, pero ellos y yo estamos muy bien pagados, aunque en ello perdiéramos la vida, pues por tal causa se aventurava.

Las ninfas quedaron tan admiradas de su hermosura y discreción como del esfuerço que en su defensa havia mostrado. Y Dórica con un gracioso semblante le respondió:

-Por cierto, hermosa pastora, si vos, según el ánimo y valentía que hoy mostrastes, no sois hija del fiero Marte, según la hermosura lo devéis ser de la deesa Venus y del hermoso Adonis. Y, si de ninguno de estos, no podéis dexallo de ser de la discreta Minerva, que tan gran discreción no puede proceder de otra parte, aunque lo más cierto deve ser haveros dado naturaleza lo principal de todos ellos. Y para tan nueva y tan grande merced como es la que havemos recebido, nuevos y grandes havían de ser los servicios con que devía ser satisfecha. Mas podría ser que algún tiempo se ofresciese ocasión en que se conociesse la voluntad que de servir tan señalada merced tenemos. Y porque parece que estáis cansada, vamos a la fuente de los alisos, que está junto al bosque, y allí descansaréis.

-Vamos, señora -dixo la pastora-, que no tanto por descansar del trabajo del cuerpo lo desseo, quanto por hablar en otro, en que consiste el descanso de mi ánima y todo mi contentamiento.

-Esse se os procurará aquí con toda la diligencia possible -dixo Polidora-, porque no hay a quien con más razón procurar se deva.

Pues la hermosa Cintia se bolvió a los pastores diziendo:

-Hermosa pastora y animosos pastores, la deuda y obligación en que nos havéis puesto, ya la veis. ¡Plega a Dios que algún tiempo la podamos satisfazer según que es nuestro desseo!

Selvagia respondió:

-A estos dos pastores se deven, hermosas ninfas, essas ofertas, que yo no hize más de dessear la libertad, que tanta razón era que todo el mundo desseasse.

-¿Entonces -dixo Polidora- es este el pastor Sireno, tan querido algún tiempo como ahora olvidado de la hermosa Diana; y esse otro, su competidor Silvano?

-Sí -dixo Selvagia.

-Mucho me huelgo -dixo Polidora- que seáis personas a quien podamos en algo satisfazer lo que por nosotras havéis hecho.

Dórida, muy espantada, dixo:

-¿Que cierto es éste Sireno? Muy contenta estoy en hallarte y en haverme tú dado ocasión a que yo busque a tu mal algún remedio, que no será poco.

-Ni aun para tanto mal bastaría, siendo poco -dixo Sireno.

-Ahora vamos a la fuente -dixo Polidora-, que allá hablaremos más largo.

Llegados que fueron a la fuente, llevando las ninfas en medio a la pastora, se asentaron en torno de ella; y los pastores, a petición de las ninfas, se fueron a la aldea a buscar de comer, porque era ya tarde y todos lo havían menester. Pues quedando las tres ninfas solas con la pastora, la hermosa Dórida comenzó a hablar de esta manera:

-Esforçada y hermosa pastora, es cosa para nosotras tan estraña ver una persona de tanto valor y suerte en estos valles y bosques apartados del concurso de las gentes, como para ti será ver tres ninfas solas y sin compañía que defendellas pueda de semejantes fuerças. Pues para que podamos saber de ti lo que tanto desseamos, forçado será merescello primero con dezirte quién somos. Y para esto sabrás, esforçada pastora, que esta ninfa se llama (Polidora); aquella, Cintia, y yo (Dórida). Bivimos en la selva de Diana, adonde habita la sabia Felicia, cuyo oficio es dar remedio a pasiones enamoradas. Y viniendo nosotras de visitar a una ninfa, su parienta, que bive de esta otra parte de los puertos galizianos, llegamos a este valle umbroso y ameno; y paresciéndonos el lugar conveniente para passar la calorosa siesta a la sombra de estos alisos y verdes lauros, embidiosas de la harmonía que este impetuoso arroyo por medio del verde prado lleva, tomando nuestros instrumentos, quesimos imitalla. Y nuestra ventura o, por mejor dezir, su desventura, quiso que estos salvages que, según ellos dezían, muchos días ha que de nuestros amores estavan presos, vinieron acaso por aquí. Y, haviendo muchas vezes sido importunadas de sus bestiales razones que nuestro amor les atorgássemos, y viendo ellos que por ninguna vía les dávamos esperança de remedio, determinaron poner el negocio a las manos y, hallándonos aquí solas, hizieron lo que vistes al tiempo que con vuestro socorro fuimos libres.

La pastora, que oyó lo que la hermosa Dórida havia dicho, las lágrimas dieron testimonio de lo que su afligido corazón sentía, y, bolviéndose a las ninfas, les comenzó a hablar de esta manera:

-No es el amor de manera, hermosas ninfas de la casta diosa, que pueda el que lo tiene tener respeto a la razón, ni la razón es parte para que un enamorado corazón dexé el camino por do sus fieros destinos le guiaren. Y que esto sea verdad, en la mano tenemos la experiencia, que, puesto caso que fuéssedes amadas de estos salvages fieros y el drecho del buen amor no dava lugar a que fuéssedes de ellos ofendidas, por otra parte vino aquella desorden con que sus varios efectos haze a dar tal industria que los mismos que

os havían de servir os ofendiessen. Y porque sepáis que no me muevo solamente por lo que en este valle os ha sucedido, os diré lo que no pensé dezir sino a quien entregué mi libertad, si el tiempo o la Fortuna dieren lugar a que mis ojos le vean; y entonces veréis cómo en la escuela de mis desventuras deprendí a hablar en los malos sucessos de amor y en lo que este traidor haze en los tristes coraçones que sujetos le están.

Sabréis, pues, hermosas ninfas, que mi naturaleza es la gran Vandalia, provincia no muy remota de esta adonde estamos, nascida en una ciudad llamada Soldina. Mi madre se llamó Delia y mi padre Andronio, en linage y bienes de fortuna los más principales de toda aquella provincia. Acaesció, pues, que como mi madre, haviendo muchos años que era casada, no tuviesse hijos, y, a causa de esto, biviesse tan descontenta que no tuviesse un día de descanso, con lágrimas y sospiros cada hora importunava el cielo y haziendo mil ofrendas y sacrificios suplicava a Dios le diesse lo que tanto desseava; el cual fue servido, vistos sus continuos ruegos y oraciones, que, siendo ya passada la mayor parte de su edad, se hiziese preñada. El alegría que de ello recibió, júzguelo quien, después de muy desseada una cosa, la ventura se la pone en las manos. Y no menos participó mi padre Andronio de este contentamiento, porque lo tuvo tan grande que sería imposible podello encarescer. Era Delia, mi señora, aficionada a leer historias antiguas, en tanto extremo que, si enfermedades o negocios de grande importancia no se le estorvavan, jamás passava el tiempo en otra cosa. Y acaesció que, estando, como digo, preñada, y hallándose una noche mal dispuesta, rogó a mi padre que le leyese alguna cosa para que, ocupando en ella el pensamiento, no sintiesse el mal que la fatigaba. Mi padre, que en otra cosa no entendía sino en darme todo el contentamiento possible, le començó a leer aquella historia de Paris, quando las tres deas se pusieron a juicio delante de él sobre la mançana de la discordia. Pues como mi madre tuviesse que Paris havía dado aquella sentencia apasionadamente y no como devía, dixo que sin duda él no havía mirado bien la razón de la diosa de las batallas, porque, precediendo las armas a todas las otras qualidades, era justa cosa que se le diesse. Mi señor respondió que la mançana se havía de dar a la más hermosa y que Venus lo era más que otra ninguna, por lo cual Paris havía sentenciado muy bien, si después no le sucediera mal. A esto respondió mi madre que, puesto caso que en la mançana estuviesse escrito «Dessa a la más hermosa», que esta hermosura no se entendía corporal, sino del ánima, y que, pues la fortaleza era una de las cosas que más hermosura le davan, y el exercicio de las armas era un acto exterior de esta virtud, que a la diosa de las batallas se devía dar la mançana, si Paris juzgara como hombre prudente y desapasionado. Assí que, hermosas ninfas, en esta porfía estuvieron gran rato de la noche, cada uno alegando las razones más a su propósito que podía. Estando en esto vino el sueño a vencer a quien las razones de su marido no pudieron, de manera que, estando muy metida en su disputa, se dexó dormir. Mi padre entonces se fue a su aposiento, y a mi señora le pareció, estando durmiendo, que la diosa Venus venía a ella con un rostro tan airado como hermoso y le dezía: «Delia, no sé quién te ha movido ser tan contraria de quien jamás lo ha sido tuya. Si memoria tuviesses del tiempo que del amor de Andronio, tu marido, fuiste presa, no me pagarías tan mal lo mucho que me debes; pero no quedarán sin galardón, que yo te hago saber que parirás un hijo y una hija, cuyo parto no te costará menos que la vida y a ellos costará el contentamiento lo que en mi daño has hablado, porque te certifico que serán los más desdichados en amores que hasta su tiempo se hayan visto.» Y, dicho esto, desapareció. Y luego se le figuró a mi

señora madre que venía a ella la diosa Palas, y con su rostro muy alegre le decía: «Discreta y dichosa Delia: ¿con qué te podré pagar lo que en mi favor, contra la opinión de tu marido, esta noche has alegado, sino con hazerte saber que parirás un hijo y una hija, los más venturosos en armas que hasta su tiempo haya havido?» Dicho esto, luego desapareció, despertando mi madre con el mayor sobresalto del mundo. Y de ahí un mes, poco más o menos, parió a mí y a otro hermano mío, y ella murió de parto; y mi padre, del grandísimo pesar que hubo, murió de ahí a pocos días. Y porque sepáis, hermosas ninfas, el extremo en que amor me ha puesto, sabed que, siendo yo muger de la cualidad que havéis oído, mi desventura me ha forçado que dexe mi hábito natural y mi libertad y el débito que a mi honra devo, por quien por ventura pensará que la pierde en ser de mí bien amado. Ved qué cosa tan escusada para una muger ser dichosa en las armas, como si para ellas se huviessen hecho. Devía ser porque yo, hermosas ninfas, os pudiesse hazer este pequeño servicio contra aquellos perversos, que no lo tengo en menos que si la Fortuna me començase a satisfacer algún agravio de los muchos que me ha hecho.

Tan espantadas quedaron las ninfas de lo que oían que no le pudieron responder ni repreguntar cosa de las que la pastora decía; y prosiguiendo en su historia, les dixo:

-Pues como mi hermano y yo nos criássemos en un monesterio de monjas, donde una tía mía era abadesa, hasta ser de edad de doze años, y haviéndolos cumplidos, nos sacassen de allí, a él llevaron a la corte del magnánimo e invencible rey de los lusitanos, cuya fama e increíble bondad tan esparcida está por el universo, adonde, siendo en edad de tomar las armas, le sucedieron por ellas cosas tan aventajadas y de tan gran esfuerço, como tristes y desventuradas por los amores. Y con todo esso fue mi hermano tan amado de aquel invictísimo rey que nunca jamás le consintió salir de su corte. La desdichada de mí, que para mayores desventuras me guardavan mis hados, fui llevada en casa de una agüela mía, que no deviera, pues fue causa de bivar con tan gran tristeza cual nunca muger padeció. Y porque, hermosas ninfas, no hay cosa que no me sea forçado dezíroslo, assí por la gran virtud de que vuestra estremada hermosura da testimonio, como porque el alma me da que havéis de ser gran parte de mi consuelo, sabed que, como yo estuviesse en casa de mi agüela y fuesse ya de cuasi dezisiete años, se enamoró de mí un cavallero que no bivía tan lexos de nuestra posada que, desde un terrado que en la suya había, no se viese un jardín adonde yo passava las tardes del verano. Pues como de allí el desagradescido Felis viesse a la desdichada Felismena, que este es el nombre de la triste que sus desventuras os está contando, se enamoró de mí o se fingió enamorado; no sé cuál me crea, pero sé que quien menos en este estado creyere, más acertará. Muchos días fueron los que Felis gastó en darme a entender su pena, y muchos más gasté yo en no darme por hallada que él por mí la padesciesse. Y no sé cómo el amor tardó tanto en hazerme fuerça que le quisiesse; debió tardar para después venir con mayor ímpetu. Pues como yo, por señales y por paseos y por músicas y torneos que delante de mi puerta muchas vezes se hazían, no mostrasse entender que de mi amor estava preso, aunque desde el primero día lo entendí, determinó de escribirme; y hablando con una criada mía, a quien muchas vezes había hablado, y aun con muchas dádivas ganada la voluntad, le dio una carta para mí. Pues ver las salvas que Rossina, que assí se llamava, me hizo primero que me la diesse, los juramentos que me juró, las cautelosas palabras que me

dixo porque no me enojasse, cierto fue cosa de espanto. Y con todo esso se la bolví a arrojar a los ojos, diziendo: «Si no mirasse a quien soy y lo que se podría dezir, esse rostro que tan poca vergüença tiene, yo le haría señalar de manera que fuesse entre todos conocido; mas, porque es la primera vez, baste lo hecho, y avissaros que os guardéis de la segunda.» Parésceme que estoy ahora viendo -dezía la hermosa Felismena- cómo aquella traidora de Rosina supo callar disimulando lo que de mi enojo sentía, porque la viérades, oh hermosas ninfas, fingir una risa tan dissimulada diziendo: «¡Jesús, señora! Yo, para que riésemos con ella, la di a Vuestra Merced, que no para que se enojasse de essa manera, que plega a Dios, si mi intención ha sido dalle enojo, que Dios me le dé el mayor que hija de madre haya tenido.» Y a esto añadió otras muchas palabras, como ella las sabía dezir, para amansar el enojo que yo de las suyas había recebido; y, tomando su carta, se me quitó de delante. Yo, después de passado esto, comencé de imaginar en lo que allí podría venir; y tras esto parece que el amor me iba poniendo desseo de ver la carta, pero también la vergüença me estorvava a tornalla a pedir a mi criada, haviendo passado con ella lo que os he contado. Y assí passé aquel día hasta la noche en muchas variedades de pensamientos; y quando Rosina entró a desnudarme, al tiempo que me quería acostar, Dios sabe si yo quisiera que me bolviera a importunar sobre que recibiesse la carta, mas nunca me quiso hablar ni por pensamiento en ella. Yo, por ver si saliéndole al camino, aprovecharía algo, le dixe assí: «Rosina: ¿qué el señor Felis, sin mirar más, se atreve a escrivirme?» Ella, muy secamente me respondió: «Señora, son cosas que el amor trae consigo. Suplico a Vuestra Merced me perdone, que si yo pensara que en ello le enojava, ante me sacara los ojos.» Cuál yo entonces quedé, Dios lo sabe, pero con todo esso dissimulé y me dexé quedar aquella noche con mi desseo y con la ocasión de no dormir; y assí fue, que verdaderamente ella fue para mí la más trabajosa y larga que hasta entonces había passado. Pues viniendo el día, y más tarde de lo que yo quisiera, la discreta Rosina entró a darme de vestir y se dexó adrede caer la carta en el suelo. Yo, como la vi, dixe: «¿Qué es esso que cayó ahí? Muéstralo acá.» «No es nada, señora», dixo ella. «Hora muéstralo acá», dixe yo. «No me enojos o dime lo que es.» «Jesús, señora», dixo ella. «¿Para qué lo quiere ver? La carta de ayer es.» «No es, por cierto», dixe yo; «muéstralo acá, por ver si mientes». Aún yo no lo huve dicho, quando ella me la puso en las manos diziendo: «Mal me haga Dios si es otra cosa.» Yo aunque la conosci muy bien, dixe: «En verdad que no es esta, que yo la conozco, y de algún tu enamorado deve ser. Yo quiero leella, por ver las nescedades que te escribe». Abriéndola vi que dezía de esta manera:

Señora: Siempre imaginé que vuestra discreción me quitara el miedo de escreviros, entendiendo sin carta lo que os quiero; mas ella misma ha sabido tan bien dissimular, que allí estuvo el daño donde pensé que el remedio estuviesse. Si, como quien sois, juzgáis mi atrevimiento, bien sé que no tengo una hora de vida, pero si lo tomáis según lo que amor suele hazer, no trocaré por ella esperança. Suplícoos, mi señora, no os enoge mi carta ni me pongáis culpa por el escreviros hasta que esperimentéis si puedo dexar de hazello; y que me tengáis en possession de vuestro, pues todo lo que puede ser de mí está en vuestras manos, las cuales beso mil vezes.

Pues como yo viesse la carta de don Felis, o porque la leí en tiempo que mostrava en ella quererme más que a sí, o porque de parte de esta ánima cansada había dispossiçión para

imprimirse en ella el amor de quien me escrevía, yo comencé a querelle bien; y por mi mal yo lo comencé, pues había de ser causa de tanta desventura. Y luego, pidiendo perdón a Rosina de lo que de antes había pasado, como quien menester la había para lo de adelante, y encomendándole el secreto de mis amores, volví otra vez a leer la carta, parando a cada palabra un poco; y bien poco devió de ser, pues tan presto me determiné, aunque no estava en mi mano el no determinarme. Y tomando papel y tinta, le respondí de esta manera:

No tengas en tan poco, don Felis, mi honra que, con palabras fingidas, pienses perjudicalla. Bien sé quién eres y vales, y aún creo que de esto te habrá nascido el atreverte y no de la fuerza que dizes que el amor te ha hecho; y, si es así como me afirma mi sospecha, tan en vano es tu trabajo como tu valor y suerte, si piensan hazerme ir contra lo que a la mía devo. Suplícote que mires cuán pocas vezes suceden bien las cosas que debaxo de cautela se comiençan, y que no es de cavallero entendellas de una manera y dezillas de otra. Dízesme que te tenga en possession de cosa mía; soy tan mal acondicionada que aun de la esperiencia de las cosas no me fío, quanto más, de tus palabras; mas con todo esso tengo en mucho lo que en la tuya me dizes, que bien me basta ser desconfiada sin ser también desagradescida.

Esta carta le embié, que no deviera, pues fue ocasión de todo mi mal, porque luego comenzó a cobrar osadía para me declarar más su pensamiento y a tener ocasión para me pedir que le hablasse. En fin, hermosas ninfas, que algunos días se gastaron en demandas y en respuestas, en los cuales el falso amor hazía en mí su acostumbrado oficio, pues cada hora tomava más possession de esta desdichada. Los torneos se bolvieron a renovar, las músicas de noche jamás cessavan, las cartas, los motes nunca dexavan de ir de una parte a otra; y así pasó casi un año, al cabo del cual yo me vi tan presa de sus amores, que no fui parte para dexar de manifestalle mi pensamiento, cosa que él desseava más que su propia vida. Quiso, pues, mi desventura que al tiempo en que nuestros amores más encendidos andavan, su padre lo supiesse; y quien se lo dixo se lo supo encarescer de manera que, temiendo no se casasse conmigo, lo embió a la corte de la gran princesa Augusta Cesarían diziendo que no era justo que un cavallero moço y de linaje tan principal gastasse la mocedad en casa de su padre, donde no se podían aprender sino los vicios de que la ociosidad es maestra. Él se partió tan triste que su mucha tristeza le estorvó avisarme de su partida; yo quedé tal, quando lo supe, qual puede imaginar quien algún tiempo se vio tan presa de amor como yo por mi desdicha lo estoy. Decir yo agora la vida que passava en su ausencia, la tristeza, los sospiros, las lágrimas que por estos cansados ojos cada día derramava, no sé si podré, que pena es la mía que aun dezir no se puede; ved cómo podrá sufrirse. Pues estando yo en medio de mi desventura y de las ansias que la ausencia de don Felis me hazía sentir, paresciéndome que mi mal era sin remedio y que después que en la corte se viesse, a causa de otras damas de más hermosura y cualidad, también de la ausencia, que es capital enemiga del amor, yo había de ser olvidada, yo determiné aventurarme a hazer lo que nunca muger pensó. Y fue vestirme en hábito de hombre e irme a la corte por ver aquel en cuya vista estava toda mi esperanza. Y, como lo pensé, así lo puse por obra, no dándome el amor lugar a que mirasse lo que a mí propia devía. Para lo cual no me faltó industria, porque con ayuda de una grandísima amiga mía y tesorera de mis secretos, que me compró los vestidos que

yo le mandé, y un cavallo en que me fuesse, me partí de mi tierra, y aun de mi reputación, pues no puedo creer que jamás pueda cobralla. Y assí me fui derecha a la corte, passando por el camino cosas que, si el tiempo me diera lugar para contallas, no fueran poco gustosas de oír. Veinte días tardé en llegar, en cabo de los cuales, llegando donde desseava, me fui a posar a una casa, la más apartada de conversación que yo pude; y el grande desseo que llevaba de ver aquel destruidor de mi alegría no me dexaba imaginar en otra cosa sino en cómo o de dónde podía velle. Preguntar por él a mi huésped no osava, porque quiçá no se descubriese mi venida; ni tampoco me parescía bien ir yo a buscallo, porque no me sucediesse alguna desdicha a causa de ser conocida. En esta confusión passé todo aquel día, hasta la noche, la cual cada hora se me hazía un año. Y siendo poco más de media noche, el huésped llamó a la puerta de mi aposento y me dixo que si quería gozar de una mússica que en la calle se dava, que me levantasse de presto y abriessse una ventana, lo que yo hize luego. Y, parándome en ella, oí en la calle un page de don Felis, que se llamava Fabio, el cual luego en la habla conocí, cómo dezía a otros que con él ivan: «Ahora, señores, es tiempo, que la dama está en el corredor sobre la huerta tomando el frescor de la noche.» Y no lo hubo dicho, cuando començaron a tocar tres cornetas y un sacabuche con tan gran concierto que parescía una música celestial. Y luego començó una boz que cantava, a mi parescer lo mejor que nadie podrá pensar; y aunque estuve suspensa en oír a Fabio y aquel tiempo ocurrieron muchas imaginaciones, y todas contrarias a mi descanso, no dexé de advertir a lo que se cantava, porque no lo hazían de manera que cosa alguna impidiesse el gusto que de oíllo se recebía. Y lo que se cantó primero fue este romance:

Oídmme, señora mía,
si acaso os duele mi mal,
y aunque no os duela el oílle
no me dexeis de escuchar.

Dadme este breve descanso,
porque me fuerce a penar;
no os doléis de mis sospiros,
ni os enternesce el llorar,
ni cosa mía os da pena,
ni la pensáis remediar.

¿Hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar?
No está el remedio en la muerte,
sino en vuestra voluntad,
que los males que ella cura
ligeros son de passar.

No os fatigan mis fatigas,
ni os esperan fatigar.
De voluntad tan essenta,
¿qué medio se ha de esperar?

Y esse corazón de piedra,
¿cómo le podré ablandar?

Bolved, señora, esos ojos,
que en el mundo no hay su par;
mas no los bolváis airados
si no me queréis matar,
aunque, de una y de otra suerte,
matáis con solo el mirar.

Después que con el primero concierto de música hubieron cantado este romance, oí tañer una dulçaina y una harpa y la boz del mi don Felis. El contento que me dio el oírle no hay quien lo pueda imaginar, porque se me figuró que lo estaba oyendo en aquel dichoso tiempo de nuestros amores. Pero después que se desengañó la imaginación viendo que la música se dava a otra y no a mí, sabe Dios si quisiera más passar por la muerte. Y con un ansia que el ánima me arrancava, pregunté al huésped si sabía a quién aquella música se dava; él me respondió que no podía pensar a quién se diesse, aunque en aquel barrio bivían muchas damas y muy principales. Y, cuando vi que no me dava razón de lo que le preguntava, bolví a oír al mi don Felis, el cual entonce començava, al son de una harpa que muy dulcemente tañía, a cantar este soneto:

SONETO

Gastando fue el amor mis tristes años
en vanas esperanças y escusadas;
Fortuna de mis lágrimas cansadas
exemplos puso al mundo muy estraños.

El tiempo, como autor de desengaños,
tal rastro dexa en él de mis pisadas,
que no havrá confianças engañadas,
ni quien de hoy más se quexe de sus daños.

Aquella a quien amé cuanto devía
enseña a conoscer en sus amores
lo que entender no pude hasta ahora.

Y yo digo gritando noche y día:
¿No veis que os desengaña, oh amadores,
amor, Fortuna, el tiempo y mi señora?

Acabado de cantar este soneto, pararon un poco, tañendo cuatro vihuelas de arco y un clavicordio tan concertadamente que no sé si en el mundo pudiera haver cosa más para

oír, ni que mayor contento diera a quien la tristeza no tuviera tan sojuzgada como a mí. Y luego comenzaron cuatro bozes muy acordadas a cantar esta canción:

CANCIÓN

No me quexo yo del daño
que tu vista me causó;
quéxome porque llegó
a mal tiempo el desengaño.

Jamás vi peor estado
que es el no atrever y ossar;
y entre el callar y hablar
verse un hombre sepultado.

Y assí no quexo del daño
por ser tú quien lo causó,
sino por ver que llegó
a mal tiempo el desengaño.

Siempre me temo saber
cualquiera cosa encubierta,
porque sé que la más cierta,
más mi contraria ha de ser.

Y en sabella no está el daño,
pero séla a tiempos yo
que nunca jamás sirvió
de remedio el desengaño.

Acabada esta canción, comenzaron a sonar muchas diversidades de instrumentos y bozes muy excelentes, concertadas con ellos con tanta suavidad que no dexaran de dar grandísimo contentamiento a quien no estuviera tan fuera de él como yo. La música se acabó muy cerca del alva. Trabagé de ver a mi don Felis, mas la escuridad de la noche me lo estorvó; y, viendo como eran idos, me bolví acostar llorando mi desventura, que no era poco de llorar, viendo que aquel que yo más quería me tenía tan olvidada como sus músicas davan testimonio. Y, siendo ya hora de levantarme, sin otra consideración me salí de casa y me fui derecha al gran palacio de la princesa, adonde me pareció que podría ver lo que tanto desseava, determinando de llamarme Valerio, si mi nombre me preguntassen. Pues llegando yo a una plaça que delante del palacio había, comencé a mirar las ventanas y corredores, donde vi muchas damas, tan hermosas que ni yo sabría ahora encarescello ni entonces supe más que espantarme de su gran hermosura y de los atavíos de joyas e invenciones de vestidos y tocados que traían. Por la plaça se passeavan muchos cavalleros, muy ricamente vestidos y en muy hermosos cavallos, mirando cada

uno a aquella parte donde tenía el pensamiento. Dios sabe si quisiera yo ver por allí a mi don Felis y que sus amores fueran en aquel celebrado palacio, porque a lo menos estuviera yo segura de que él jamás alcançara otro galardón de sus servicios sino mirar y ser mirado, y algunas vezes hablar a la dama a quien sirviesse delante de cien mil ojos, que no dan lugar a más que esto. Mas quiso mi ventura que sus amores fuesen en parte donde no se pudiesse tener esta seguridad, pues, estando yo junto a la puerta del gran palacio, vi un page de don Felis, llamado Fabio, que yo muy bien conocía, el cual entró muy de priessa en el gran palacio y, hablando con el portero, que a la segunda puerta estava, se bolvió por el mismo camino. Yo sospeché que había venido a saber si era hora que don Felis viniese a algún negocio de los que de su padre en la corte tenía, y que no podría dexar de venir presto por allí. Y estando yo imaginando la gran alegría que con su vista se me aparejava, le vi venir muy acompañado de criados, todos muy ricamente vestidos, con una librea de un paño de color de cielo y fajas de terciopelo amarillo, bordadas por encima de cordonzillo de plata, las plumas azules y blancas y amarillas. El mi don Felis traía calças de terciopelo blanco recamadas, aforradas en tela de oro azul; el jubón era de raso blanco, recamado de oro de cañutillo, y una cuera de terciopelo de las mismas colores y recamo; una ropilla suelta de terciopelo negro, bordada de oro y aforrada en raso azul raspado; espada, daga y talabarte de oro; una gorra muy bien adereçada de unas estrellas de oro y en medio de cada una engastado un grano de aljófar grueso; las plumas eran azules, amarillas y blancas; en todo el vestido traía sembrados muchos botones de perlas. Venía en un hermoso cavallo, rucio rodado, con unas guarniciones azules y de oro y mucho aljófar. Pues cuando yo assí le vi, quedé tan suspensa en velle y tan fuera de mí con la súpita alegría, que no sé cómo lo sepa dezir; verdad es que no pude dexar de dar con las lágrimas de mis ojos alguna muestra de lo que su vista me hazía sentir, pero la vergüença de los que allí estavan me lo estorvó por entonces. Pues como don Felis, en llegando a palacio, se apeasse y subiesse por una escalera, por donde ivan al aposento de la gran princesa, yo llegué adonde sus criados estavan y, viendo entre ellos a Fabio, que era el que de antes había visto, le aparté diziéndole: «Señor: ¿quién es este cavallero que aquí se apeó? Porque me parece mucho a otro que yo he visto bien lexos de aquí.» Fabio entonces me respondió: «¿Tan nuevo sois en la corte que no conocéis a don Felis? Pues no creo yo que hay cavallero en ella tan conocido.» «No dudo de esso», le respondí, «mas yo diré cuán nuevo soy en la corte que ayer fue el primer día que en ella entré.» «Luego no hay que culparos», dixo Fabio. «Sabed que este cavallero se llama don Felis, natural de Vandalia, y tiene su casa en la antigua Soldina; está en esta corte en negocios suyos y de su padre.» Yo entonces le dixe: «Suplícoos me digáis por qué causa trae la librea de etas colores.» «Si la causa no fuera tan pública, yo lo callara», dixo Fabio, «mas, porque no hay persona que no lo sepa ni llegaréis a nadie que no os lo pueda dezir, creo que no dexo de hazer lo que devo en deziroslo. Sabed que él sirve aquí a una dama que se llama Celia, y por esso trae librea de azul, que es color de cielo, y lo blanco y amarillo, que son colores de la misma dama.» Cuando esto le oí, sabréis cuál quedaría, mas disimulando mi desventura le respondí: «Por cierto essa dama le deve mucho, pues no se contenta con traer sus colores, más aun su nombre propio quiere traer por librea. Hermosa deve de ser.» «Sí es, por cierto», dixo Fabio, «aunque hartó más lo era otra a quien él en nuestra tierra servía; y aún era más favorecido de ella que de esta lo es. Mas esta bellaca de ausencia deshaze las cosas que hombre piensa que están más firmes».

Cuando yo esto le oí, fue me forçado tener cuenta con las lágrimas, que, a no tenella, no pudiera Fabio dexar de sospechar alguna cosa que a mí no me estuviera bien. Y luego el page me preguntó cúyo era y mi nombre y a dónde era mi tierra; al cual yo respondí que mi tierra era Vandalia, mi nombre Valerio y que hasta entonces no bivía con nadie. «Pues de essa manera», dixo él, «todos somos de una tierra y aun podríamos ser de una casa, si vos quisiéssedes, porque don Felis, mi señor, me mandó que le buscase un page. Por esso, si vos queréis servirle, veldo, que comer y beber y vestir y cuatro reales para jugar no os faltarán. Pues moças como unas reinas, haylas en nuestra calle, y vos, que sois gentil hombre, no havrá ninguna que no se pierda por vos; y aun que sé yo una criada de un canónigo viejo, harto bonita, que para que fuéssemos los dos bien proveídos de pañiquelos y torreznos y vino de Sant Martín, no havríades menester más que de servirla.» Cuando yo esto le oí, no pude dexar de reírme en ver cuán naturales palabras de page eran las que me dezía; y porque me pareció que ninguna cosa me convenía más para mi descanso que lo que Fabio me aconsejava le respondí: «Yo, a la verdad, no tenía determinado de servir a nadie, mas ya que la Fortuna me ha traído a tiempo que no puedo hazer otra cosa, parésceme que lo mejor sería bivar con vuestro señor, porque deve ser cavallero más afable y amigo de sus criados que otros.» «Mal lo sabéis», me respondió Fabio. «Yo os prometo, a fe de hijodalgo, porque lo soy, que mi padre es de los Cachopines de Laredo, que tiene don Felis, mi señor, de las mejores condiciones que havéis visto en vuestra vida y que nos haze el mejor tratamiento que nadie haze a sus pages. Si no fuessen estos juegos [y] amores, que nos hazen passear más de lo que querríamos y dormir menos de lo que hemos menester, no havría tal señor.» Finalmente, hermosas ninfas, que Fabio habló a su señor don Felis en saliendo, y él mandó que aquella tarde me fuesse a su posada. Yo me fui y él me recibió por su page, haziéndome el mejor tratamiento del mundo; y así estuve algunos días, viendo llevar y traer recados de una parte a otra, cosa que era para mí sacarme el alma y perder cada hora la paciencia. Passado un mes, vino don Felis a estar tan bien conmigo que abiertamente me descubrió sus amores y me dixo desde el principio de ellos hasta el estado en que entonces estaban, encargándome el secreto de lo que en ellos passava y diziéndome cómo havía sido bien tratado de ella al principio y después se havía cansado de favorescalle. Y la causa de ello havía sido que no sabía quién le havía dicho de unos amores que él havía tenido en su tierra y que los amores que con ella tenía no era sino por entretenerse, en cuanto los negocios que en la corte hazía no se acabavan. «Y no hay duda», me dezía el mismo Felis, «sino que yo los comencé como ella dize, mas ahora Dios sabe si hay cosa en la vida a quien tanto quiera.» Cuando yo esto le oí dezir, ya sentiréis, hermosas ninfas, lo que podría sentir. Mas con toda la disimulación possible respondí: «Mejor fuera, señor, que la dama se quejara con causa y que esso fuera assí, porque si essa otra a quien antes servíades no os mereció que la olvidássedes, grandíssimo agravio le hazéis». Don Felis me respondió: «No me da el amor que yo a mi Celia tengo lugar para entendello assí, mas antes me parece que me le hize muy mayor en haver puesto el amor primero en otra parte que en ella.» «De essos agravios», le respondí yo, «bien sé quién se lleva lo peor.» Y, sacando el desleal cavallero una carta del seno que aquella hora havía recebido de su señora, me la leyó, pensando que me hazía mucha fiesta; la cual dezía de esta manera:

Carta de Celia a don Felis

Nunca cosa que yo sospechasse de vuestros amores dio tan lexos de la verdad que me dicesse ocasión de no creer más vezes a mi sospecha que a vuestra disculpa; y, si en esto os hago agravio, poneldo a cuenta de vuestro descuido, que bien pudiéades negar los amores passados y no dar ocasión a que por vuestra confessión os condenasse. Dezís que fui causa que olvidássedes los amores primeros. Consolaos con que no faltará otra que lo sea de los segundos; y aseguraos, señor don Felis, porque os certifico que no hay cosa que peor esté a un cavallero, que hallar en cualquier dama ocasión de perderse por ella. Y no diré más porque en males sin remedio el no procurárselo es lo mejor.

Después que hubo acabado de leer la carta me dixo: «¿Qué te parescen, Valerio, estas palabras?» «Parésceme», le respondí, «que se muestran en ellas tus obras.» «Acaba», dixo don Felis. «Señor», le respondí yo, «parecer me han según ellas os parescieren, porque las palabras de los que quieren bien nadie las sabe tan bien juzgar como ellos mismos; mas lo que yo siento de la carta es que essa dama quisiera ser la primera, a la cual no deve la Fortuna tratalla de manera que nadie pueda haver envidia de su estado.» «Pues ¿qué me aconsejarías?», dixo don Felis. «Si tu mal sufre consejo», le respondí yo, «parecer me ía que el pensamiento no se divudiesse en esta segunda pasión, pues a la primera se deve tanto.» Don Felis me respondió sospirando y dándome una palmada en el hombro: «¡Oh, Valerio, qué discreto eres! ¡Cuán buen consejo me das, si yo pudiesse tomalle! Entrémonos a comer, que en acabando quiero que lleves una carta mía a la señora Celia, y verás si meresce que a trueque de pensar en ella se olvide otro cualquier pensamiento.» Palabras fueron estas que a Felismena llegaron al alma, mas como tenía delante sus ojos aquel a quien más que a sí quería, solamente miralle era el remedio de la pena que cualquiera de estas cosas me hazía sentir. Después que huvimos comido, don Felis me llamó y, haziéndome grandíssimo cargo de lo que le devía por haverme dado parte de su mal y haver puesto el remedio en mis manos, me rogó la llevasse una carta que escrita le tenía, la cual él primero me leyó; y dezía de esta manera:

Carta de don Felis para Celia

Déxase tan bien entender el pensamiento que busca ocasiones para olvidar a quien desea que, sin trabajar mucho la imaginación, se viene en conoscimiento de ello. No me tengas en tanto, señora, que busque remedio para desculpate de lo que conmigo piensas usar, pues nunca yo llegué a valer tanto contigo que en menores cosas quisiesse hazello. Yo confessé que havía querido bien porque el amor, quando es verdadero, no sufre cosa encubierta, y tú pones por ocasión de olvidarme lo que havía de ser de quererme. No me puedo dar a entender que te tienes en tan poco que creas de mí poderte olvidar por ninguna cosa que sea o haya sido, mas antes me escrives otra cosa de lo que de mi fe tienes experimentado. De todas las cosas que en perjuizio de lo que te quiero imaginas, me assegura mi pensamiento, el cual bastará ser mal galardonado sin ser también mal agradecido.

Después que don Felis me leyó la carta que a su dama tenía escrita, me preguntó si la respuesta me parecía conforme a las palabras que la señora Celia le había dicho en la suya, y que si había algo en ella que enmendar. A lo cual yo le respondí: «No creo, señor, que es menester hazer la enmienda a essa carta ni a la dama a quien se embía, sino a la que con ella ofendes. Digo esto porque soy tan aficionado a los amores primeros que en esta vida he tenido, que no habría en ella cosa que me hiziesse mudar el pensamiento.» «La mayor razón tienes del mundo», dixo don Felis, «si yo pudiesse acabar conmigo otra cosa de lo que hago; mas ¿qué quieres, si la ausencia enfrió esse amor y encendió este otro?» «De esa manera», respondí yo, «con razón se puede llamar engañada aquella a quien primero quesiste, porque amor sobre que ausencia tiene poder ni es amor, ni nadie me podrá dar a entender que lo haya sido.» Esto dezía yo con más dissimulación de lo que podía, porque sentía tanto verme olvidada de quien tanta razón tenía de quererme y yo tanto quería, que hazía más de lo que nadie piensa en no darme a entender. Y tomando la carta e informándome de lo que había de hazer, me fui en casa de la señora Celia, imaginando el estado triste a que mis amores me habían traído, pues yo misma me hacía la guerra, siéndome forçado ser intercessora de cosa tan contraria a mi contentamiento. Pues llegando en casa de Celia y hallando un page suyo a la puerta, le pregunté si podía hablar a su señora, y el page, informado de mí cuyo era, lo dixo a Celia, alabándole mucho mi hermosura y disposición y diziéndole que nuevamente don Felis me había recebido. La señora Celia le dixo: «Pues a hombre recebido de nuevo descubre luego don Felis sus pensamientos, alguna grande ocasión deve haver para ello. Dile que entre y sepamos lo que quiere.» Yo entré luego donde la enemiga de mi bien estava y con el acatamiento debido le besé las manos y le puse en ellas la carta de don Felis. La señora Celia la tomó y puso los ojos en mí, de manera que yo le sentí la alteración que mi vista le había causado, porque ella estuvo tan fuera de sí que palabra no me dixo por entonces; pero después, bolviendo un poco sobre sí, me dixo: «¿Qué ventura te ha traído a esta corte para que don Felis la tuviesse tan buena como es tenerte por criado?» «Señora», le respondí yo, «la ventura que a esta corte me ha traído no puede dexar de ser muy mejor de lo que nunca pensé, pues ha sido causa que yo viesse tan gran perficción y hermosura como la que delante mis ojos tengo. Y si antes me dolían las ansias, los sospiros y los continuos desassosiegos de don Felis, mi señor, agora que he visto la causa de su mal se me ha convertido en embidia la manzilla que de él tenía. Mas si es verdad, hermosa señora, que mi venida te es agradable, suplicote por lo que debes al gran amor que él te tiene, que tu respuesta también lo sea.» «No hay cosa», me respondió Celia, «que yo dexe de hazer por ti, aunque estava determinada de no querer bien a quien ha dexado otra por mí, que grandísima discreción es saber la persona aprovecharse de casos agenos para poderse valer en los suyos.» Y entonces le respondí: «No creas, señora, que habría cosa en la vida por que don Felis te olvidasse; y si ha olvidado a otra dama por causa tuya, no te espantes, que tu hermosura y discreción es tanta y la de la otra dama tan poca, que no hay para qué imaginar que, por haverla olvidada a causa tuya, te olvidará a ti a causa de otra.» «¿Y cómo?», dixo Celia, «¿conociste tú a Felismena, la dama a quien tu señor en su tierra servía?» «Sí conocí», dixe yo, «aunque no tan bien como fuera necessario para escusar tantas desventuras. Verdad es que era vezina de la casa de mi padre, pero visto tu gran hermosura, acompañada de tanta gracia y discreción, no hay por qué culpar a don Felis de haver olvidado los primeros amores.» A esto me respondió Celia ledamente y riyendo: «Presto has aprendido de tu amo a saber lisongear.» «A saberte bien servir», le

respondí, «querría yo poder aprender, que adonde tanta causa hay para lo que se dize, no puede caber lisonja.» La señora Celia tornó muy de veras a preguntarme le dicesse qué cosa era Felismena, a lo cual yo le respondí: «Cuanto a su hermosura, algunos hay que la tienen por muy hermosa, mas a mí jamás me lo pareció, porque la principal parte que para serlo es menester, muchos días ha que le falta.» «¿Qué parte es essa?», preguntó Celia. «Es el contentamiento», dixe yo; «porque nunca adonde él no está, puede haver perfecta hermosura». «La mayor razón del mundo tienes», dixo ella, «mas yo he visto algunas damas que les está tan bien el estar tristes, y a otras el estar enojadas, que es cosa estraña. Y verdaderamente que el enojo y la tristeza las haze más hermosas de lo que son» «. Y entonces le respondí: «Desdichada de hermosura que ha de tener por maestro el enojo o la tristeza. A mí poco se me entienden estas cosas, pero la dama que ha menester industrias, movimientos o passiones para parescer bien, ni la tengo por hermosa ni hay para qué contarla entre las que lo son.» «Muy gran razón tienes», dixo la señora Celia, «y no habrá cosa en que no la tengas, según eres discreto.» «Caro me cuesta», respondí yo, «tenella en tantas cosas. Suplícote, señora, respondas a la carta, porque también la tenga don Felis, mi señor, de recibir este contentamiento por mi mano.» «Soy contenta», me dixo Celia, «mas primero me has de dezir cómo está Felismena en esto de la discreción. ¿Es muy avisada?» Yo entonces respondí: «Nunca muger ha sido más avissada que ella, porque ha muchos días que grandes desaventuras la avissan; mas nunca ella se avissa, que si assí como ha sido avissada ella, se avisasse, no habría venido a ser tan contraria a sí misma». «Hablas tan discretamente en todas las cosas», dixo Celia, «que ninguna haría de mejor gana que estarte oyendo siempre.» «Mas antes», le respondí yo, «no deven ser, señora, mis razones manjar para tan sutil entendimiento como el tuyo. Y esto solo creo que es lo que no entiendo mal.» «No habrá cosa», respondió Celia, «que dexes de entender; mas porque no gastes tan mal el tiempo en alabarme como tu amo en servirme, quiero leer la carta y dezirte lo que has de dezir». Y, descogiéndola, comenzó a leerla entre sí, estando yo muy atento en cuanto la leía a los movimientos que hacía con el rostro, que las más vezes dan a entender lo que el corazón siente. Y haviéndola acabado de leer, me dixo: «Di a tu señor que quien tan bien sabe dezir lo que siente, que no deve sentillo tan bien como lo dize». Y llegándose a mí me dixo, la boz algo más baxa: «Y esto por amor de ti, Valerio, que no porque yo lo deva a lo que quiero a don Felis, porque veas que eres tú el que le favoreces.» «Y aun de ahí nació todo mi mal», dixe yo entre mí. Y besándole las manos por la merced que me hacía, me fui a don Felis con la respuesta, que no pequeña alegría recibió con ella, cosa que a mí era otra muerte. Y muchas vezes dezía yo entre mí, cuando acaso llevaba o traía algun recado: «Oh, desdichada de ti, Felismena, que con tus propias armas te vengas a sacar el alma y que vengas a grangear favores para quien tan poco caso hizo de los tuyos.» Y assí passava la vida con tan grave tormento que, si con la vista del mi don Felis no se remediara, no pudiera dexar de perdella. Más de dos meses me encubrió Celia lo que me quería, aunque no de manera que yo no viniessse a entendello, de que no recibí poco alivio para el mal que tan importunamente me seguía, por parescerme que sería bastante causa para que don Felis no fuesse querido, y que podría ser le acaesciesse como a muchos, que fuerça de disfavores los derriba de su pensamiento; mas no le acaesció assí a don Felis, porque cuanto más entendía que su dama le olvidava, tanto mayores ansias le sacavan el alma. Y assí bivía la más triste vida que nadie podría imaginar, de la cual no me llevaba yo la menor parte. Y para remedio de esto sacava la triste de Felismena a fuerça de braços los

favores de la señora Celia, poniéndolos ella toda las veces que por mí se los embiava a mi cuenta. Y si acaso por otro criado suyo le embiava algún recado, era tan mal recebido que ya él estava sobre el aviso de no embiar otro allá sino a mí, por tener entendido lo mal que le sucedía siendo de otra manera. Y a mí Dios sabe si me costava lágrimas, porque fueron tantas las que yo delante de Celia derramé suplicándole no tratasse mal a quien tanto le quería, que bastara esto para que don Felis me tuviera la mayor obligación que nunca hombre tuvo a muger. A Celia le llegavan al alma mis lágrimas, assí porque yo las derramava como por parescelle que si yo le quisiera lo que a su amor devía, no solicitara con tanta diligencia favores para otro; y assí lo dezía ella muchas vezes con un ansia que parescía que el alma se le quería despedir. Yo bivía en la mayor confusión del mundo, porque tenía entendido que, si no mostrava quererla como a mí, me ponía a riesgo que Celia bolviesse a los amores de don Felis, y que, bolviendo a ellos, los míos no podrían haver buen fin. Y si tan bien fingía estar perdida por ella, sería causa que ella desfavoresciesse al mi don Felis, de manera que a fuerça de disfavores perdiessse el contentamiento y tras él, la vida. Y por estorvar la menor cosa de estas, diera yo cien mil de las mías, si tantas tuviera. De este modo se passaron muchos días, que le servía de tercera a grandíssima costa de mi contentamiento. Al cabo de los cuales los amores de los dos ivan de mal en peor, porque era tanto lo que Celia me quería, que la gran fuerça de amor la hizo [ser desleal] a lo que devía a sí misma. Y un día, después de haverle llevado y traído muchos recaudos y de haverle yo fingido algunos por no ver triste a quien tanto quería, estando suplicando a la señora Celia con todo el acatamiento possible que se doliesse de tan triste vida como don Felis a causa suya passava, y que mirasse que en no favorescelle iba contra lo que a sí misma devía, lo cual yo hazía por verle tal que no se esperaba otra cosa sino la muerte, del gran mal que su pensamiento le hazía sentir, ella con lágrimas en los ojos y con muchos sospiros me respondió: «Desdichada de mí, ¡oh Valerio!, que en fin acabo de entender cuán engañada bivo contigo. No creía yo hasta agora que me pedías favores para tu señor, sino por gozar de mi vista el tiempo que gastavas en pedírmelos; mas ya conozco que los pides de veras, y que, pues gustas de que yo agora le trate bien, sin duda no debes quererme. ¡Oh cuán mal me pagas lo que te quiero y lo que por ti dexo de querer! Plega a Dios que el tiempo me vengue de ti, pues el amor no ha sido parte de ello, que no puedo yo creer que la Fortuna me sea tan contraria, que no te dé el pago de no havella conocido. Y di a tu señor don Felis que si biva me quiere ver, que no me vea; y tú, traidor, enemigo de mi descanso, no parezcas más delante de estos cansados ojos, pues sus lágrimas no han sido parte para darte a entender lo mucho que me debes.» Y con esto se me quitó delante con tantas lágrimas que las mías no fueron parte para detenella, porque con grandíssima priesa se metió en un aposento y, cerrando tras sí la puerta, ni bastó llamar, suplicándole con mis amorosas palabras que me abriessse y tomasse de mí la satisfacción que fuesse servida, ni dezille otras muchas cosas en que le mostrava la poca razón que havía tenido de enojarse, para que quisiesse abrimme; mas antes desde allá dentro me dixo con una furia estraña: «Ingrato y desagradescido Valerio, el más que mis ojos pensaron ver, no me veas ni me hables, que no hay satisfacción para tan grande desamor ni quiero otro remedio para el mal que me heziste sino la muerte, la cual yo con mis propias manos tomaré en satisfacción de lo que tú me mereces.» Y yo viendo esto me vine a casa del mi don Felis con más tristeza de la que pude disimular y le dixe que no havía podido hablar a Celia por cierta visita en que estava ocupada. Mas otro día de mañana supimos, y aun se supo en toda la ciudad, que

aquella noche la havía tomado un desmayo con que havía dado el alma, que no poco espanto puso en toda la corte. Pues lo que don Felis sintió su muerte y cuánto le llegó al ánima, no se puede dezir ni hay entendimiento humano que alcançallo pueda, porque las cosas que dezía, las lástimas, las lágrimas, los ardientes sospiros eran sin número. Pues de mí no digo nada, porque, de una parte, la desastrada muerte de Celia me llegava al ánima, y, de otra, las lágrimas de don Felis me traspasavan el corazón; aunque esto no fue nada, según lo que después sentí, porque, como don Felis supo su muerte, la misma noche desapareció de casa, sin que criado suyo ni otra persona supiesse de él. ¡Ya veis, hermosas ninfas, lo que yo sentiría! Pluguiera a Dios que yo fuera la muerta y no me sucediera tan gran desdicha, que cansada devía estar la Fortuna de las de hasta allí. Pues como no bastasse la diligencia que en saber del mi don Felis se puso, que no fue pequeña, yo determiné ponerme en este hábito en que me veis, en el cual ha más de dos años que he andado buscándole por muchas partes, y mi Fortuna me ha estorbado hallalle, aunque no le devo poco pues me ha traído a tiempo que este pequeño servicio pudiesse hazeros. Y creedme, hermosas ninfas, que lo tengo, después de la vida de aquel en quien pusse toda mi esperança, por el mayor contento que en ella pudiera recibir.

Cuando las ninfas acabaron de oír a la hermosa Felismena y entendieron que era muger tan principal y que el amor le havía hecho dexar su hábito natural y tomar el de pastora, quedaron tan espantadas de su firmeza como del gran poder de aquel tirano, que tan absolutamente se haze servir de tantas libertades. Y no pequeña lástima tuvieron de ver las lágrimas y los ardientes sospiros con que la hermosa donzella solemnizaba la historia de sus amores.

Pues Dórida, a quien más havía llegado al alma el mal de Felismena y más aficionada le estava que a persona a quien toda su vida huviesse conversado, tomó la mano de respondelle y començó a hablar de esta manera:

-¿Qué haremos, hermosa señora, a los golpes de la Fortuna? ¿Qué casa fuerte havrá adonde la persona pueda estar segura de las mudanças del tiempo? ¿Qué arnés hay tan fuerte, de tan fino azero, que pueda a nadie defender de las fuerças de este tirano que tan injustamente llaman amor? ¿Y qué corazón hay, aunque más duro sea que mármol, que un pensamiento enamorado no le ablande? No es por cierto essa hermoßura, no esse valor, no essa discreción para que merezca ser olvidada de quien una vez pueda verla; pero estamos a tiempo que merescer la cosa es la principal parte para no alcançalla. Y es el crudo amor de condición tan estraña que reparte sus contentamientos sin orden ni concierto alguno, y allí da mayores cosas donde en menos son estimadas. Medicina podría ser para tantos males como son los de que este tirano es causa, la discreción y valor de la persona que los padesce; pero, ¿a quién la dexa ella tan libre que le pueda aprovechar para remedio? ¿O quién podrá tanto consigo en semejante passión, que en causas ajenas sepa dar consejo, quanto más tomalle en las suyas propias? Mas con todo esso, hermosa señora, te suplico pongas delante los ojos quién eres, que si las personas de tanta suerte y valor como tú no bastaren a sufrir sus adversidades, ¿cómo las podrían sufrir las que no lo son? Y demás de esto, de parte de estas ninfas y de la mía, te suplico en nuestra compañía te vayas en casa de la gran sabia Felicia, que no es tan lexos de aquí que mañana a estas horas no estemos allá, adonde tengo por averiguado que hallarás

grandísimo remedio para estas angustias, como lo han hallado muchas personas que no lo merecían. Demás de su ciencia, a la cual persona humana en nuestros tiempos no se halla que pueda igualar, su condición y su bondad no menos le engrandesce y haze que todas las del mundo desseen su compañía.

Felismena respondió:

-No sé, hermosas ninfas, quien a tan grave mal pueda dar remedio, si no fuese el propio que lo causa; mas, con todo esso, no dexaré de hazer vuestro mandado, que, pues vuestra compañía es para mi pena tan gran alivio, injusta cosa sería desechar el consuelo al tiempo que tanto lo he menester.

-No me espanto yo -dixo Cintia- sino cómo don Felis, en el tiempo que le servías, no te conoció en esse hermoso rostro y en la gracia y el mirar de tan hermosos ojos.

-Tan apartada tenía la memoria de lo que en mí había visto y tan puesto en lo que veía en su señora Celia, que no había lugar para esse conocimiento.

Y estando en esto oyeron cantar los pastores, que en compañía de la discreta Selvagia ivan por una cuesta abaxo, los más antiguos cantares que cada uno sabía o que su mal le inspirava; y cada cual buscava el villancico que más hazía a su propósito. Y el primero que comenzó a cantar fue Silvano, el cual cantó lo siguiente:

Desdeñado soy de amor;
guárdeos Dios de tal dolor.

Soy del amor desdeñado,
de Fortuna perseguido;
ni temo verme perdido
ni aun espero ser ganado.
Un cuidado a otro cuidado
me añade siempre el amor.
¡Guárdeos Dios de tal dolor!

En queixas me entretenía;
ved qué triste passatiempo.
Imaginava que un tiempo
tras otro tiempo venía.
Mas la desventura mía
mudóle en otro peor.
¡Guárdeos Dios de tal dolor!

Selvagia, que no tenía menos amor o menos presunción de tenelle al su Alanio que Silvano a la hermosa Diana, ni tampoco se tenía por menos agraviada por la mudança que en sus amores había hecho que Silvano en haver tanto perseverado en su daño, mudando

el primero verso a este villancico pastoril antiguo, lo comenzó a cantar, aplicándolo a su propósito de esta manera:

Di ¿quién te ha hecho, pastora,
sin gasajo y sin plazer,
que tú alegre solías ser?
Memoria del bien pasado
en medio del mal presente,
¡ay del alma que lo siente,
si está mucho en tal estado!
Después que el tiempo ha mudado
a un pastor por me ofender,
jamás he visto el plazer.

A Sireno bastara la canción de Selvagia para dar a entender su mal, si ella y Silvano se lo consintieran; mas, persuadiéndole que él también eligiese alguno de los cantares que más a su propósito hoviesse oído, comenzó a cantar lo siguiente:

Olvidástesme, señora;
mucho más os quiero agora.

Sin ventura yo olvidado
me veo, no sé por qué;
ved a quién distes la fe
y de quién la havéis quitado.
Él no os ama, siendo amado;
yo desamado, señora,
mucho más os quiero agora.

Parésceme que estoy viendo
los ojos en que me vi,
y vos, por no verme assí,
el rostro estáis escondiendo.
Y que yo os estoy diziendo:

«Alzá los ojos, señora,
que muy más os quiero agora.»

Las ninfas estuvieron muy atentas a las canciones de los pastores y con gran contentamiento de oílos, mas a la hermosa pastora no le dexaron los sospiros estar ociosa en cuanto los pastores cantavan.

Llegados que fueron a la fuente y hecho su devido acatamiento, pusieron sobre la yerva la mesa y lo que del aldea havían traído y se assentaron luego a comer aquellos a quien sus pensamientos les davan lugar; y los que no, importunados de los que más libres se sentían, lo huvieron de hazer. Y, después de haver comido, Polidora dixo así:

-Desamados pastores, si es lícito llamaros el nombre que a vuestro pesar la Fortuna os ha puesto, el remedio de vuestro mal está en manos de la discreta Felicia, a la cual dio naturaleza lo que a nosotras ha negado. Y pues veis lo que os importa ir a visitarla, pídoos de parte de estas ninfas, a quien este día tanto servicio havéis hecho, que no rehusséis nuestra compañía, pues no de otra manera podéis recibir el premio de vuestro trabajo, que lo mismo hará esta pastora, la cual no menos que vosotros lo ha menester. Y tú, Sireno, que de un tiempo tan dichoso a otro tan desdichado te ha traído la Fortuna, no te desconsueles, que, si tu dama tuviese tan cerca el remedio de la mala vida que tiene como tú de lo que ella te haze pasar, no sería pequeño alivio para los desgustos y desabrimientos que yo sé que passa cada día.

Sireno respondió:

-Hermosa Polidora, ninguna cosa me da la hora de agora mayor descontento que haverse Diana vengado de mí tan a costa suya, porque amar ella a quien no la tiene en lo que meresce y estar por fuerça en su compañía, veis lo que le deve costar. Y buscar yo remedio a mi mal, hazello ía si el tiempo, la Fortuna me lo permitiese, mas veo que todos los caminos son tomados y no sé por dónde tú y essas ninfas pensáis llevarme a buscallo. Pero, sea como fuere, nosotros os seguiremos; y creo que Silvano y Selvagia harán lo mismo, si no son de tan mal conoscimiento que no entiendan la merced que a ellos y a mí se nos haze.

Y remitiéndose los pastores a lo que Sireno havía respondido y encomendando sus ganados a otros que no muy lexos estavan de allí, hasta la buelta, se fueron todos juntos por donde las tres ninfas los guiavan.

FIN del segundo libro

LIBRO TERCERO

Con muy gran contentamiento caminavan las hermosas ninfas con su compañía por medio de un espeso bosque. Ya que el sol se quería poner, salieron a un muy hermoso valle, por medio del cual iba un impituoso arroyo, de una parte y otra adornado de muy espesos salzes y alisos, entre los cuales havía otros muchos géneros de árboles más pequeños, que enredándose a los mayores, entretejiéndose las doradas flores de los unos por entre las verdes ramas de los otros, davan con su vista gran contentamiento.

Las ninfas y pastores tomaron una senda que por entre el arroyo y la hermosa arboleda se hazía, y no anduvieron mucho espacio cuando llegaron a un verde prado muy espacioso, adonde estava un muy hermoso estanque de agua, del cual procedía el arroyo que por el valle con grande ímpetu corría. En medio del estanque estava una pequeña isleta, donde havía algunos árboles, por entre los cuales se devisava una choça de pastores; alrededor

de ella andava un rebaño de ovejas pasciendo la verde yerva. Pues como a las ninfas pareciesse aquel lugar aparejado para passar la noche, que ya muy cerca venía, por unas piedras que del prado a la isleta estaban por medio del estanque, puestas en orden, passaram todas y se fueron derechas a la choça que en la isla parecía.

Y como Polidora, entrando primero dentro, se adelantase un poco, aún no hubo entrado cuando con gran priesa bolvió a salir y, bolviendo el rostro a su compañía, puso un dedo encima de su hermosa boca, haziéndoles señas que entrassen sin ruido. Como aquello viessen las ninfas y los pastores, con el menos rumor que pudieron entraron en la choça y, mirando a una parte y a otra, vieron a un rincón un lecho, no de otra cosa sino de los ramos de aquellos salzes que en torno de la choça estaban y de la verde yerva que junto al estanque se criava; encima de la cual vieron una pastora durmiendo, cuya hermosura no menos admiración les puso que si la hermosa Diana vieran delante sus ojos. Tenía una saya azul clara, un jubón de una tela tan delicada que mostrava la perfición y compás del blanco pecho, porque el sayuelo, que del mismo color de la saya era, le tenía suelto, de manera que aquel gracioso bulto se podía bien devisar. Tenía los cabellos, que más ruvios que el sol parecían, sueltos y sin orden alguna, mas nunca orden tanto adornó hermosura como la desorden que ellos tenían; y con el descuido del sueño, el blanco pie descalço fuera de la saya se le parecía, mas no tanto que a los ojos de los que lo miravan pareciesse deshonesto. Y, según parecía por muchas lágrimas que aun durmiendo por sus hermosas mexillas derramava, no le devía el sueño impedir sus tristes imaginaciones. Las ninfas y pastores estaban tan admirados de su hermosura y de la tristeza que en ella conocían, que no sabían qué se dezir, sino derramar lágrimas de piedad de las que a la hermosa pastora veían derramar; la cual, estando ellos mirando, se bolvió hazia un lado, diziendo con un suspiro que del alma le salía:

-¡Ay, desdichada de ti, Belisa! Que no está tu mal en otra cosa sino en valer tan poco tu vida que con ella no puedas pagar las que por causa tuya son perdidas.

Y luego con tan grande sobresalto despertó que pareció tener el fin de sus días presente, mas como viesse las tres ninfas y las hermosas dos pastoras, juntamente con los dos pastores, quedó tan espantada que estuvo un rato sin bolver en sí; bolviendo a mirallos, sin dexar de derramar muchas lágrimas ni poner silencio a los ardientes suspiros que del lastimado corazón embiava, comenzó a hablar de esta manera:

-Muy gran consuelo sería para tan desconsolado corazón como este mío estar segura de que nadie con palabras ni con obras pretendiesse dármele, porque la gran razón, oh hermosas ninfas, que tengo de bivar tan embuelta en tristezas como bivo, ha puesto enemistad entre mí y el consuelo de mi mal; de manera que si pensasse en algún tiempo tenelle, yo misma me daría la muerte. Y no os espantéis prevenirme yo de este remedio, pues no hay otro para que me dexé de agraviar del sobresalto que recibí en veros en esta choça, lugar aparejado no para otra cosa sino para llorar males sin remedio. Y esto sea aviso para que cualquiera que a su tormento le esperare, se salga de él, porque infortunios de amor le tienen cerrado de manera que jamás dexan entrar aquí alguna esperanza de consuelo. Mas ¿qué ventura ha guiado tan hermosa compañía a do jamás se vio cosa que dicesse contento? ¿Quién pensáis que haze crescer la verde yerva de esta isla y acrescentar

las aguas que la cercan, sino mis lágrimas? ¿Quién pensáis que menea los árboles de este hermoso valle, sino la boz de mis suspiros tristes, que, inflando el aire, hazen aquello que él por sí no haría? ¿Por qué pensáis que cantan los dulces páxaros por entre las matas, cuando el dorado Febo está en toda su fuerça, sino para ayudar a llorar mis desventuras? ¿A qué pensáis que las temerosas fieras salen al verde prado, sino a oír mis continuas quejas? ¡Ay, hermosas ninfas! No quiera Dios que os haya traído a este lugar vuestra Fortuna para lo que yo vine a él, porque cierto paresce, según lo que en él passo, no havelle hecho naturaleza para otra cosa sino para que en él passen su triste vida los incurables de amor. Por esso, si alguno de vosotros lo es, no passe más adelante; y, si no lo es, váyase presto de aquí, que no sería mucho que la naturaleza del lugar le hiziesse fuerça.

Con tantas lágrimas dezía esto la hermosa pastora, que no había ninguno de los que allí estaban que las suyas detener pudiesse. Todos estaban espantados de ver el espíritu que con el rostro y movimientos dava a lo que dezía, que cierto bien parecían sus palabras salidas del alma; y no se sufría menos que esto, porque el triste suceso de sus amores quitava la sospecha de ser fingido lo que mostrava.

Y la hermosa Dórida le habló de esta manera:

-Hermosa pastora: ¿qué causa ha sido la que tu gran hermosura ha puesto en tal extremo? ¿Qué mal tan estraño te pudo hazer amor que haya sido parte para tantas lágrimas, acompañadas de tan triste y tan sola vida como en este lugar debes hazer? Mas ¿qué pregunto yo, pues en verte quexosa de amor me dizes más de lo que yo preguntar te puedo? Quesístete assegurar cuando aquí entramos de que nadie te consolasse; no te pongo culpa, que oficio es de personas tristes no solamente aborrescer al consuelo, mas aun a quien piensa que por alguna vía puede dársele. Dezir que yo podría darle a tu mal, ¿qué aprovecha, si él mismo no te da licencia que me creas? Dezir que te aproveches de tu juizio y discreción, bien sé que no lo tienes tan libre que puedas hazello. Pues ¿qué podría yo hazer para darte algún alivio si tu determinación me ha de salir al encuentro? De una cosa puedes estar certificada, y es que no habría remedio en la vida para que la tuya no fuesse tan triste, que yo dexasse de dártelo, si en mi mano fuesse. Y, si esta voluntad alguna cosa meresce, yo te pido, de parte de los que presentes están y de la mía, la causa de tu mal nos cuentes, porque algunos de los que en mi compañía vienen están con tan gran necesidad de remedio y los tiene amor en tanto estrecho que, si la Fortuna no los socorre, no sé qué será de sus vidas.

La pastora, que de esta manera vio hablar a la hermosa Dórida, saliéndose de la choça y tomándola por la mano, la llevó cerca de una fuente que en un verde pradezillo estava, no muy apartado de allí. Y las ninfas y los pastores se fueron tras ellas, y juntos se asentaron en torno de la fuente, haviendo el dorado Febo dado fin a su jornada y la nocturna Diana principio a la suya con tanta claridad como si en medio día fuera. Y estando de la manera que havéis oído, la hermosa pastora le començó a dezir lo que oiréis:

-Al tiempo, oh hermosas ninfas de la casta diosa, que yo estava libre de amor, oí dezir una cosa de que después me desengañó la experiencia, hallándola muy al revés de lo que

me certificavan. Dezíanme que no havia mal que dezillo no fuesse algún alivio para el que lo padecía, y hallo que no hay cosa que más mi desventura acreciente que passalla por la memoria y contalla a quien libre de ella se vee, porque, si yo otra cosa entendiese, no me atrevería a contaros la historia de mis males; pero pues que es verdad que contárosla no será causa alguna de consuelo a mi desconsuelo, que son las dos cosas que de mí son más aborrescidas, estad atentas y oiréis el más desastrado caso que jamás en amor ha sucedido.

No muy lexos de este valle, hazia la parte donde el sol se pone, está un aldea en medio de una floresta, cerca de dos ríos que con sus aguas riegan los árboles amenos, cuya espessura es tanta que desde una casa la otra no se paresce. Cada una de ellas tiene su término redondo, adonde los jardines en verano se visten de olorosas flores, demás de la abundancia de la hortaliza que allí la naturaleza produze, ayudada de la industria de los moradores, los cuales son de los que en la gran España llaman libres por el antigüedad de sus casas y linages. En este lugar nació la desdichada Belisa, que este nombre saqué de la pila, adonde pluguiera a Dios dexara el ánima. Aquí, pues, vivía un pastor de los principales en hazienda y linage que en toda esta provincia se hallava, cuyo nombre era Arsenio, el cual fue casado con una zagala y la más hermosa de su tiempo. Mas la presurosa muerte, o porque los hados lo permitieron o por evitar otras muchas que su hermosura pudiera causar, le cortó el hilo de la vida pocos años después de casada. Fue tanto lo que Arsenio sintió la muerte de su amada Florinda, que estuvo muy cerca de perder la vida, pero consolávase con un hijo que le quedava, llamado Arsileo, cuya hermosura fue tanta que competía con la de Florinda, su madre. Y con todo eso Arsenio bivía la más sola y triste vida que nadie podría imaginar. Pues viendo su hijo ya en edad conveniente para ponelle en algún exercicio virtuoso, teniendo entendido que la ociosidad en los moços es maestra de vicios y enemiga de virtud, determinó embialle a la Academia salmantina con intención que se exercitase en aprender lo que a los hombres sube a mayor grado que de hombres, y assí lo puso por obra. Pues siendo ya quinze años passados que su muger era muerta, saliendo yo un día con otras vezinas a un mercado que en nuestro lugar se hazía, el desdichado Arsenio me vio, y por su mal, y aun por el mío y de su desdichado hijo. Esta vista causó en él tan grande amor como de allí adelante se pareció; y esto me dio él a entender muchas vezes, que ahora en el campo, yendo a llevar a comer a los pastores, ahora yendo con mis paños al río, ahora por agua a la fuente, se hazía encontradizo conmigo. Yo, que de amores aquel tiempo sabía poco, aunque por oídas alcançase alguna cosa de sus desvariados efectos, unas vezes hazía que no lo entendía, otras vezes lo echava en burlas, otras me enojava de vello tan importuno. Mas ni mis palabras bastavan a defenderme de él, ni el grande amor que él me tenía le dava lugar a dexar de seguirme; y de esta manera se passaron más de cuatro años que ni él dexava su porfía, ni yo podía acabar conmigo de dalle el más pequeño favor de la vida. A este tiempo vino el desdichado de su hijo Arsileo del estudio, el cual, entre otras ciencias que havia estudiado, havia florecido de tal manera en la poesía y en la música que a todos los de su tiempo hazía ventaja. Su padre se alegró tanto con él que no hay quien lo pueda encarescer; y con gran razón, porque Arsileo era tal que no sólo de su padre, que como a hijo devía amalle, mas de todos los del mundo merescía ser amado. Y assí en nuestro lugar era tan querido de los principales de él y del común, que no se tratava entre ellos sino de la discreción, gracia, gentileza y otras buenas partes de que su

mocedad era adornada. Arsenio se encubría de su hijo, de manera que por ninguna vía pudiese entender sus amores; y aunque Arsileo algún día le viesse triste, nunca echó de ver la causa, mas antes pensava que eran reliquias que de la muerte de su madre le habían quedado. Pues desseando Arsenio, como su hijo fuese tan excelente poeta, de haver de su mano una carta para embiarme; y por hazerlo de manera que él no sintiesse para quién era, tomó por remedio descubrirse a un grande amigo suyo, natural de nuestro pueblo, llamado Argasto, rogándole muy encarescidamente, como cosa que para sí había menester, pidiesse a su hijo Arsileo una carta hecha de su mano, y que le dicesse que era para embiar lexos de allí, a una pastora a quien servía y no le quería aceptar por suyo. Y assí le dixo otras cosas que en la carta había de dezir, de las que más hazían a su propósito. Argasto puso tan buena diligencia en lo que le rogó, que hubo de Arsileo la carta, importunado de sus ruegos, de la misma manera que el otro pastor se la pidió. Pues como Arsenio la huviesse muy al propósito de lo que él desseava, tuvo manera como viniesse a mis manos; y por ciertos medios que de su parte hubo, yo la recibí, aunque contra mi voluntad, y vi que decía de esta manera:

Carta de Arsenio

Pastora, cuya ventura
Dios quiera que sea tal
que no venga a emplear mal
tanta gracia y hermosura;

y cuyos mansos corderos
y ovejuelas almagradas
veas crescer a manadas
por cima de estos oteros:

oye a un pastor desdichado,
tan enemigo de sí,
cuanto en perderse por ti
se halla bien empleado.

Buelve tus sordos oídos,
ablanda tu condición;
y pon ya esse corazón
en manos de los sentidos.

Buelve esos crueles ojos
a este pastor desdichado;
descúidate del ganado,
piensa un poco en mis enojos.

Haz hora algún movimiento,
y dexa el pensar en ál,

no de remediar mi mal,
mas de ver cómo lo siento.

¡Cuántas veces has venido
al campo con tu ganado;
y cuántas veces al prado
los corderos has traído,

que no te diga el dolor
que por ti me buelve loco!
Mas váleme esto tan poco
que encubrillo es lo mejor.

¿Con qué palabras diré
lo que por tu causa siento,
o con qué conocimiento
se conocerá mi fe?

¿Qué sentido bastará,
aunque yo mejor lo diga,
para sentir la fatiga
que a tu causa amor me da?

¿Por qué te escondes de mí,
pues conoces claramente
que estoy, cuando estoy presente,
muy más absente de ti?

Cuanto a mí, por suspenderme
estando adonde tú estés;
cuanto a ti, porque me vees
y estás muy lexos de verme.

Sábesme tan bien mostrar,
cuando engañarme pretendes,
al revés de lo que entiendes,
que al fin me dexo engañar.

Mira si hay que querer más
o hay de amor más fundamento,
que bivar mi entendimiento
con lo que a entender le das.

Mira el extremo en que está
viendo mi bien tan dudoso,
que vengo a ser embidioso

de cosas menos que yo.

Al ave que lleva el viento,
al pesce en la tempestad,
por sola su libertad
daré yo mi entendimiento.

Veo mil tiempos mudados
cada día y novedades;
múdanse las voluntades,
rebiven los olvidados.

En toda cosa hay mudança
y en ti no la vi jamás;
y en esto solo verás
cuán en balde es mi esperança.

Passavas el otro día
por el monte repastando,
sospiré imaginando
que en ello no te ofendía.

Al suspiro alçó un cordero
la cabeça lastimado,
y arrojástele el cayado:
¡ved qué corazón de azero!

¿No podrías, te pregunto,
tras mil años de matarme,
solo un día remediarme
o, si es mucho, un solo punto?

Hazlo por ver como pruevo
o por ver si con favores
trato mejor los amores;
después, ¡mátame de nuevo!

Desseo mudar estado:
no de amor a desamor,
mas de dolor a dolor,
y todo en un mismo grado.

Y, aunque fuese de una suerte
el mal cuanto a la substancia,
que en sola la circunstancia
fuese más o menos fuerte.

Que podría ser, señora,
que una circunstancia nueva
te diera de amor más prueba
que te he dado hasta ahora.

Y a quien no le duele un mal
ni ablanda un firme querer,
podría quizá doler
otro que no fuese tal.

Vas al río, vas al prado,
y otras veces a la fuente;
yo pienso muy diligente
si es ya ida o si ha tornado...

Si se enojará si voy,
si se burlará si quedo...
todo me lo estorva el miedo.
¡Ved el extremo en que estoy!

A Silvia, tu gran amiga,
vo a buscar, medio mortal,
por si a dicha de mi mal
le has dicho algo, me lo diga.

Mas como no habla en ti,
digo que esta cruda fiera
no dice a su compañera
ninguna cosa de mí.

Otras veces acechando
de noche te veo estar,
con gracia muy singular,
mil cantarcillos cantando.

Pero buscas los peores;
pues los oyo uno a uno,
y jamás te oyo ninguno
que trate cosa de amores.

Vite estar el otro día
hablando con Magdalena;
contávate ella su pena;
¡oxalá fuera la mía!

Pensó que de su dolor
consolaras a la triste,
y riendo respondiste:
«Es burla; no hay mal de amor».

Tú la dexaste llorando,
yo lleguéme luego allí;
quexóseme ella de ti,
respondíle sospirando:

«No te espantes de esta fiera,
porque no está su plazer
en solo ella no querer,
sino en que ninguna quiera.»

Otras vezes te veo yo
hablar con otras zagalas
todo es en fiestas y galas,
en quién bien o mal bailó.

Fulana tiene buen aire,
Fulano es çapateador;
si te tocan en amor,
échaslo luego en donaire.

Pues guarte y bive con tiento,
que de amor y de ventura
no hay cosa menos segura
que el corazón más exento.

Y podría ser así
que el crudo amor te entregasse
a pastor que te tratasse
como me tratas a mí.

Mas no quiera Dios que sea,
si ha de ser a costa tuya,
y mi vida se destruya
primero que en tal te vea.

Que un corazón que en mi pecho
está ardiendo en fuego estraño,
más temor tiene a tu daño
que respeto a su provecho.

Con grandísimas muestras de tristeza, y de corazón muy de veras lastimado, relatava la pastora Belisa la carta de Arsenio o, por mejor dezir, de Arsileo, su hijo, parando en muchos versos y diziendo algunos de ellos dos vezes, y a otros bolviendo los ojos al cielo con una ansia que parecía que el corazón se le arrancava. Y prosiguiendo la historia triste de sus amores, les dezía:

-Esta carta, oh hermosas ninfas, fue principio de todo el mal del triste que la compuso y fin de todo el descanso de la desdichada a quien se escribió, porque, haviéndola yo leído, por cierta diligencia que en mi sospecha me hizo poner, entendí que la carta había procedido más del entendimiento del hijo que de la afición del padre. Y porque el tiempo se llegava en que el amor me había de tomar cuenta de la poca que hasta entonces de sus efectos había hecho; o porque, en fin, había de ser, yo me sentí un poco más blanda que de antes, y no tan poco que no dicesse lugar a que amor tomasse possession de mi libertad. Y fue la mayor novedad que jamás nadie vio en amores lo que este tirano hizo en mí, pues no tan solamente me hizo amar a Arsileo, mas aun a Arsenio, su padre. Verdad es que al padre amava yo por pagarle en esto el amor que me tenía, y al hijo por entregalle mi libertad, como desde aquella hora se la entregué. De manera que al uno amava por no ser ingrata; y al otro, por no ser más en mi mano. Pues como Arsenio me sintiese algo más blanda, cosa que él tantos días había que desseava, no hubo cosa en la vida que no la hiziesse por darme contento, porque los presentes eran tantos, las joyas y otras muchas cosas, que a mí me pesava verme puesta en tanta obligación. Con cada cosa que me embiava, venía un recaudo tan enamorado como él lo estava. Yo le respondía no mostrándole señales de gran amor, ni tampoco me mostrava tan esquiva como solía; mas el amor de Arsileo cada día se arraigava más en mi corazón; y de manera me ocupava los sentidos, que no dexava en mi ánima lugar ocioso. Sucedió, pues, que una noche del verano, estando en conversación Arsenio y Arsileo con algunos vezinos suyos, debaxo de un fresno muy grande que en una plaçuela estava de frente de mi posada, comenzó Arsenio a loar mucho el tañer y cantar de su hijo Arsileo, por dar ocasión a que los que con él estavan le rogasen que embiasse por una harpa a casa y que allí tañesse y cantasse, porque estava en parte que yo por fuerça había de gozar de la música. Y como él lo pensó, así le vino a suceder, porque, siendo de los presentes importunado, embiaron por la harpa y la música se comenzó. Cuando yo oí a Arsileo y sentí la melodía con que tañía, la soberana gracia con que cantava, luego estuve al cabo de lo que podía ser, entendiendo que su padre me quería dar música y enamorarme con las gracias del hijo, y dixe entre mí: «¡Ay, Arsenio, que no menos te engañas en mandar a tu hijo que cante para que yo le oiga, que en embiarme carta escrita de su mano! A lo menos, si lo que de ello te ha de suceder tú supieses, bien podrías amonestar de hoy más a todos los enamorados que ninguno fuesse osado de enamorar a su dama con gracias ajenas, porque algunas vezes suele acontecer enamorarse más la dama del que tiene la gracia que del que se aprovecha de ella, no siendo suya.» A este tiempo el mi Arsileo, con una gracia nunca oída, comenzó a cantar estos versos:

SONETO

En esse claro sol que resplandesce,

en essa perfición sobre natura,
en essa alma gentil, essa figura,
que alegra nuestra edad y la enriquesce,

hay luz que ciega, rostro que enmudesce,
pequeña piadad, gran hermosura,
palabras blandas, condición muy dura,
mirar que alegra y vista que entristesce.

Por esto estoy, señora, retirado,
por esso temo ver lo que desseo,
por esso passo el tiempo en contemplarte.

Estraño caso, efecto no pensado,
que vea el mayor bien cuando te veo
y tema el mayor mal si vo a mirarte.

Después que hubo cantado el soneto que os he dicho, començó a cantar esta canción con gracia tan estremada que a todos los que lo oían tenía suspensos; y a la triste de mí, más presa de sus amores que nunca nadie lo estuvo:

Alcé los ojos por veros,
baxélos después que os vi,
porque no hay passar de allí,
ni otro bien sino quereros.

¿Qué más gloria que miraros,
si os entiende el que os miró?
Porque nadie os entendió
que canse de contemplaros.

Y aunque no pueda entenderos,
como yo no os entendí,
estará fuera de sí
cuando no muera por veros.

Si mi pluma otras loava,
ensayóse en la menor,
pues todas son borrador
de lo que en vos trasladava.

Y, si antes de quereros,
por otra alguna escreví,
creed que no es porque la vi,

mas porque esperaba veros.

Mostróse en vos tan sutil
naturaleza, y tan diestra,
que una sola facción vuestra
hará hermosas cien mil.

La que llega a paresceros
en lo menos que en vos vi,
ni puede passar de allí
ni el que os mira sin quereros.

Quien vee cuál os hizo Dios
y vee otra muy hermosa,
paresce que vee una cosa
que en algo quiso ser vos.

Mas si os vee como ha de veros
y como, señora, os vi,
no hay comparación allí
ni gloria sino quereros.

No fue solo esto lo que Arsileo aquella noche al son de su harpa cantó, que assí como Orfeo, al tiempo que fue en demanda de su ninfa Eurídice, con el suave canto enternesció las furias infernales, suspendiendo por gran espacio la pena de los dañados, assí el malogrado mancebo Arsileo suspendía y ablandava, no solamente los coraçones de los que presentes estavan, mas aun a la desdichada Belisa, que desde una açotea alta de mi posada le estava con grande atención oyendo. Y assí agradava al cielo, estrellas y a la clara luna, que entonces en su vigor y fuerça estava, que en cualquiera parte que yo entonces ponía los ojos, paresce que me amonestava que le quisiesse más que a mi vida; mas no era menester amonestármelo nadie, porque si yo entonces de todo el mundo fuera señora, me parecía muy poco para ser suya. Y desde allí propusse de tenelle encubierta esta voluntad lo menos que yo pudiesse. Toda aquella noche estuve pensando el modo que ternía en descubrirle mi mal, de suerte que la vergüença no recibiesse daño, aunque, cuando este no hallara, no me estorvara el de la muerte. Y como, cuando ella ha de venir, las ocasiones tengan tan gran cuidado de quitar los medios que podrían impedilla, el otro día adelante con otras donzellas, mis vezinas, me fue forçado ir a un bosque espesso, en medio del cual havía una clara fuente, adonde las más de las siestas llevávamos las vacas, assí porque allí pasciessen como para que, venida la saborosa y fresca tarde, cogiésemos la leche de aquel día siguiente, con que las mantecas, natas y quesos se havían de hazer. Pues estando yo y mis compañeras asentadas en torno de la fuente, y nuestras vacas echadas a la sombra de los umbrosos y silvestres árboles de aquel soto, lamiendo los pequenuelos becerrillos que juntos a ellas estavan tendidos, una de aquellas amigas mías, bien descuidada del amor que entonces a mí me hazía la guerra, me importunó, so pena de jamás ser hecha cosa de que yo gustasse, que tuviesse por bien de entretener el tiempo cantando una canción. Poco me valieron excusas ni dezilles que los tiempos y ocasiones

no eran todos unos, para que dexasse de hazer lo que con tan grande instancia me rogavan. Y, al son de una çampoña que la una de ellas començó a tañer, yo triste comencé a cantar estos versos:

Passava Amor, su arco desarmado,
los ojos baxos, blando y muy modesto;
dexávame ya atrás muy descuidado.

¡Cuán poco espacio pude gozar esto!
Fortuna, de embidiosa, dixo luego:
-¡Teneos, Amor! ¿Por qué passáis tan presto?

Bolvió de presto a mí el niño ciego,
muy enojado en verse reprehendido,
que no hay reprehensión do está su fuego.

Estava ciego Amor, mas bien me vido;
¡tan ciego le vea yo que a nadie vea!,
que assí cegó mi alma y mi sentido.

Vengada me vea yo de quien dessea
a todos tanto mal que no consiente
un solo corazón que libre sea.

El arco armó el traidor muy brevemente,
no me tiró con xara en[e]rbolada,
que luego puso en él su flecha ardiente.

Tomóme la Fortuna desarmada,
que nunca suele Amor hazer su hecho
sino en la más essenta y descuidada.

Rompió con su saeta un duro pecho;
rompió una libertad jamás sujeta;
quedé rendida y él, muy satisfecho.

¡Ay, vida libre, sola y muy quieta!
¡Ay, prado visto con tan libres ojos!
¡Mal haya Amor, su arco y su saeta!

Seguid Amor, seguid de sus antojos;
vení de gran descuido a un gran cuidado,
passad de un gran descanso a mil enojos.

Veréis cuál queda un corazón cuitado,
que no ha mucho estuvo sin sospecha

de ser de un tal tirano sojuzgado.

¡Ay, alma mía, en lágrimas deshecha!
Sabed sufrir, pues que mirar supistes.
Mas si Fortuna quiso, ¿qué aprovecha?

Ay, tristes ojos, si el llamaros tristes
no ofende en cosa alguna el que mirastes:
¿dó está mi libertad, dó la pusistes?

Ay, prados, bosques, selvas que criastes
tan libre corazón como era el mío:
¿por qué tan grave mal no le estorvastes?

Oh, apressurado arroyo y claro río,
adonde beber suele mi ganado
invierno, primavera, otoño, estío:

¿por qué me has puesto, di, a mal recado,
pues solo en ti ponía mis amores,
y en este valle ameno y verde prado?

Aquí burlava yo de mil pastores,
que burlarán de mí cuando supieren
que a experimentar comienzo sus dolores.

No son males de amor lo que me hieren,
que, a ser de solo amor, passallos hía,
como otros mil que, en fin, de amores mueren.

Fortuna es quien me aflige y me desvía
los medios, los caminos y ocasiones
para poder mostrar la pena mía.

¿Cómo podrá quien causa mis passiones,
si no las sabe, dar remedio a ellas?
Mas no hay amor do faltan sinrazones.

¡A cuánto mal Fortuna trae aquellas
que haze amar! Pues no hay quien no le enfade:
ni mar ni tierra, luna, sol ni estrellas.

Sino a quien ama, no hay cosa que agrade;
todo es assí, y assí fui yo mezquina,
a quien el tiempo estorva y persüade.

Cessad, mis versos, ya, que Amor se indina
en ver cuán presto de él me estoy quexando,
y pido ya en mis males medicina.

Quexad, mas ha de ser de cuando en cuando;
ahora callad vos, pues veis que callo;
y cuando veis que Amor se va enfadando,
cessad, que no es remedio el enfadallo.

A las ninfas y pastores parecieron muy bien los versos de la pastora Belisa, la cual con muchas lágrimas dezía, prosiguiendo la historia de sus males:

-No estaba muy leños de allí Arsileo cuando yo estos versos cantava, que, haviendo aquel día salido a caça y estando en lo más espeso del bosque passando la siesta, parece que nos oyó; y, como hombre aficionado a la música, se fue su passo a passo entre una espesura de árboles que junto a la fuente estaban, porque de allí mejor nos pudiesse oír. Pues haviendo cesado nuestra música, él se vino a la fuente, cosa de que no poco sobresalto recibí; y esto no es de maravillar, porque de la misma manera se sobresalta un corazón enamorado con un súbito contentamiento que con una tristeza no pensada. Él se llegó donde estábamos sentadas y nos saludó con todo el comedimiento posible y con toda la buena criança que se puede imaginar; que verdaderamente, hermosas ninfas, cuando me paro a pensar la discreción, gracia y gentileza del sin ventura Arsileo, no me parece que fueron su hado y mi Fortuna causa de que la muerte me lo quitasse tan presto delante los ojos, mas antes fue no merescer el mundo gozar más tiempo de un moço a quien la naturaleza había dotado de tantas y tan buenas partes. Después que, como digo, nos hubo saludado, y tuvo licencia de nosotras, la cual muy comedidamente nos pidió, para passar la siesta en nuestra compañía, puso los ojos en mí, que no deviera, y quedó tan preso de mis amores como después se pareció en las señales con que manifestava su mal. ¡Desdichada de mí, que no huve menester yo miralle para querelle, que tan presa de sus amores estava antes que le viesse como él estuvo después de haverme visto! Mas, con todo esso, alcé los ojos para miralle al tiempo que alçava los suyos para verme, cosa que cada uno quisiera dexar de haver hecho: yo, porque la vergüenza me castigó; y él, porque el temor no le dexó sin castigo. Y para dissimular su nuevo mal comenzó a hablarme en cosas bien diferentes de las que él me quisiera dezir. Yo le respondí a algunas de ellas, pero más cuidado tenía yo entonces de mirar si en los movimientos del rostro o en la blandura de las palabras mostrava señales de amor que en respondelle a lo que me preguntava. Assí desseava yo entonces velle sospirar por me confirmar en mi sospecha, como si no le quisiera más que a mí. Y al fin no desseava ver en él alguna señal que no la viesse, pues lo que con la lengua allí no me pudo dezir, con los ojos me lo dio bien a entender. Estando en esto, las dos pastoras que conmigo estaban se levantaron a ordeñar sus vacas. Yo les rogué que me escusassen el trabajo con las mías, porque no me sentía buena; y no fue menester rogárselo más ni a Arsileo mayor ocasión para dezirme su mal. Y no sé si se engañó imaginando la ocasión porque yo quería estar sin compañía, pero sé que determinó de aprovecharse de ella. Las pastoras andavan ocupadas con sus vacas, atándoles sus mansos bezerrillos a los pies y dexándose ellas engañar de la industria humana, como Arsileo, también nuevamente preso de amor, se dexava ligar de manera

que otro que la presurosa muerte no pudiera darme libertad. Pues viendo yo claramente que cuatro o cinco veces había cometido el hablar y le había salido en vano su cometimiento, porque el miedo de enojarme se le había puesto delante, quise hablarle en otro propósito, aunque no tan leñoso del suyo que no pudiese, sin salir de él, decirme lo que deseaba. Y así le dije: «Arsileo: ¿hallaste bien en esta tierra? Que según en la que hasta ahora has estado, habrá sido el entretenimiento y conversación diferente del nuestro. Extraño te debes hallar en ella.» Él entonces me respondió: «No tengo tanto poder en mí ni tiene tanta libertad mi entendimiento que pueda responder a esa pregunta.» Y mudándole el propósito, por mostrarme el camino con las ocasiones, le volví a decir: «Hanme dicho que hay por allá muy hermosas pastoras y, si esto es así, cuán mal te debemos parecer las de por acá.» «De mal conocimiento sería yo», respondió Arsileo, «si tal confesase; que, puesto caso que allá las haya tan hermosas como te han dicho, acá las hay tan aventajadas como yo las he visto.» «Lisonja es esa en todo el mundo», dije yo, medio riendo; «mas con todo eso no me pesa que las naturales estén tan adelante en tu opinión, por ser yo una de ellas.» Arsileo respondió: «Y aun esa sería harta bastante causa, cuando otra no hubiese, para decir lo que digo.» Así que de palabra en palabra me vino a decir lo que yo deseaba oírle, aunque por entonces no quise dárselo a entender, mas antes le rogué que atajase el paso a su pensamiento; pero recelosa que estas palabras no fuesen causa de resfriarse en el amor (como muchas veces acaece que el desfavorecer en los principios de los amores es atajar los pasos a los que comienzan a querer bien), volví a templar el desabrimiento de mi respuesta, diciéndole: «Y si fuere tanto el amor, oh Arsileo, que no te dé lugar a dexas de quererme, tenlo secreto, porque de los hombres de semejante discreción que la tuya es tenello, aun en las cosas que poco importan. Y no te digo esto porque de una ni de otra manera te ha de aprovechar de más que de quedarte yo en obligación, si mi consejo en este caso tomares.» Esto decía la lengua, mas otra cosa decían los ojos con que yo le miraba, y algún suspiro que sin mi licencia daba testimonio de lo que yo sentía; lo cual entendiera muy bien Arsileo si el amor le diera lugar. De esta manera nos despedimos. Y después me habló muchas veces y me escribió muchas cartas y vi muchos sonetos de su mano, y aun las más de las noches me decía, cantando al son de su harpa, lo que yo llorando le escuchaba; finalmente, que venimos cada uno a estar bien certificados del amor que el uno al otro tenía. A este tiempo su padre Arsenio me importunaba de manera con sus recados y presentes que yo no sabía el medio que tuviese para defenderme de él. Y era la más extraña cosa que se vio jamás, pues así como se iba acrecentando el amor con el hijo, así con el padre se iba más estendiendo el afición, aunque no era todo de un metal, y esto no me daba lugar a desfavorecerle ni a dexas de recibir sus recados. Pues biviendo yo con todo el contentamiento del mundo, viéndome tan de veras amada de Arsileo, a quien yo tanto quería, parece que la Fortuna determinó de dar fin a mis amores con el más desdichado suceso que jamás en ellos se ha visto. Y fue de esta manera: que habiendo yo concertado de hablar con mi Arsileo una noche, que bien noche fue ella para mí, pues nunca supe después acá qué cosa era día, concertamos que él entrase en una huerta de mi padre, y yo desde una ventana de mi aposento, que caía enfrente de un moral, donde él se podía subir por estar más cerca, nos hablaríamos. ¡Ay, desdichada de mí, que no acabo de entender a qué propósito lo puse en este peligro, pues todos los días, ahora en el campo, ahora en el río, ahora en el soto, llevando a él mis vacas, ahora al tiempo que las traía a la majada, me pudiera él muy bien hablar, y me hablaba los más de los días! Mi

desventura fue causa que la Fortuna se pagasse del contento que hasta entonces me había dado con hazerme que toda la vida biviesse sin él. Pues venida la hora del concierto (y del fin de sus días y principio de mi desconsuelo), vino Arsileo al tiempo y al lugar concertado; y estando los dos hablando en lo que puede considerar quien algún tiempo ha querido bien, el desventurado de Arsenio, su padre, las más de las noches me rondava la calle, que aun si esto se me acordara (mas quitómelo mi desdicha de la memoria), no le consintiera yo ponerse en tal peligro, pero assí se me olvidó como si yo no lo supiera. Al fin que él acertó a venir aquella hora por allí, y sin que nosotros pudiésemos velle ni oírle, nos vio él y conoció ser yo la que a la ventana estava; mas no entendió que era su hijo el que estava en el moral ni aun pudo sospechar quién fuesse, que esta fue la causa principal de su mal sucesso. Y fue tan grande su enojo que, sin sentido alguno, se fue a su posada, y armando una ballesta y poniéndole una saeta muy llena de venenosa yerva, se vino al lugar donde estábamos y supo tan bien acertar a su hijo como si no lo fuera, porque la saeta le dio en el corazón y luego cayómuerto del árbol abaxo, diziendo: «¡Ay, Belisa! ¡Cuán poco lugar me da la Fortuna para servirte como yo desseava...!» Y aun esto no pudo acabar de dezir. El desdichado padre, que con estas palabras conoció ser homicida de Arsileo, su hijo, dixo con una boz como de hombre desesperado: «¡Desdichado de mí, si eres mi hijo Arsileo, que en la boz no pareces otro!» Y como llegasse a él y con la luna que en el rostro le dava, le devisasse bien y le hallasse que había espirado, dixo: «¡Oh, cruel Belisa! Pues que el sin ventura hijo por tu causa a mis manos ha sido muerto, no es justo que el desaventurado padre quede con la vida.» Y sacando su misma espada se dio por el corazón, de manera que en un punto fue muerto. ¡Oh desdichado caso! ¡Oh cosa jamás oída ni vista! ¡Oh escándalo grande para los oídos que mi desdichada historia oyeren! ¡Oh desventurada Belisa, que tal pudieron ver tus ojos y no tomar el camino de padre y hijo por tu causa tomaron! ¡No pareciera mal tu sangre mixturada con la de aquellos que tanto desseavan servirte! Pues como yo mezquina vi el desaventurado caso, sin más pensar, como muger sin sentido me salí de casa de mis padres y me vine, importunando con quejas el alto cielo e inflamando el aire con sospiros, a este triste lugar, quexándome de mi Fortuna, maldiziendo la muerte, que tan en breve me había enseñado a sufrir sus tiros. Adonde ha seis meses que estoy, sin haver visto ni hablado con persona alguna ni procurado verla.

Acabando la hermosa Belisa de contar su infelice historia, comenzó a llorar tan amargamente que ninguno de los que allí estavan pudieron dexar de ayudalle con sus lágrimas. Y ella prosiguiendo dezía:

-Esta es, hermosas ninfas, la triste historia de mis amores y el desdichado sucesso de ellos. Ved si este mal es de los que el tiempo puede curar. ¡Ay Arsileo, cuántas vezes temí, sin pensar lo que temía! Mas quien a su temor no quiere creer no se espante cuando vea lo que ha temido, que bien sabía yo que no podíades dexar de encontraros y que mi alegría no había de turar más que hasta que tu padre Arsenio sintiesse nuestros amores. Pluguiera a Dios que assí fuera, que el mayor mal que por esso me pudiera hazer fuera desterrarte, y mal que con el tiempo se cura, con poca dificultad puede sufrirse. ¡Ay Arsenio, que no me estorva la muerte de tu hijo dolerme la tuya, que el amor que contino me mostraste, la bondad y limpieza con que me quesiste, las malas noches que a causa mía passaste no sufre menos sino dolerme de tu desastrado fin! Que esta es la hora que yo

fuera casada contigo, si tu hijo a esta tierra no viniera. Dezir yo que entonces no te quería bien, sería engañar el mundo, que, en fin, no hay muger que entienda que es verdaderamente amada que no quiera poco o mucho, aunque de otra manera lo dé a entender. ¡Ay, lengua mía: callad, que más havéis dicho de lo que os han preguntado! ¡Oh hermosas ninfas! Perdonad si os he sido importuna, que tan gran desventura como la mía no se puede contar con pocas palabras.

En cuanto la pastora contava lo que havéis oído Sireno, Silvano, Selvagia y la hermosa Felismena, y aun las tres ninfas, fueron poca parte para oílla sin lágrimas, aunque las ninfas, como las que de amor no havían sido tocadas, sintieron, como mugeres, su mal, mas no las circunstancias de él. Pues la hermosa Dórida, viendo que la desconsolada pastora no dexava el amargo llanto, la començó a hablar diziendo:

-Cessen, hermosa Belisa, tus lágrimas, pues vees el poco remedio de ellas; mira que dos ojos no bastan a llorar tan grave mal. Mas ¿qué dolor puede haver que no se acabe o acabe al mismo que lo padesce? Y no me tengas por tan loca que piense consolarte, mas, a lo menos, podría mostrarte el camino por donde pudiesses algún poco aliviar tu pena. Y para esto te ruego que vengas en nuestra compañía, assí porque no es cosa justa que tan mal gastes la vida, como porque, adonde te llevaremos, podrás escoger la que quisieres y no habrá persona que estorvalla pueda.

La pastora respondió:

-Lugar me parecía este harto conviniente para llorar mi mal y acabar en él la vida, la cual, si el tiempo no me haze más agravios de los hechos, no deve ser muy larga. Mas ya que tu voluntad es essa, no determino de salir de ella en solo un punto; y de hoy más podéis, hermosas ninfas, usar de la mía, según a las vuestras les paresciére.

Mucho le agradescieron todos havelles concedido de irse en su compañía; y porque ya eran más de tres horas de la noche, aunque la luna era tan clara que no echavan menos el día, cenaron de lo que en sus çurriones los pastores traían. Y, después de haver cenado, cada uno escogió el lugar de que más se contentó para passar lo que de la noche les quedava, la cual los enamorados passaron con más lágrimas que sueño, y los que no lo eran reposaron del cansancio del día.

FIN del tercero libro

LIBRO CUARTO

Ya la estrella del alva començava a dar su acostumbrado resplandor, y con su luz los dulces ruiñeñores embiavan a las nuves el suave canto, quando las tres ninfas con su enamorada compañía se partieron de la isleta donde Belisa su triste vida passava, la cual, aunque fuesse más consolada en conversación de las pastoras y pastores enamorados,

todavía le apremiava el mal de manera que no hallava remedio para dexar de sentillo. Cada pastor le contava su mal; las pastoras le davan cuenta de sus amores por ver si sería parte para ablandar su pena, mas todo consuelo es escusado cuando los males son sin remedio. La dama dissimulada iba tan contenta de la hermosura y buena gracia de Belisa que no se hartava de preguntalle cosas, aunque Belisa se hartava de responderle a ellas; y era tanta la conversación de las dos que cuasi ponía embidia a los pastores y pastoras; mas no huvieron andado mucho cuando llegaron a un espesso bosque y tan lleno de silvestres y espessos árboles que, a no ser de las tres ninfas guiados, no pudieran dexar de perderse en él.

Ellas ivan delante por una muy angusta senda, por donde no podían ir dos personas juntas; y habiendo ido cuanto media legua por la espessura del bosque, salieron a un muy grande y espacioso llano, en medio de dos caudalosos ríos, ambos cercados de muy alta y verde arboleda. En medio de él parecía una gran casa de tan altos y sobervios edificios que ponían gran contentamiento a los que los miravan, porque los chapiteles, que por encima de los árboles sobrepujavan, davan de sí tan gran resplandor que parecían hechos de un finísimo cristal.

Antes que al gran palacio llegassen, vieron salir de él muchas ninfas de tan gran hermosura que sería imposible podello dezir. Todas venían vestidas de telillas blancas muy delicadas, texidas con plata y oro sotilíssimamente, sus guirnaldas de flores sobre los dorados cabellos que sueltos traían. Detrás de ellas venía una dueña que, según la gravedad y arte de su persona, parecía muger de grandísimo respeto, vestida de rasso negro, arrimada a una ninfa muy más hermosa que todas. Cuando nuestras ninfas llegaron, fueron de las tres rescebidas con muchos abraços y con gran contentamiento. Como la dueña llegasse, las tres ninfas le besaron con grandísima humildad las manos; y ella las rescibió mostrando muy gran contento de su venida. Y antes que las ninfas le dixessen cosa de las que havían passado, la sabia Felicia, que assí se llamava la dueña, dixo contra Felismena:

-Hermosa pastora, lo que por estas tres ninfas havéis hecho no se puede pagar con menos que con tenerme obligada siempre ser en vuestro favor, que no será poco, según menester lo havéis. Y pues yo, sin estar informada de nadie, sé quién sois y adónde os llevan vuestros pensamientos, con todo lo que hasta ahora os ha sucedido, ya entenderéis si os puedo aprovechar en algo. Pues tened ánimo firme, que, si yo bivo, vos veréis lo que desseáis; y, aunque hayáis passado algunos trabajos, no hay cosa que sin ellos alcançar se pueda.

La hermosa Felismena se maravilló de las palabras de Felicia y, quiriendo dalle las gracias que a tan gran promessa se devían, respondió:

-Discreta señora mía, pues en fin lo havéis de ser de mi remedio, cuando de mi parte no haya merescimiento donde pueda caber la merced que pensáis hazerme, poned los ojos en lo que a vos misma devéis, y yo quedaré sin deuda y vos muy bien pagada.

-Para tan grande merecimiento como el vuestro -dixo Felicia- y tan extremada hermosura como naturaleza os ha concedido, todo lo que por vos se puede hazer es poco.

La dama se abaxó entonces por besalle las manos y Felicia la abraçó con grandísimo amor; y, bolviéndose a los pastores y pastoras, les dixo:

-Animosos pastores y discretas pastoras, no tengáis miedo a la perseverancia de vuestros males, pues yo tengo cuenta con el remedio de ellos.

Las pastoras y pastores le besaron las manos y todos juntos se fueron al suntuoso palacio, delante del cual estava una gran plaça cercada de altos acipreses, todos puestos muy por orden; y toda la plaça era enlosada con losas de alabastro y mármol negro, a manera de xedrez. En medio de ella había una fuente de mármol jaspeado sobre cuatro muy grandes leones de bronce; en medio de la fuente estava una columna de jaspe, sobre la cual cuatro ninfas de mármol blanco tenían sus asientos; los braços tenían alçados en alto y en las manos sendos vasos hechos a la romana, de los cuales, por unas bocas de leones que en ellos había, echavan agua. La portada del palacio era de mármol serrado, con todas las vasas y chapiteles de las columnas dorados, y asimismo las vestiduras de las imágenes que en ello había. Toda la casa parecía hecha de reluziente jaspe, con muchas almenas, y en ellas esculpidas algunas figuras de emperadores, matronas romanas y otras antiguallas semejantes; eran todas las ventanas cada una de dos arcos, las cerraduras y clavazón de plata, todas las puertas de cedro. La casa era cuadrada, y a cada cantón había una muy alta y artificiosa torre.

En llegando a la portada se pararon a mirar su estraña hechura y las imágenes que en ella había, que más parecía obra de naturaleza que de arte ni aun industria humana; entre las cuales había dos ninfas de plata, que encima de los chapiteles de las columnas estavan, y cada una de su parte tenían una tabla de arambre con unas letras de oro que dezían de esta manera:

Quien entra mire bien cómo ha bivido
y el don de castidad, si le ha guardado;
y la que quiere bien o le ha querido
mire si a causa de otro se ha mudado;
y, si la fe primera no ha perdido
y aquel primero amor ha conservado,
entrar puede en el templo de Diana,
cuya virtud y gracia es sobrehumana.

Cuando esto hubo leído la hermosa Felismena, dixo contra las pastoras Belisa y Selvagia:

-Bien seguras me parece que podemos entrar en este suntuoso palacio, de ir contra las leyes que aquel letrado nos pone.

Sireno se atravesó diciendo:

-Eso no pudiera hazer la hermosa Diana según ha ido contra ellas, y aun contra todas las que el buen amor manda guardar.

Felicia dixo:

-No te congoxes, pastor, que antes de muchos días te espantarás de haverte congoxado tanto por essa causa.

Y trabados de las manos se entraron en el aposento de la sabia Felicia, que muy ricamente estava adereçado de paños de oro y seda de grandísimo valor.

Y luego que fueron entradas, la cena se aparejó, las mesas fueron puestas, y, cada uno por su orden, se asentaron, junto a la gran sabia, la pastora Felismena; y las ninfas tomaron entre sí a los pastores y pastoras, cuya conversación les era en extremo agradable. Allí las ricas mesas eran de fino cedro y los asientos, de marfil con paños de brocado; muchas taças y copas hechas de diversa forma y todas de grandísimo precio: las unas, de vidrio artificiosamente labrado; otras, de fino cristal, con los pies y asas de oro; otras, de plata y entre ellas, engastadas piedras preciosas de grandísimo valor. Fueron servidos de tanta diversidad y abundancia de manjares que es imposible podello dezir.

Después de alçadas las mesas, entraron tres ninfas por una sala, una de las cuales tañía un laúd, otra, una harpa, y la otra, un salterio; venían todas tocando sus instrumentos con tan grande concierto y melodía que los presentes estaban como fuera de sí. Pusiéronse a una parte de la sala y los dos pastores y pastoras, importunados de las tres ninfas y rogados de la sabia Felicia, se pusieron a la otra parte con sus rabeles y una çampoña que Selvagia muy dulcemente tañía.

Y las ninfas començaron a cantar esta canción y los pastores a respondelles de la manera que oiréis:

NINFAS

Amor y la Fortuna,
autores de trabajo y sinrazones,
más altas que la luna
pornán las aficiones,
y en esse mismo extremo, las passiones.

PASTORES

No es menos desdichado
aquel que jamás tuvo mal de amores
que el más enamorado,
faltándole favores,
pues los que sufren más son los mejores.

NINFAS

Si el mal de amor no fuera

contrario a la razón, como lo vemos,
quiza que os lo creyera;
mas, viendo sus extremos,
dichosas las que de él huir podemos.

PASTORES

Lo más dificultoso
cometen las personas animosas;
y lo que está dudoso,
las fuerças generosas,
que no es honra acabar pequeñas cosas.

NINFAS

Bien vee el enamorado
que el crudo amor no está en cometimientos;
no en ánimo esforçado;
está en unos tormentos,
do los que penan más son más contentos.

PASTORES

Si algún contentamiento
del grave mal de amor se nos recresce,
no es malo el pensamiento
que a su pasión se ofresce,
mas antes es mejor quien más padesce.

NINFAS

El más felice estado
en que pone el amor al que bien ama,
en fin, trae un cuidado
que al servidor o dama
enciende allá en secreto biva llama.
Y el más favorecido
en un momento no es el que solía,
que el disfavor y olvido,
el cual ya no temía,
silencio ponen luego en su alegría.

PASTORES

Caer de un buen estado
es una grave pena e importuna;
mas no es amor culpado;
la culpa es de Fortuna,
que no sabe exceptar persona alguna.
Si amor promete vida,
injusta es esta muerte en que nos mete;

si muerte conosciada,
ningún yerro comete,
so que, en fin, nos viene a dar lo que promete.

NINFAS

Al fiero amor disculpan
los que se hallan de él más sojuzgados,
y a los essentos culpan;
mas de estos dos estados,
cualquiera escogerá el de los culpados.

PASTORES

El libre y el cautivo
hablar solo un lenguaje es escusado;
veréis que el muerto, el bivo,
amado o desamado,
cada uno habla, en fin, según su estado.

La sabia Felicia y la pastora Felismena estuvieron muy atentas a la música de las ninfas y pastores, y assimismo a las opiniones que cada uno mostrava tener. Y, riéndose Felicia contra Felismena, le dixo al oído:

-¿Quién creerá, hermosa pastora, que las más de estas palabras no os han tocado en el alma?

Y ella con mucha gracia le respondió:

-Han sido las palabras tales que el alma a quien no tocaren no debe estar tan tocada de amor como la mía.

Felicia entonces, alçando un poco la boz, le dixo:

-En estos casos de amor tengo yo una regla que siempre la he hallado muy verdadera; y es que el ánimo generoso y el entendimiento delicado en esto del querer bien lleva[n] grandíssima ventaja al que no lo es, porque, como el amor sea virtud y la virtud siempre haga asiento en el mejor lugar, está claro que las personas de suerte serán muy mejor enamoradas que aquellas a. quien esta falta.

Los pastores y pastoras se sintieron de lo que Felicia dixo, y a Silvano le paresció no dexalla sin respuesta. Y assí le dixo:

-¿En qué consiste, señora, ser el ánimo generoso y el entendimiento, delicado?

Felicia, que entendió adónde tirava la pregunta del pastor, por no descontentarle respondió:

-No está en otra cosa sino en la propia virtud del hombre, como es en tener el juicio bivo, el pensamiento inclinado a cosas altas y otras virtudes que nascen con ellos mismos.

-Satisfecho estoy -dixo Silvano-, y también lo deven estar estos pastores, porque imaginávamos que tomavas, oh discreta Felicia, el valor y virtud de más atrás de la persona misma. Dígolo, porque assaz desfavorecido de los bienes de naturaleza está el que los va a buscar en sus passados.

Todas las pastoras y pastores mostraron gran contentamiento de lo que Silvano había respondido; y las ninfas se rieron mucho de cómo los pastores se iban corriendo de la proposición de la sabia Felicia. La cual, tomando a Felismena por la mano, la metió en una cámara sola, adonde era su aposento. Y, después de haver passado con ella muchas cosas, le dio grandíssima esperança de conseguir su desseo y el virtuoso fin de sus amores con alcançar por marido a don Felis, aunque también le dixo que esto no podía ser sin primero passar por algunos trabajos, los cuales la dama tenía muy en poco, viendo el galardón que de ellos esperaba. Felicia le dixo que los vestidos de pastora se quitasse por entonces, hasta que fuesse tiempo de bolver a ellos, y, llamando a las tres ninfas que en su compañía habían venido, hizo que la vistiesen en su traje natural.

No fueron las ninfas perezosas en hazello, ni Felismena desobediente a lo que Felicia le mandó; y, tomándose de las manos, se entraron en una recámara, a una parte de la cual estava una puerta, y, abriendo la hermosa Dórica, baxaron por una escalera de alabastro a una hermosa sala, que en medio de ella había un estanque de una claríssima agua, adonde todas aquellas ninfas se bañaban. Y, desnudándose, assí ellas como Felismena, se bañaron y peinaron después sus hermosos cabellos; y se subieron a la recámara de la sabia Felicia, adonde, después de haverse vestido las ninfas, vistieron ellas mismas a Felismena una ropa y basquiña de fina grana, recamada de oro de cañutillo y aljófar, y una cuera y mangas de tela de plata empresada. En la basquiña y ropa había sembrados a trechos unos plumages de oro, en las puntas de los cuales había muy gruesas perlas. Y tomándole los cabellos con una cinta encarnada, se los rebolvieron a la cabeça, poniéndole un escofión de redecilla de oro muy sutil, y en cada lazo de la red, assentando con gran artificio un finíssimo rubí; en dos guedellas de cabellos, que los lados de la cristalina frente adornavan, le fueron puestos dos joyeles, engastados en ellos muy hermosas esmeraldas y çafires de grandíssimo precio. Y de cada uno colgavan tres perlas orientales hechas a manera de bellotas. Las arracadas eran dos navezillas de esmeraldas con todas las xarcias de cristal. Al cuello le pusieron un collar de oro fino, hecho a manera de culebra enroscada, que de la boca tenía colgada una águila, que entre las uñas tenía un rubí grande de infinito precio.

Cuando las tres ninfas de aquella suerte la vieron, quedaron admiradas de su hermosura. Luego salieron con ella a la sala donde las otras ninfas y pastoras estavan, y, como hasta entonces fuesse tenuta por pastora, quedaron tan admirados que no sabían qué dezir.

La sabia Felicia mandó luego a sus ninfas que llevasen a la hermosa Felismena y a su compañía a ver la casa y templo adonde estavan, lo cual fue luego puesto por obra; y la sabia Felicia se quedó en su aposento.

Pues tomando Polidora y Cintia en medio a Felismena y las otras ninfas a los pastores y pastoras, que por su discreción eran de ellas muy estimados, se salieron en un gran patio, cuyos arcos y columnas eran de mármol jaspeado, y las vasas y chapiteles de alabastro con muchos follages a la romana, dorados en algunas partes. Todas las paredes eran labradas de obra mosaica, las columnas estaban assentadas sobre leones, onças, tigres de arambre; y tan al bivo que parecía que querían arremeter a los que allí entravan.

En medio del patio había un padrón ochavado de bronço, tan alto como diez codos, encima del cual estava armado de todas armas, a la manera antigua, el fiero Marte, aquel a quien los gentiles llamavan el dios de las batallas. En este padrón con gran artificio estavan figurados los superbos escuadrones romanos a una parte, y a otra los cartagineses; delante el uno estava el bravo Aníbal y del otro, el valeroso Scipión Africano, que, primero que la edad y los años le acompañassen, naturaleza mostró en él gran exemplo de virtud y esfuerço; a la otra parte estava el gran [Lucio] Furio Camilo combatiendo en el alto Capitolio por poner en libertad la patria de donde él había sido desterrado. Allí estava Horacio, Mucio Scévola, el venturoso cónsul Marco Varrón, César, Pompeyo con el magno Alexandro, y todos aquellos que por las armas acabaron grandes hechos, con letreros en que se declaravan sus nombres y las cosas en que cada uno más se había señalado.

Un poco más arriba de estos estava un cavallero, armado de todas armas, con una espada desnuda en la mano, muchas cabeças de moros debaxo de sus pies, con un letrero que decía:

Soy el Cid, honra de España;
si alguno pudo ser más,
en mis obras lo verás.

A la otra parte estava otro cavallero español, armado de la misma manera, alçada la sobrevista y con este letrero:

El conde fui primero de Castilla,
Fernán Gonçález, alto y señalado;
soy honra y prez de la española silla,
pues con mis hechos tanto la he ensalçado.
Mi gran virtud sabrá muy bien dezilla
la fama que la vio, pues ha juzgado
mis altos hechos dignos de memoria,
como os dirá la castellana historia.

Junto a este estava otro cavallero de gran disposición y esfuerço, según en su aspecto lo mostrava, armado en blanco, y por las armas sembrados muchos leones y castillos; en el rostro mostrava una cierta braveza, que casi ponía pavor en los que lo miravan. Y el letrero decía así:

Bernardo del Carpio soy,
espanto de los paganos,
honra y prez de los cristianos,
pues que de mi esfuerço doy
tal exemplo con mis manos.

Fama, no es bien que las calles,
mis hazañas singulares;
y si acaso las callares,
pregunten a Roncesvalles
qué fue de los doze Pares.

A la otra parte estava un valeroso capitán, armado de unas armas doradas, con seis vandas sangrientas por en medio del escudo, y por otra parte muchas vanderas y un rey preso con una cadena, cuyo letrado dezía de esta manera:

Mis grandes hechos verán
los que no los han sabido,
en que solo he merecido
nombre de Gran Capitán.

Y tuve tan grande renombre
en nuestras tierras y estrañas,
que se tienen mis hazañas
por mayores que mi nombre.

Junto a este valeroso capitán estava un cavallero, armado en blanco; y por las armas, sembradas muchas estrellas; y de la otra parte, un rey con tres flordelises en su escudo, delante del cual él rasgava ciertos papeles, y un letrado que dezía:

Soy Fonseca, cuya historia
en Europa es tan sabida
que, aunque se acabó la vida,
no se acaba la memoria.

Fui servidor de mi rey,
a mi patria tuve amor,
jamás dexé por temor
de guardar aquella ley
que el siervo deve al señor.

En otro cuadro del padrón estava un cavallero armado, y por las armas sembrados muchos escudos pequeños de oro; el cual, en el valor de su persona, dava bien a entender el alta sangre de a do procedía, los ojos puestos en otros muchos cavalleros de su antiguo linaje. El letrado que a sus pies tenía dezía de esta manera:

Don Luis de Vilanova soy llamado,
del gran marqués de Trans he procedido;
mi antigüedad, valor muy señalado
en Francia, Italia, España es conocido.
Bicorbe, antigua casa, es el estado
que la Fortuna ahora ha concedido
a un corazón tan alto y sin segundo
que poco es para él mandar el mundo.

Después de haver particularmente mirado el padrón, estos y otros muchos cavalleros que en él estaban esculpidos, entraron en una rica sala, lo alto de la cual era todo de marfil maravillosamente labrado, las paredes de alabastro, y en ellas esculpidas muchas historias antiguas, tan al natural que verdaderamente parecía que Lucrecia acabava allí de darse la muerte; y que la cautelosa [Penélope] deshazía su tela en la isla de Ítaca; y que la ilustre romana se entregava a la Parca por no ofender su honestidad con la vista del horrible monstruo; y que la muger de Mauseolo [Artemisa] estava con grandíssima agonía entendiendo en que el sepulcro de su marido fuesse contado por una de las siete maravillas del mundo. Y otras muchas historias y exemplos de mugeres castísimas y dignas de ser su fama por todo el mundo exparzida, porque no tan solamente a alguna de ellas parecía haver, con su vida, dado muy claro exemplo de castidad, mas otras que con la muerte dieron muy grande testimonio de su limpieza. Entre las cuales estava la grande española Coronel, que quiso más entregarse al fuego que dexarse vencer de un deshonesto apetito.

Después de haver visto cada una de las figuras y varias historias que por las paredes de la sala estaban, entraron en otra cuadra más adentro, que, según su riqueza, les pareció que todo lo que habían visto era aire en su comparación, porque todas las paredes eran cubiertas de oro fino y el pavimento de piedras preciosas.

En torno de la rica cuadra estaban muchas figuras de damas españolas y de otras naciones; y en lo muy alto, la diosa Diana, de la misma estatura que ella era, hecha de metal corintio, con ropas de caçadora, engastadas por ellas muchas piedras y perlas de grandísimo valor, con su arco en la mano y su aljava al cuello, rodeada de ninfas más hermosas que el sol. En tan grande admiración puso a los pastores y pastoras las cosas que allí veían, que no sabían qué dezir, porque la riqueza de la casa era tan grande, las figuras que allí estaban tan naturales, el artificio de la cuadra y la orden que las damas que allí había retratadas tenían, que no les parecía poderse imaginar en el mundo cosa más perfecta.

A una parte de la cuadra estaban cuatro laureles de oro esmaltados de verde, tan naturales que los del campo no lo eran más; y junto a ellos una pequeña fuente, toda de fina plata, en medio de la cual estava una ninfa de oro que por los hermosos pechos una agua muy clara echava. Y, junto a la fuente sentado, el celebrado Orfeo, encantado, de la edad que era el tiempo que su Eurídice fue del importuno Aristeo requerida; tenía vestida una cuera de tela de plata, guarnescida de perlas, las mangas le llegaban a medios braços solamente y de allí adelante desnudos; tenía unas calças, hechas a la antigua, cortadas en la rodilla,

de tela de plata, sembradas en ellas unas cítaras de oro; los cabellos eran largos y muy dorados, sobre los cuales tenía una muy hermosa guirnalda de laurel.

En llegando a él las hermosas ninfas, comenzó a tañer en una harpa que en las manos tenía muy dulcemente, de manera que los que lo oían estaban tan ajenos de sí que a nadie se le acordaba la cosa que por él hubiese pasado. Felismena se sentó en un estrado que en la hermosa cuadra estaba, todo cubierto de paños de brocado, y las ninfas y pastoras en torno de ella; los pastores se arrimaron a la clara fuente. De la misma manera estaban todos oyendo al celebrado Orfeo que al tiempo que en la tierra de los ciconios cantaba cuando Cipariso fue convertido en ciprés y Atis en pino. Luego comenzó el enamorado Orfeo al son de su harpa a cantar tan dulcemente que no hay sabello dezir. Y bolviendo el rostro a la hermosa Felismena dio principio a los versos siguientes:

Canto de Orfeo

Escucha, oh Felismena, el dulce canto
de Orfeo, cuyo amor tan alto ha sido;
suspende tu dolor, Selvagia, en tanto
que canta un amador, de amor vencido;
olvida ya, Belisa, el triste llanto;

oíd a un triste, oh ninfas, que ha perdido
sus ojos por mirar; y vos, pastores,
dexad un poco estar el mal de amores.

No quiero yo cantar, ni Dios lo quiera,
aquel processo largo de mis males,
ni cuando yo cantaba de manera
que a mí traía las plantas y animales;
ni cuando a Plutón vi, que no deviera,
y suspendí las penas infernales;
ni cómo bolví el rostro a mi señora,
cuyo tormento aún bive hasta agora.

Mas cantaré con boz suave y pura
la grande perficción, la gracia estraña,
el ser, valor, beldad sobre natura
de las que hoy dan valor y lustre a España.
Mirad, pues, ninfas, ya la hermosura
de nuestra gran Diana y su compañía,
que allí está el fin, allí veréis la suma
de lo que contar puede lengua y pluma.

Los ojos levantad, mirando aquella
que en la suprema silla está sentada,

el cetro y la corona junto a ella;
y de otra parte, la Fortuna airada.
Esta es la luz de España y clara estrella,
con cuya ausencia está tan eclipsada;
su nombre, oh ninfas, es doña María
gran reina de Bohemia, de Austria, Hungría.

La otra junto a ella es doña Joana,
de Portugal princesa, y de Castilla
infanta, a quien quitó Fortuna insana
el cetro, la corona y alta silla;
y a quien la muerte fue tan inhumana
que aún ella así se espanta y maravilla
de ver cuán presto ensangrentó sus manos
en quien fue espejo y luz de lusitanos.

Mirad, ninfas, la gran doña María
de Portugal, infanta soberana,
cuya hermosura y gracia sube hoy día
a do llegar no puede vista humana;
mirad que, aunque Fortuna allí porfía,
la vence el gran valor que de ella mana,
y no son parte el hado, tiempo y muerte
para vencer su gran bondad y suerte.

Aquellas dos que tiene allí a su lado
(y el resplandor del sol ha suspendido),
las mangas de oro, sayas de brocado,
de perlas y esmeraldas guarnecido,
cabellos de oro fino, crespo, ondado,
sobre los ombros suelto y esparzido,
son hijas del infante lusitano
Duarte, valeroso y gran cristiano.

Aquellas dos duquesas señaladas
por luz de hermosura en nuestra España,
que allí veis tan al bivo debuxadas
con una perficción y gracia estraña,
de Nájara y de Sessa son llamadas,
de quien la gran Diana se acompaña
por su bondad, valor y hermosura,
saber y discreción sobre natura.

¿Veis un valor no visto en otra alguna?
¿Veis una perficción jamás oída?
¿Veis una discreción cual fue ninguna,

de hermosura y gracia guarnescida?
¿Veis la que está domando a la Fortuna
y a su pesar la tiene allí rendida?
La gran doña Leonor Manuel se llama,
de Lusitania luz, que al orbe inflama.

Doña Luisa Carrillo, que en España
la sangre de Mendoça ha esclarecido,
de cuya hermosura y gracia estraña
el mismo Amor, de amor está vencido,
es la que a nuestra Dea assí acompaña,
que de la vista nunca la ha perdido.
De honestas y hermosas, claro exemplo;
espejo y clara luz de nuestro templo.

¿Veis una perficción tan acabada,
de quien la misma Fama está embidiosa?
¿Veis una hermosura más fundada
en gracia y discreción que en otra cosa,
que con razón obliga a ser amada,
porque es lo menos de ella el ser hermosa?
Es doña Eufrasia de Guzmán su nombre,
digna de inmortal fama y gran renombre.

Aquella hermosura peregrina,
no vista en otra alguna sino en ella,
que a cualquier seso apremia y desatina,
y no hay poder de amor que apremie el de ella;
de carmesí vestida, y muy más fina
de su rostro el color que no el de aquella,
doña María de Aragón se llama,
en quien se ocupará de hoy más la Fama.

¿Sabéis quién es aquella que señala
Diana y nos la muestra con la mano,
que en gracia y discreción a ella iguala,
y sobrepuja a todo ingenio humano;
y aun igualalla en arte, en ser y en gala
sería, según es, trabajo en vano?
Doña Isabel Manrique y de Padilla,
que al fiero Marte vence y maravilla.

Doña María Manuel y doña Joana
Osorio son las dos que estáis mirando,
cuya hermosura y gracia sobrehumana
al mismo Amor de amor está[n] matando;

y está nuestra gran dea muy ufana
de ver a tales dos de nuestro bando.
Loallas según son es escusado;
la Fama y la razón ternán cuidado.

Aquellas dos hermanas tan nombradas,
cada una es una sola y sin segundo,
su hermosura y gracias extremadas
son hoy en día un sol que alumbra el mundo.
Al bivo me parescen trasladadas
de la que a buscar fui hasta el profundo:
doña Beatriz Sarmiento y Castro es una,
con la hermosa hermana cual ninguna.

El claro sol que veis resplandesciendo
y acá y allá sus rayos va mostrando,
la que del mal de amor se está riyendo,
del arco, aljava y flechas no curando,
cuyo divino rostro está diziendo
muy más que yo sabré dezir loando,
doña Joana es, de Çárate, en quien vemos
de hermosura y gracia los extremos.

Doña Ana Osorio y Castro está cabe ella,
de gran valor y gracia acompañada;
ni dexa entre las bellas de ser bella,
ni en toda perficción, muy señalada;
mas su infelice hado usó con ella
de una crueldad no vista ni pensada,
porque al valor, linaje y hermosura
no fuesse igual la suerte y la ventura.

Aquella hermosura guarnescida
de honestidad y gracia sobrehumana,
que con razón y causa fue escogida
por honra y prez del templo de Diana;
contino vencedora y no vencida,
su nombre, oh ninfas, es doña Juliana;
de aquel gran duque nieta y condestable,
de quien yo callaré; la Fama hable.

Mirá de la otra parte la hermosura
de las ilustres damas de Valencia,
a quien mi pluma ya de hoy más procura
perpetuar su fama y su excelencia.
Aquí, Fuente Helicon el agua pura

otorga; y tú, Minerva, empresta ciencia,
para saber dezir quién son aquellas,
que no hay cosa que ver después de vellas.

Las cuatro estrellas ved resplandescientes,
de quien la fama tal valor pregona,
de tres insignes reinos decendientes
y de la antigua casa de Cardona.
De la una parte duques excelentes,
de la otra el trono, el cetro y la corona;
del de Sogorbe hijas, cuya fama
del Bórea al Austro, al Euro se derrama.

La luz del orbe y la flor de España
el fin de la beldad y hermosura,
el corazón real que le acompaña,
el ser, valor, bondad sobre natura,
aquel mirar que en verlo desengaña
de no poder llegar allí criatura,
doña Ana de Aragón se nombra y llama,
a do paró el amor, cansó la Fama.

Doña Beatriz, su hermana, junto de ella,
veréis, si tanta luz podéis miralla;
quien no podré alabar es sola ella,
pues no hay podello hazer sin agravialla.
A aquel pintor que tanto hizo en ella
se queda el cargo de poder loalla,
que a do no llega entendimiento humano,
llegar mi flaco ingenio es muy en vano.

Doña Francisca de Aragón quisiera
mostraros, pero siempre está escondida;
su vista soberana es de manera
que a nadie que la vee dexa con vida;
por esso no paresce. ¡Oh quién pudiera
mostraros esta luz, que al mundo olvida,
porque el pintor que tanto hizo en ella
los passos le atajó de merescella!

A doña Magdalena estáis mirando,
hermana de las tres que os he mostrado.
Miralda bien, veréis que está robando
a quien la mira y bive descuidado.
Su grande hermosura amenazando
está; y el fiero amor, el arco armado,

porque no pueda nadie ni aun miralla
que no le rinda o mate sin batalla.

Aquellos dos luzeros que a porfía
acá y allá sus rayos van mostrando,
y a la excelente casa de Gandía
por tan insigne y alta señalando,
su hermosura y suerte sube hoy día
muy más que a nadie sube imaginando.
¿Quién vee tal Margarita y Magdalena
que no tema de amor la horrible pena?

¿Queréis, hermosas ninfas, ver la cosa
que el seso más admira y desatina?
Mirá una ninfa, más que el sol hermosa,
pues quién es ella o él jamás se atina;
el nombre de esta fénix tan famosa
es en Valencia doña Catalina
Milán; y en todo el mundo es hoy llamada
la más discreta, hermosa y señalada.

Alçad los ojos y veréis de frente
del caudaloso río y su ribera,
peinando sus cabellos, la excelente
doña María Pexón y Çanoguera,
cuya hermosura y gracia es evidente;
y en discreción, la prima y la primera.
Mirad los ojos, rostro cristalino,
y aquí puede hazer fin vuestro camino.

Las dos mirad, que están sobrepujando
a toda discreción y entendimiento;
y entre las más hermosas señalando
se van por solo un par sin par ni cuento,
los ojos que las miran sojuzgando,
pues nadie las miró que biva essento.
¡Ved qué dirá quien alabar promete
las dos Beatrices, Vique y Fenollete!

Al tiempo que se puso allí Diana
con su divino rostro y excelente,
salió un luzero luego una mañana
de mayo, muy serena y refulgente;
sus ojos matan y su vista sana;
despunta allí el amor su flecha ardiente;
su hermosura hable y testifique

ser sola y sin igual doña Ana Vique.

Bolved, ninfas, veréis doña Teodora
Carroz, que del valor y hermosura
la haze el tiempo reina, y gran señora
de toda discreción y gracia pura.
Cualquiera cosa suya os enamora;
ninguna cosa vuestra os asegura
para tomar tan grande atrevimiento
como es poner en ella el pensamiento.

Doña Ángela de Borja, contemplando
veréis que está, pastores, en Diana;
y en ella la gran dea está mirando
la gracia y hermosura soberana.
Cupido allí a sus pies está llorando;
y la hermosa ninfa, muy ufana
en ver delante de ella estar rendido
aquel tirano, fuerte y tan temido.

De aquella ilustre cepa Çanoguera
salió una flor tan estremada y pura
que, siendo de su edad la primavera,
ninguna se le iguala en hermosura.
De la excelente madre es heredera
en todo cuanto pudo dar natura;
y assí doña Jerónima ha llegado,
en gracia y discreción, al sumo grado.

¿Queréis quedar, oh ninfas, admiradas
y ver lo que a ninguna dio ventura?
¿Queréis al puro extremo ver llegadas
valor, saber, bondad y hermosura?
Mirad doña Verónica Marradas,
pues solo verla os dize y asegura
que todo sobre y nada falta en ella,
si no es quien pueda o piense merescella.

Doña Luisa Peñarroja vemos
en hermosura y gracia más que humana;
en toda cosa llega a los extremos
y a toda hermosura vence y gana.
No quiere el crudo Amor que la miremos;
y quien la vio, si no la ve, no sana,
aunque, después de vista, el crudo fuego
en su vigor y fuerça buelve luego.

Ya veo, ninfas, que miráis aquella
en quien estoy contino contemplando;
los ojos se os irán por fuerça a ella,
que aun los del mismo Amor está robando.
Mirad la hermosura que hay en ella,
mas ved que no ceguéis quiçá mirando
a doña Joana de Cardona, estrella,
que el mismo Amor está rendido a ella.

Aquella hermosura no pensada
que veis, si verla cabe en vuestro vaso;
aquella cuya suerte fue estremada,
pues no teme Fortuna, tiempo y caso;
aquella discreción tan levantada,
aquella que es mi musa y mi parnaso;
Joana Ana es Catalana, fin y cabo
de lo que en todas por extremo alabo.

Cabe ella está un extremo no vicioso,
mas en virtud muy alto y extremado,
disposición gentil, rostro hermoso,
cabellos de oro y cuello delicado,
mirar que alegre, movimiento airoso,
juizio claro y nombre señalado:
doña Ángela Fernando, a quien natura
conforme al nombre dio la hermosura.

Veréis cabe ella doña Mariana,
que de igualalle nadie está segura;
miralda junto a la excelente hermana;
veréis en poca edad gran hermosura.
Veréis con ella nuestra edad ufana,
veréis en pocos años gran cordura;
veréis que son las dos el cabo y suma
de cuanto dezir puede lengua y pluma.
Las dos hermanas Borjas escogidas
Hipólita, Isabel, que estáis mirando,
de gracia y perficción tan guarnescidas
que al sol su resplandor está cegando;
miraldas y veréis de cuántas vidas
su hermosura siempre va triunfando;
mirá los ojos, rostro y los cabellos,
que el oro queda atrás y passan ellos.

Mirad doña María Canoguera,

la cual de Catarroja es hoy señora,
cuya hermosura y gracia es de manera
que a toda cosa vence y la enamora.
Su fama resplandesce por doquiera
y su virtud la ensalça de hora en hora,
pues no hay qué dessear después de vella.
¿Quién la podrá loar sin ofendella?

Doña Isabel de Borja está de frente
y al fin y perficción de toda cosa.
Mirad la gracia, el ser y la excelente
color más biva que purpúrea rosa;
mirá que es de virtud y gracia fuente
y nuestro siglo ilustra en toda cosa.
Al cabo está de todas su figura
por cabo y fin de gracia y hermosura.

La que esparzidos tiene sus cabellos
con hilo de oro fino atrás tomados,
y aquel divino rostro que él y ellos
a tantos coraçones trae domados;
el cuello, de marfil; los ojos, bellos,
honestos, baxos, verdes y rasgados,
doña Joana Milán por nombre tiene
en quien la vista para y se mantiene.

Aquella que allí veis en quien natura
mostró su ciencia ser maravillosa,
pues no hay passar de allí en hermosura;
ni hay más que dessear a una hermosa,
cuyo valor, saber y gran cordura
levantarán su fama en toda cosa,
doña Mencía se nombra, Fenollete
a quien se rinde Amor y se somete.

La canción del celebrado Orfeo fue tan agradable a los oídos de Felismena y de todos los
que la oían, que assí los tenía suspensos como si por ninguno de ellos huviera passado
más de lo que presente tenían.

Pues haviendo muy particularmente mirado el rico aposento con todas las cosas que en él
havía que ver, salieron las ninfas por una puerta a la gran sala, y por otra de la sala a un
hermoso jardín, cuya vista no menos admiración les causó que lo que hasta allí havían
visto; entre cuyos árboles y hermosas flores havía muchos sepulcros de ninfas y damas,
las cuales havían con gran limpieza conservado la castidad debida a la castíssima diosa.
Estaban todos los sepulcros coronados de enredosa yedra; otros, de olorosos arrayanes;
otros, de verde laurel. Demás de esto havía en el hermoso jardín muchas fuentes de

alabastro; otras, de mármol jaspeado y de metal, debaxo de parrales que por encima de artificiosos arcos estendían sus ramas. Los mirtos hazían cuatro paredes almenadas; y por encima de las almenas parecían muchas flores de jazmín, madreselva y otras muy apazibles a la vista.

En medio del jardín estava una piedra negra sobre cuatro pilares de metal; y en medio de ella un sepulcro de jaspe que cuatro ninfas de alabastro en las manos sostenían. En torno de él estavan muchos blandones y candeleros de fina plata, muy bien labrados, y en ellos hachas blancas ardiendo. En torno de la capilla había algunos bultos de cavalleros y damas; unos, de metal; otros, de alabastro; otros, de mármol jaspeado y de otras diferentes materias. Mostravan estas figuras tan gran tristeza en el rostro que la pusieron en el corazón de la hermosa Felismena y de todos los que el sepulcro vían.

Pues mirándolo muy particularmente vieron que a los pies de él, en una tabla de metal que una Muerte tenía en las manos, estava este letrero:

Aquí reposa doña Catalina
de Aragón y Sarmiento cuya fama
al alto cielo llega y se avezina
y desde el Bórea al Austro se derrama.
Matéla, siendo Muerte, tan aína
por muchos que ella ha muerto, siendo dama.
Aquí está el cuerpo; el alma, allá en el cielo,
que no la mereció gozar el suelo.

Después de leído el epigrama vieron cómo en lo alto del sepulcro estava una águila de mármol negro, con una tabla de oro en las uñas, y en ella estos versos:

Cual quedaría, oh Muerte, el alto cielo
sin el dorado Apolo y su Diana;
sin hombre ni animal, el baxo suelo;

sin norte, el marinero en mar insana;
sin flor ni yerva, el campo y sin consuelo;
sin el rocío de aljófár, la mañana;
assí quedó el valor, la hermosura,
sin la que yaze en esta sepultura.

Cuando estos dos letreros huvieron leído y Belisa entendido por ellos quién era la hermosa ninfa que allí estava sepultada, y lo mucho que nuestra España había perdido en perdella, acordándosele de la temprana muerte del su Arsileo, no pudo dexar de dezir con muchas lágrimas:

-¡Ay Muerte, cuán fuera estoy de pensar que me has de consolar con males agenos!
Duéleme en extremo lo poco que se gozó tan gran valor y hermosura como esta ninfa me dicen que tenía, porque ni estava presa de amor ni nadie mereció que ella lo estuviesse,

que si otra cosa entendiera, por tan dichosa la tuviera yo en morir, como a mí por desdichada en ver, oh cruda Muerte, cuán poco caso hazes de mí, pues llevándome todo mi bien me dexas, no para más que para sentir esta falta. ¡Oh mi Arsileo! ¡Oh discreción jamás oída! ¡Oh el más firme amador que jamás pudo verse! ¡Oh el más claro ingenio que naturaleza pudo dar! ¿Qué ojos pudieron verte? ¿Qué ánimo pudo sufrir tu desastrado fin? ¡Oh Arsenio, Arsenio, cuán poco pudiste sufrir la muerte del desastrado hijo, teniendo más ocasión de sufrilla que yo! ¿Por qué, cruel Arsenio, no quesiste que yo participasse de dos muertes, que, por estorvar la que menos me dolía, diera yo cien mil vidas, si tantas tuviera? Adiós, bienaventurada ninfa, lustre y honra de la real casa de Aragón. Dios dé gloria a tu ánima y saque la mía de entre tantas desventuras.

Después que Belisa hubo dicho estas palabras y después de haver visto otras muchas sepulturas, muy riquísimamente labradas, salieron por una puerta falsa que en el jardín estava, al verde prado, adonde hallaron a la sabia Felicia, que sola se andava recreando, la cual los recibió con muy buen semblante. Y en cuanto se hacía hora de cenar, se fueron a una gran alameda que cerca de allí estava, lugar donde las ninfas del suntuoso templo algunos días salían a recrearse, y, sentados en un pradezillo, cercado de verdes sauzes, comenzaron a hablar unos con otros, cada uno en la cosa que más contento le dava.

La sabia Felicia llamó junto a sí al pastor Sireno y a Felismena; la ninfa Dórica se puso con Silvano hacia una parte del verde prado; y las dos pastoras Selvagia y Belisa, con las hermosas ninfas Cintia y Polidora, se apartaron hacia otra parte. De manera que, aunque no estaban unos muy lexos de los otros, podían muy bien hablar sin que estorvasse uno lo que el otro decía. Pues queriendo Sireno que la plática y conversación se conformasse con el tiempo y lugar y también con la persona a quien hablava, comenzó a hablar de esta manera:

-No me parece fuera de propósito, señora Felicia, preguntar yo una cosa que jamás pude llegar al cabo del conocimiento de ella; y es esta: afirman todos los que algo entienden que el verdadero amor nasce de la razón. Y si esto es así, ¿cuál es la causa por que no hay cosa más desenfrenada en el mundo ni que menos se dexe gobernar por ella?

Felicia le respondió:

-Así como essa pregunta es más que de pastor, así era necessario que fuesse más que muger la que a ella respondiesse. Mas con lo poco que yo alcanço, no me parece que porque el amor tenga por madre a la razón, se ha de pensar que él se limite ni gobierne por ella, antes has de prosuponer que, después que la razón del conocimiento lo ha engendrado, las menos vezes quiere que le gobierne. Y es de tal manera desenfrenado que las más de las vezes viene en daño y perjuizio del amante, pues por la mayor parte los que bien aman se vienen a desamar a sí mismos, que es contra razón y derecho de naturaleza. Y esta es la causa porque le pintan ciego y falto de toda razón; y como su madre, Venus, tiene los ojos hermosos, así él dessea siempre lo más hermoso. Píntanlo desnudo, porque el buen amor ni puede dissimularse con la razón ni encubrirse con la prudencia. Píntanle con alas, porque velocísimamente entra en el ánima del amante; y cuanto más perfecto es, con tanto mayor velocidad y enagenamiento de sí mismo va a

buscar la persona amada. Por lo cual decía Eurípides que el amante vivía en el cuerpo del amado. Píntanlo asimismo flechando su arco, porque tira derecho al corazón como a su propio blanco, y también porque la llaga de amor es como la que hace la saeta, estrecha en la entrada y profunda en lo intrínseco del que ama; es esta llaga difícil de ver, mala de curar y muy tardía en el sanar. De manera, Sireno, que no debe admirarte, aunque el perfecto amor sea hijo de razón, que no se gobierne por ella, porque no hay cosa que, después de nascida, menos corresponda al origen de adonde nació. Algunos dicen que no es otra la diferencia entre el amor vicioso y el que no lo es sino que el uno se gobierna por razón y el otro no se dexa gobernar por ella; y engañanse, porque aquel exceso e ímpetu no es más propio del amor deshonesto que del honesto, antes es una propiedad de cualquiera género de amor, salvo que en uno hace la virtud mayor, y en el otro acrecienta más el vicio. ¿Quién puede negar que en el amor que verdaderamente es honesto no se hallen maravillosos y excessivos efectos? Pregúntenlo a muchos, que por solo el amor de Dios no hicieron cuenta de sus personas ni estimaron por él perder la vida, aunque, sabido el premio que por ello se esperaba, no daban mucho. Pues ¡cuántos han procurado consumir sus personas y acabar sus vidas inflamados del amor de la virtud y de alcanzar fama gloriosa! Cosa que la razón ordinaria no permite, antes guía cualquiera efecto de manera que la vida pueda honestamente conservarse. Pues ¡cuántos exemplos te podría yo traer de muchos que por solo el amor de sus amigos perdieron la vida y todo lo más que con ella se pierde! Dexemos este amor, volvamos al amor del hombre con la muger: has de saber que si el amor que el amador tiene a su dama, aunque inflamado en desenfrenada afición, nasce de la razón y del verdadero conocimiento y juicio, que por solas sus virtudes la juzgue digna de ser amada, que este tal amor a mi parescer (y no me engaño) no es ilícito ni deshonesto, porque todo el amor de esta manera no tira a otro fin, sino a querer la persona por ella misma, sin esperar otro interesse ni galardón de sus amores. Así que esto es lo que me parece que se puede responder a lo que en este caso me has preguntado.

Sireno entonces le respondió:

-Yo estoy, discreta señora, satisfecho de lo que deseaba entender; y así creo que lo estaré, según, tu claro juicio, de todo lo que quisiera saber de ti, aunque otro entendimiento era menester más abundante que el mío para alcanzar lo mucho que tus palabras comprehenden.

Silvano, que con Polidora estava hablando, le decía:

-Maravillosa cosa es, hermosa ninfa, ver lo que sufre un triste corazón que a los trances de amor está sujeto, porque el menor mal que hace es quitarnos el juicio, perder la memoria de toda cosa y henchirla de sólo él; buelve ageno de sí a todo hombre y propio de la persona amada. Pues ¿qué hará el desventurado que se ve enemigo de placer, amigo de soledad, lleno de passiones, cercado de temores, turbado de espíritu, martirizado del seso [deseo], sustentado de esperanza, fatigado de pensamientos, afligido de molestias, traspasado de celos, lleno perpetuamente de sospiros, enojos, agravios, que jamás le faltan? Y lo que más me maravilla es que, siendo este amor tan intolerable y

estremado en crueldad, no espere el espíritu apartarse de él ni lo procure, mas antes tenga por enemigo a quien se lo aconseja.

-Bien está todo -dixo Polidora-, pero yo sé muy bien que, por la mayor parte, los que aman tienen más de palabras que de passiones.

-Señal es essa -dixo Silvano- que no las sabes sentir, pues no las puedes creer. Y bien parece que no has sido tocada de este mal, ni plega a Dios que lo seas; el cual ninguno lo puede creer, ni la cualidad y multitud de los males que de él proceden, sino el que participa de ellos. ¿Cómo que piensas tú, hermosa ninfa, que hallándose continuamente el amante confusa la razón, ocupada la memoria, enagenada la fantasía y el sentido del excesivo amor fatigado, quedará la lengua tan libre que pueda fingir passiones ni mostrar otra cosa de lo que siente? Pues no te engañes en esso, que yo te digo que es muy al revés de lo que tú imaginas. Vesme aquí donde estoy, que verdaderamente ninguna cosa hay en mí que se pueda gobernar por razón, ni aun la podrá haver en quien tan ageno estuviere de su libertad como yo, porque todas las sujeciones corporales dexan libre a lo menos la voluntad, mas la sujeción de amor es tal que la primera cosa que haze es tomaros possessión de ella. ¿Y quieres tú, pastora, que forme quejas y finja sospiros el que de esta manera se ve tratado? Bien parece, en fin, que estás libre de amor, como yo poco ha te decía.

Polidora le respondió:

-Yo conozco, Silvano, que los que aman reciben muchos trabajos y aflicciones todo el tiempo que ellos no alcanzan lo que dessean; pero después de conseguida la cosa deseada, se les buelve en descanso y contentamiento, de manera que todos los males que passavan más proceden del desseo que de amor que tengan a lo que dessean.

-Bien parece que hablas en mal que no tienes experimentado -dixo Silvano-, porque el amor de aquellos amantes cuyas penas cessan después de haver alcanzado lo que dessean, no procede su amor de la razón, sino de un apetito baxo y deshonesto.

Selvagia, Belisa y la hermosa Cintia estaban tratando cuál era la razón porque en ausencia las más de las vezes se resfriava el amor. Belisa no podía creer que por nadie passasse tan gran deslealtad, diciendo que, pues siendo muerto el su Arsileo y estando bien segura de no verle más, le tenía el mismo amor que cuando bivía; que cómo era possible ni se podía sufrir que nadie olvidasse en ausencia los amores que algún tiempo esperasse ver. La ninfa Cintia le respondió:

-No podré, Belisa, responderte con tanta suficiencia como por ventura la materia lo requería, por ser cosa que no se puede esperar del ingenio de una ninfa como yo; mas lo que a mí me parece es que cuando uno se parte de la presencia de quien quiere bien, la memoria le queda por ojos, pues solamente con ella ve lo que dessea. Esta memoria tiene cargo de representar al entendimiento lo que contiene en sí; y del entenderse la persona que ama viene la voluntad, que es la tercera potencia del ánima, a engendrar el desseo, mediante el cual tiene el ausente pena por ver aquel que quiere bien. De manera

que todos estos efectos se derivan de la memoria como de una fuente, donde nasce el principio del desseo. Pues havéis de saber agora, hermosas pastoras, que como la memoria sea una cosa que cuanto más va, más pierde su fuerça y vigor, olvidándose de lo que le entregaron los ojos, assí también lo pierden las otras potencias, cuyas obras en ella tenían su principio, de la misma manera que a los ríos se les acabaría su corriente si dexassen de manar las fuentes adonde nascen; y si, como esto se entiende en el que parte, se entendiera también en el que queda. Y pensar tú, hermosa pastora, que el tiempo no curaría tu mal si dexasses el remedio de él en manos de la sabia Felicia, será muy gran engaño, porque ninguno hay a quien ella no dé remedio, y en el de amores más que en todos los otros.

La sabia Felicia, que, aunque estava algo apartada, oyó lo que Cintia dixo, le respondió:

-No sería pequeña crueldad poner yo el remedio de quien tanto lo ha menester en manos de médico tan espacioso como es el tiempo, que, puesto caso que algunas vezes no lo sea, en fin, las enfermedades grandes, si otro remedio no tienen sino el suyo, se han de gastar tan de espacio que primero que se acaben, se acabe la vida de quien las tiene. Y porque mañana pienso entender en lo que toca al remedio de la hermosa Felismena y de toda su compañía, y los rayos del dorado Apolo parece que van ya dando fin a su jornada, será bien que nosotros lo demos a nuestra plática y nos vamos a mi aposento, que ya la cena pienso que nos está aguardando.

Y assí se fueron en casa de la gran sabia Felicia, donde hallaron ya las mesas puestas debaxo de unos verdes parrales que estavan en un jardín que en la casa havia; y acabando de cenar y tomando licencia de la sabia Felicia, se fue cada uno al aposento que aparejado le estava.

FIN del cuarto libro de la «Diana»

LIBRO QUINTO

Otro día por la mañana la sabia Felicia se levantó y se fue al aposento de Felismena, la cual halló acabándose de vestir, no con pocas lágrimas, paresciéndole cada hora de las que allí estava mil años. Y tomándola por la mano, se salieron a un corredor que estava sobre el jardín adonde la noche antes havían cenado; y haviéndole preguntado la causa de sus lágrimas y consolándola con dalle esperança que sus trabajos havrían el fin que ella desseava, le dixo:

-Ninguna cosa hay hoy en la vida más aparejada para quitalla a quien quiere bien, que quitalle con esperanças inciertas el remedio de su mal, porque no hay hora en cuanto de esta manera bive, que no le parezca tan espaciosa, cuanto las de la vida son apressuradas. Y porque mi desseo es que el vuestro se cumpla y, después de algunos trabajos, consigáis el descanso que la Fortuna os tiene prometido, vos partiréis de esta vuestra casa en el

mismo hábito en que veníades cuando a mis ninfas defendistes de la fuerza que los fieros salvages les querían hazer; y tened entendido que todas las vezes que mi ayuda y favor os fuere necesario, lo hallaréis, sin que hayáis menester embiármelo a pedir. Assí que, hermosa Felismena, vuestra partida sea luego, y confiad en Dios que vuestro desseo habrá buen fin, porque, si yo de otra suerte lo entendiera, bien podéis creer que no me faltaran otros remedios para hazeros mudar el pensamiento como a algunas personas lo he hecho.

Muy grande alegría recibió Felismena de las palabras que la sabia Felicia le dixo, a las cuales respondió:

-No puedo alcançar, discreta señora, con qué palabras podría encarecer ni con qué obras podría servir la merced que de vos recibo; Dios me llegue a tiempo en que la esperiencia os dé a entender mi desseo. Lo que mandáis pondré yo luego por obra, lo cual no puede dexar de sucederme muy bien, siguiendo el consejo de quien para todas las cosas sabe dallo tan bueno.

La sabia Felicia la abraçó diziendo:

-Yo espero en Dios, hermosa Felismena, de veros en esta casa con más alegría de la que lleváis; y porque los dos pastores y pastoras nos están esperando, razón será que vaya a dalles el remedio que tanto han menester.

Y saliéndose ambas a dos a una sala, hallaron a Silvano y Sireno, y a Belisa y Selvagia, que esperándolos estavan; y la sabia Felicia dixo a Felismena:

-Entretened, hermosa señora, vuestra compañía, entre tanto que yo vengo.

Y entrándose en un aposento, no tardó mucho en salir con dos vasos en las manos de fino cristal con los pies de oro esmaltados y, llegándose a Sireno, le dixo:

-Olvidado pastor, si en tus males hubiera otro remedio sino este, yo te le buscara con toda la diligencia possible, pero ya que no puedes gozar de aquella que tanto te quiso sin muerte agena (y esta esté en mano de solo Dios), es menester que recibas otro remedio para no dessear cosa que es impossible alcançalla. Y tú, hermosa Selvagia y desamado Silvano, tomad este vaso, en el cual hallaréis grandíssimo remedio para el mal passado y principio para grandíssimo contento, del cual vosotros estáis bien descuidados.

Y tomando el vaso que tenía en la mano izquierda le puso en la mano a Sireno y le mandó que lo bebiesse. Y Sireno lo hizo luego; y Selvagia y Silvano bevieron ambos el otro. Y en este punto cayeron todos tres en el suelo adormidos, de que no poco se espantó Felismena y la hermosa Belisa que allí estava, a la cual dixo la sabia Felicia:

-No te desconsueles, oh Belisa, que aún yo espero de verte tan consolada como la que más lo estuviere. Y hasta que la ventura se canse de negarte el remedio que para tan grave mal has menester, yo quiero que quedes en mi compañía.

La pastora le quiso besar las manos por ello. Felicia no lo consintió, mas antes la abrazó mostrándole mucho amor.

Felismena estava espantada del sueño de los pastores y dixo a Felicia:

-Paréceme, señora, que si el descanso de estos pastores está en dormir, ellos lo hazen de manera que bivrán los más descansados del mundo.

Felicia le respondió:

-No os espantéis de esso, porque el agua que ellos bevieron tiene tal fuerça, assí una como la otra, que todo el tiempo que yo quisiere dormirán, sin que baste ninguna persona a despertarlos. Y para que veáis si esto es assí, prová a llamarlo.

Felismena llegó entonces a Silvano y, tirándole por un brazo, le comenzó a dar grandes bozes, las cuales aprovecharon tanto como si las diera a un muerto. Y lo mismo le avino con Sireno y Selvagia, de lo que Felismena quedó asaz maravillada.

Felicia le dixo:

-Pues más os maravillaréis después que despierten, porque veréis una cosa, la más estraña que nunca imaginastes. Y porque me parece que el agua deve haver obrado lo que es menester, yo los quiero despertar; y estad atenta, porque oiréis maravillas.

Y sacando un libro de la manga, se llegó a Sireno y, en tocándole con él sobre la cabeça, el pastor se levantó luego en pie con todo su juizio, y Felicia le dixo:

-Dime, Sireno: si acaso viesses la hermosa Diana con su esposo, y estar los dos con todo el contentamiento del mundo riéndose de los amores que tú con ella havías tenido, ¿qué harías?

Sireno respondió:

-Por cierto, señora, ninguna pena me darían, mas antes los ayudaría a reír de mis locuras passadas.

Felicia le replicó:

-Y si acaso ella fuera agora soltera y se quisiera casar con Silvano y no contigo, ¿qué hizieras?

Sireno respondió:

-Yo mismo fuera el que tratara de concertallo.

-¿Qué os parece -dixo Felicia contra Felismena- si el agua sabe desatar los ñudos que este perverso del amor haze?

Felismena respondió:

-Jamás pudiera creer yo que la ciencia de una persona humana pudiera llegar a tanto como esto.

Y bolviendo a Sireno, le dixo:

-¿Qué es esto, Sireno? ¿Pues las lágrimas y sospiros con que manifestavas tu mal tan presto se han acabado?

Sireno le respondió:

-Pues que los amores se acabaron, no es mucho que se acabe lo que ellos me hazían hazer.

Felismena le bolvió a dezir:

-¿Y que es possible, Sireno, que ya no quieres bien ni amas a Diana?

-El mismo bien le quiero -dixo Sireno- que os quiero a vos y a otra cualquiera persona que no me haya ofendido.

Y viendo Felicia cuán espantada estava Felismena de la súpita mudança de Sireno, le dixo:

-Con esta medicina curara yo, hermosa Felismena, vuestro mal, y el vuestro, pastora Belisa, si la Fortuna no os tuviera guardadas para muy mayor contentamiento de lo que fuera veros en vuestra libertad. Y para que veáis cuán diferentemente ha obrado en Silvano y en Selvagia la medicina, bien será despertarlos, pues basta lo que han dormido.

Y poniendo el libro sobre la cabeça a Silvano, se levantó diziendo:

-¡Oh Selvagia! ¡Cuán gran locura ha sido haver empleado en otra parte el pensamiento después que mis ojos te vieron!

-¿Qué es esso, Silvano? -dixo Felicia-. ¿Teniendo tan puesto el pensamiento en tu pastora Diana tan súpitamente le pones ahora en Selvagia?

Silvano le respondió:

-Discreta señora: como el navío anda perdido por la mar sin poder tomar puerto seguro, así anduvo mi pensamiento en los amores de Diana todo el tiempo que la quise bien;

mas agora he llegado a un puerto donde plega a Dios que sea tan bien recebido como el amor que yo le tengo lo merece.

Felismena quedó tan espantada del segundo género de mudança que vio en Silvano como del primero que en Sireno havia visto; y díxole riendo:

-¿Pues qué hazes que no despiertas a Selvagia? Que mal podrá oír tu pena una pastora que duerme.

Silvano entonces, tirándole del brazo, le comenzó a dezir a grandes bozes:

-¡Despierta, hermosa Selvagia, pues despertaste mi pensamiento del sueño de las ignorancias passadas! Dichoso yo, pues la Fortuna me ha puesto en el mayor estado que se podía dessear. ¿Qué es esto, no me oyes? ¿Oyes y no quieres responderme? ¡Cata, que no sufre el amor que te tengo no ser oído! ¡Oh Selvagia, no duermas tanto ni permitas que tu sueño sea causa que el de la muerte dé fin a mis días!

Y, viendo que no aprovechava nada llamarla, comenzó a derramar lágrimas en tan gran abundancia que los presentes no pudieron dexar de ayudalle. Mas Felicia dixo:

-Silvano amigo, no te aflijas, que yo haré que te responda Selvagia y que la respuesta sea tal como tú desseas.

Y, tomándole por la mano, le metió en un aposento y le dixo:

-No salgas de ahí hasta que yo te llame.

Y luego bolvió a do Selvagia estaba y, tocándola con el libro, despertó como los demás havían hecho. Felicia le dixo:

-Pastora, muy descuidada duermes.

Selvagia respondió:

-Señora: ¿qué es del mi Silvano? ¿No estava él junto conmigo? ¡Ay Dios! ¿Quién me lo llevó de aquí? ¡Si bolverá...!

Y Felicia le dixo:

-Escucha, Selvagia, que parece que desatinas; has de saber que el tu querido Alanio está a la puerta y dize que ha andado por muchas partes perdido en busca tuya y trae licencia de su padre para casarse contigo.

-Essa licencia -dixo Selvagia- le aprovechará a él muy poco, pues no la tiene de mi pensamiento. Silvano, ¿qué es de él? ¿A dónde está?

Pues como el pastor Silvano oyó hablar a Selvagia, no pudo sufrirse sin salir luego a la sala donde estava; y, mirándose los dos con mucho amor, lo confirmaron tan grande entre sí que sola la muerte bastó para acaballo, de que no poco contentamiento recibió Sireno, y Felismena y aun la pastora Belisa.

Felicia les dixo:

-Razón será, pastores y hermosa pastora, que os bolváis a vuestros ganados; y tened entendido que mi favor jamás os podrá faltar; y el fin de vuestros amores será cuando por matrimonio cada uno se ajunte con quien dessea. Yo terné cuidado de avisaros cuando sea tiempo; y vos, hermosa Felismena, aparejaos para la partida, porque mañana cumple que partáis de aquí.

En esto entraron todas las ninfas por la puerta de la sala, las cuales ya sabían el remedio que la sabia Felicia había puesto en el mal de los pastores, de lo cual recibieron grandísimo plazer, mayormente Dórica, Cintia y Polidora, por haver sido ellas la principal ocasión de su contentamiento. Los dos nuevos enamorados no entendían otra cosa sino en mirarse uno a otro, con tanta afición y blandura como si hubiera mil años que hubieran dado principio a sus amores.

Y aquel día estuvieron allí todos con grandísimo contentamiento, hasta que otro día de mañana, despidiéndose los dos pastores y pastora de la sabia Felicia, y de Felismena y de Belisa, y asimismo de todas aquellas ninfas, se volvieron con grandísima alegría a su aldea, donde aquel mismo día llegaron.

Y la hermosa Felismena, que ya aquel día se había vestido en traje de pastora, despidiéndose de la sabia Felicia y siendo muy particularmente avisada de lo que había de hazer, con muchas lágrimas la abrazó y, acompañada de todas aquellas ninfas, se salieron al gran patio que delante de la puerta estava y, abrazando a cada una por sí, se partió por el camino donde la guiaron.

No iba sola Felismena este camino ni aun sus imaginaciones le davan lugar a que lo fuese; pensando iba en lo que la sabia Felicia le había dicho y, por otra parte, considerando la poca ventura que hasta allí había tenido en sus amores, le había dudar de su descanso. Con esta contrariedad de pensamientos iba lidiando, los cuales, aunque por una parte le cansavan, por otra la entretenían, de manera que no sentía la soledad del camino. No hubo andado mucho por en medio de un hermoso valle cuando, a la caída del sol, vio de lejos una choça de pastores que entre unas enzinas estava, a la entrada de un bosque. Y, persuadida de la hambre, se fue hacia ella, y también porque la siesta comenzava, de manera que le sería forçado passalla debaxo de aquellos árboles.

Llegando a la choça, oyó que un pastor decía a una pastora que cerca de él estava asentada:

-No me mandes, Amarílida, que cante, pues entiendes la razón que tengo de llorar los días que el alma no desamparare estos cansados miembros; que, puesto caso que la música es tanta parte para hazer acrescentar la tristeza del triste como la alegría del que más contento bive, no es mi mal de suerte que pueda ser desminuido ni acrescentado con ninguna industria humana. Aquí tienes tu çampoña; tañe y canta, pastora, que muy bien lo puedes hazer, pues tienes el corazón libre y la voluntad essenta de las sujeciones de amor.

La pastora le respondió:

-No seas, Arsileo, avariento de lo que naturaleza con tan larga mano te ha concedido, pues quien te lo pide sabrá complazerte en lo que tú quisieres pedille; canta, si es possible, aquella canción que, a petición de Argasto, heziste en nombre de tu padre Arsenio, quando ambos servíades a la hermosa pastora Belisa.

El pastor le respondió:

-Estraña condición es la tuya, oh Amarílida, que siempre me pides que haga lo que menos contento me da. ¿Qué haré? Que por fuerça he de complazerte; y no por fuerça, que assaz de mal aconsejado sería quien de su voluntad no te sirviesse. Mas ya sabes cómo mi Fortuna me va a la mano todas las vezes que algún alivio quiero tomar. Oh Amarílida, viendo la razón que tengo de estar contino llorando, ¿me mandas cantar? ¿Por qué quieres ofender a las ocasiones de mi tristeza? ¡Plega a Dios que nunca mi mal venga a sentillo en causa tuya propia, porque tan a tu costa no te informe la Fortuna de mi pena! Ya sabes que perdí a Belisa, ya sabes que bivo sin esperança de cobralla. ¿Por qué me mandas cantar? Mas no quiero que me tengas por descomedido, que no es de mi condición serlo con las pastoras a quien todos estamos obligados a complazer.

Y tomando un rabel que cerca de sí tenía, le començó a templar para hazer lo que la pastora le mandava. Felismena, que acechando estava, oyó muy bien lo que el pastor y pastora passavan; y quando vio que hablaban en Arsenio y Arsileo, servidores de la pastora Belisa, a los cuales tenía por muertos, según lo que Belisa havia contado a ella y a las ninfas y pastores quando en la cabaña de la isleta la hallaron, verdaderamente pensó lo que veía ser alguna visión o cosa de sueño.

Y estando atenta, vio cómo el pastor començó a tocar el rabel tan divinamente que parecía cosa del cielo; y, haviendo tañido un poco, con una boz más angélica que de hombre humano dio principio a esta canción:

¡Ay vanas esperanças, cuántos días
anduve hecho siervo de un engaño,
y cuán en vano mis cansados ojos
con lágrimas regaron este valle!
¡Pagado me han Amor y la Fortuna,
pagado me han! No sé de qué me quexo.

Gran mal devo passar, pues yo me quexo;
que hechos a sufrir están mis días
los trances del amor y la Fortuna.
¿Sabéis de quién me agravio? De un engaño
de una cruel pastora de este valle,
do puse por mi mal mis tristes ojos.

Con todo, mucho devo yo a mis ojos,
aunque con el dolor de ellos me quexo,
pues vi por causa suya en este valle
la cosa más hermosa que en mis días
jamás pensé mirar, y no me engaño.
Pregúntenlo al Amor y a la Fortuna.

Aunque por otra parte la Fortuna,
el tiempo, la ocasión, los tristes ojos,
el no estar receloso del engaño
causaron todo el mal de que me quexo;
y assí pienso acabar mis tristes días
contando mis passiones a este valle.

Si el río, el soto, el monte, el prado, el valle,
la tierra, el cielo, el hado, la Fortuna,
las horas, los momentos, años, días,
el alma, el corazón, también los ojos
agravian mi dolor cuando me quexo,
¿por qué dizes, pastora, que me engaño?

Bien sé que me engañé, mas no es engaño,
porque, de haver yo visto en este valle
tu estraña perfición, jamás me quexo;
sino de ver que quiso la Fortuna
dar a entender a mis cansados ojos
que allá vernia el remedio tras los días.

Y son passados años, meses, días
sobre esta confíança y claro engaño,
cansados de llorar mis tristes ojos,
cansado de escucharme el soto, el valle;
y al cabo me responde la Fortuna
burlándose del mal de que me quexo.

Mas, ¡oh triste pastor!, ¿de qué me quexo,
si no es de no acabarse ya mis días?
¿Por dicha era mi esclava la Fortuna?
¿Halo ella de pagar, si yo me engaño?

¿No anduve libre, essento en este valle?
¿Quién me mandava a mí alçar los ojos?

Mas ¿quién podrá tan bien domar sus ojos,
o cómo biviré, si no me quexo
del mal que amor me hizo en este valle?
¡Mal haya un mal que tura tantos días!
Mas no podrá tardar, si no me engaño,
que muerte no dé fin a mi Fortuna.

Venir suele bonança tras fortuna,
mas nunca la verán jamás mis ojos,
ni aun yo pienso caer en este engaño.
Bien basta ya el primero, de quien quexo
y quexaré, pastora, cuantos días
durare la memoria de este valle.

Si el mismo día, pastora, que en el valle
dio causa que te viesse mi Fortuna,
llegara el fin de mis cansados días,
o al menos viera esquivos esos ojos,
cesara la razón con que me quexo
y no pudiera yo llamarme a engaño.

Mas tú, determinando hazerme engaño
cuando me viste luego en este valle,
mostrávaste benigna. ¡Ved si quexo
contra razón de Amor y de Fortuna!
Después no sé por qué buelves tus ojos;
cansarte deven ya mis tristes días.

Canción, de Amor y de Fortuna quexo,
y pues turó un engaño tantos días
regad, ojos, regad el soto, el valle

Esto cantó el pastor con muchas lágrimas y la pastora lo oyó con grande contentamiento de ver la gracia con que tañía y cantava; mas el pastor, después que dio fin a su canción, soltando el rabel de las manos, dixo contra la pastora:

-¿Estás contenta, Amarílida? ¡Que por solo tu contentamiento me hagas hazer cosa que tan fuera del mío es! ¡Plega a Dios, oh Alfeo, la Fortuna te traiga al punto a que yo por tu causa he venido, para que sientas el cargo en que te soy y por el mal que me heziste! ¡Oh Belisa! ¿Quién hay en el mundo que más te deva que yo? Dios me traiga a tiempo que mis ojos gozen de ver tu hermosura, y los tuyos vean si soy en conocimiento de lo que les devo.

Esto decía el pastor con tantas lágrimas que no hubiera corazón, por duro que fuera, que no se ablandara oyéndole; la pastora le dixo:

-Pues que ya, Arsileo, me has contado el principio de tus amores y cómo Arsenio, tu padre, fue la principal causa de que tú quisieses bien a Belisa, porque, sirviéndola él, se aprovechaba de tus cartas y canciones y aun de tu música, cosa que él pudiera muy bien escusar, te ruego me cuentes cómo la perdiste.

-Cosa es essa -le respondió el pastor- que yo quería pocas vezes contar, mas ya que es tu condición mandarme hazer y dezir aquello en que más pena recibo, escucha, que en breves palabras te lo diré: Havía en mi lugar un hombre llamado Alfeo, que entre nosotros tuvo siempre fama de grandísimo nigromante, el cual quería bien a Belisa, primero que mi padre la començasse a servir; y ella no tan solamente no podía velle, mas aun, si le hablaban en él, no había cosa que más pena le diesse. Pues como este supiesse un concierto que entre mí y Belisa había de ille a hablar desde encima de un moral que en una huerta suya estava, el diabólico Alfeo hizo a dos espíritus que tomasse el uno la forma de mi padre Arsenio y el otro, la mía; y que fuesse el que tomó mi forma al concierto y el que tomó la de mi padre viniesse allí y le tirasse con una ballesta, fingiendo que era otro; y que viniesse él luego como que lo había conocido y se matase de pena de haver muerto a su hijo, a fin de que la pastora Belisa se diesse la muerte, viendo muerto a mi padre y a mí; o a lo menos hiziesse lo que hizo. Esto hacía el traidor de Alfeo por lo mucho que le pesava de saber lo que Belisa me quería y lo poco que se dava por él. Pues como esto assí fuesse hecho, y a Belisa le pareciesse que mi padre y yo fuésemos muertos de la forma que he contado, desesperada se salió de casa y se fue donde hasta agora no se ha sabido de ella. Esto me contó la pastora Armida; y yo verdaderamente lo creo por lo que después acá ha sucedido.

Felismena, que entendió lo que el pastor había dicho, quedó en extremo maravillada pareciéndole que lo que decía llevaba camino de ser assí; y por las señales que en él vio, vino en conocimiento de ser aquél Arsileo, servidor de Belisa, al cual ella tenía por muerto; y dixo entre sí:

-No sería razón que la Fortuna diesse contento ninguno a la persona, que lo negasse a un pastor que tan bien lo meresce y lo ha menester; a lo menos, no partiré yo de este lugar sin dársele tan grande como lo recibirá con las nuevas de su pastora.

Y llegándose a la puerta de la choça, dixo contra Amarílida:

-Hermosa pastora: a una sin ventura que ha perdido el camino (y aun la esperança de cobralle), ¿no le daríades licencia para que passasse la siesta en este vuestro aposento?

La pastora, quando la vio, quedó tan espantada de ver su hermosura y gentil disposición que no supo respondelle; empero Arsileo le dixo:

-Por cierto, pastora, no falta otra cosa para hazer lo que por vos es pedido sino la posada ser tal como vos la merescéis; pero, si de esta manera sois servida, entrá, que no habrá cosa que por serviros no se haga.

Felismena le respondió:

-Essas palabras, Arsileo, bien parecen tuyas; mas el contento que yo, en paga de ellas, te dexaré, me dé Dios a mí en lo que tanto ha que desseo.

Y diziendo esto, se entró en la choça; y el pastor y la pastora se levantaron, haziéndole mucha cortesía. Y bolviéndose a sentar todos, Arsileo le dixo:

-¿Por ventura, pastora, haos dicho alguno mi nombre o havéisme visto en alguna parte antes de ahora?

Felismena le respondió:

-Arsileo, más sé de ti de lo que te piensas, aunque estés en trage de pastor, muy fuera de como yo te vi cuando en la Academia salmantina estudiavas. Si alguna cosa hay que comer, mándamela dar, porque después te diré una cosa que tú muchos días ha que desseas saber.

-Eso haré yo de muy buena gana -dixo Arsileo-, porque ningún servicio se os puede hazer que no quepa en vuestro merescimiento.

Y descolgando Amarílida y Arsileo sendos çurriones, dieron de comer a Felismena de aquello que para sí tenían. Y después que hubo acabado, desseando Felismena de alegrar a aquel que con tanta tristeza bivía, empezó a hablar de esta manera:

-No hay en la vida, oh Arsileo, cosa que en más se deva tener que la firmeza; y más en coraçón de muger, adonde las menos vezes suele hallarse. Mas también hallo otra cosa: que las más de las vezes son los hombres causa de la poca constancia que con ellos se tiene. Digo esto por lo mucho que debes a una pastora que yo conozco, la cual, si agora supiesse que eres bivo, no creo que habría cosa en la vida que mayor contento le diesse.

Y entonces le començó a contar por orden todo lo que había passado desde que mató los tres salvages hasta que vino en casa de la sabia Felicia, en la cual cuenta Arsileo oyó nuevas de la cosa que más quería, con todo lo que con ella habían passado las ninfas al tiempo que la hallaron durmiendo en la isleta del estanque, como atrás havéis oído ;y lo que sintió de saber que la fe que su pastora le tenía jamás su coraçón había desamparado, y el lugar cierto donde la avía de hallar...! Fue su contentamiento tan fuera de medida que estuvo en poco de ponelle a peligro de la vida; y dixo contra Felismena:

-¿Qué palabras bastarían, hermosa pastora, para encarecer la gran merced que de vos he recebido o qué obras para podéros[s] servir? ¡Plega a Dios que el contentamiento que vos me havéis dado, os dé Él en todas las cosas que vuestro coraçón desseare! ¡Oh mi

señora Belisa! ¿Qué es possible que tan presto he yo de ver aquellos ojos que tan gran poder en mí tuvieron? ¿Y que después de tantos trabajos me havía de suceder tan soberano descanso?

Y diziendo esto con muchas lágrimas tomava las manos a Felismena y se las besava; y la pastora Amarílida hazía lo mesmo diziendo:

-Verdaderamente, hermosa pastora, vos habéis alegrado un corazón, el más triste que yo he pensado ver y el que menos merescía estarlo. Seis meses ha que Arsileo bive en esta cabaña la más triste vida que nadie puede pensar; y unas pastoras que por estos prados repastan sus ganados, de cuya compañía yo soy, algunas vezes le entrávamos a ver y a consolar, si su mal sufriera consuelo.

Felismena le respondió:

-No es el mal de que está doliente de manera que pueda recibir consuelo de otro, si no es de la causa de él o de quien le dé las nuevas que yo ahora le he dado.

-Tan buenas son para mí, hermosa pastora -le dixo Arsileo-, que me han renovado un corazón envejecido en pesares.

A Felismena se le enternesció el corazón tanto de ver las palabras que el pastor dezía y de las lágrimas que de contento llorava, cuanto con las suyas dio testimonio.

Y de esta manera estuvieron allí toda la tarde hasta que la siesta fue toda passada, que, despidiéndose Arsileo de las dos pastoras, se partió con mucho contento para el templo de Diana, por donde Felismena le havía guiado.

Silvano y Selvagia, con aquel contento que suelen tener los que gozan después de larga ausencia de la vista de sus amores, caminavan hazia el deleitoso prado donde sus ganados andavan pasciendo, en compañía del pastor Sireno, el cual, aunque iba ageno del contentamiento que en ellos veía, también lo iba de la pena que la falta de él suele causar, porque ni él pensava en querer bien, ni se le dava nada en no ser querido.

Silvano le dezía:

-Todas las vezes que te miro, amigo Sireno, me parece que ya no eres el que solías, mas antes creo que te has mudado juntamente con los pensamientos. Por una parte cuasi tengo piedad de ti, y por otra no me pesa de verte tan descuidado de las desventuras de amor.

-¿Por qué parte -dixo Sireno- tienes de mí manzilla?

Silvano le respondió:

-Porque me parece que estar un hombre sin querer ni ser querido es el más enfadoso estado que puede ser en la vida.

-No ha muchos días -dixo Sireno- que tú entendías eso muy al revés. Plega a Dios que en este mal estado me sustente a mí la Fortuna, y a ti en el contento que recibes con la vista de Selvagia, que, puesto caso que se te pueda haver imbidia de amar y ser amado de tan hermosa pastora, yo te aseguro que la Fortuna no se descuide de templanos el contento que recibís con vuestros amores.

Selvagia dixo entonces:

-No será tanto el mal que ella con sus desvariados sucesos nos puede hazer, quanto es el bien de verme tan bien empleada.

Sireno le respondió:

-Ah, Selvagia, que yo me he visto tan bien querido quanto nadie puede verse, y tan sin pensamiento de ver fin a mis amores, como vosotros lo estáis ahora. Mas nadie haga cuenta sin la Fortuna, ni fundamento sin considerar las mudanças de los tiempos. Mucho devo a la sabia Felicia, Dios se lo pague, que nunca yo pensé poder contar mi mal en tiempo que tan poco lo sintiesse.

-En mayor deuda le soy yo -dixo Selvagia-, pues fue causa que quisiesse bien a quien yo jamás dexe de ver delante mis ojos.

Silvano dixo, bolviendo los suyos hazia ella:

-Essa deuda, esperança mía, yo soy el que con más razón la devía pagar, a ser cosa que con la vida pagarse pudiera.

-Essa os dé Dios, mi bien -dixo Selvagia-, porque sin ella la mía sería muy escusada.

Sireno, viendo las amorosas palabras que se dezían, medio riendo les dixo:

-No me parece mal que cada uno se sepa pagar tan bien que ni quiera quedar en deuda ni que le devan; y aun lo que me parece es que, según las palabras [que] uno a otro os dezís, sin yo ser el tercero sabríades tratar vuestros amores.

En estas y otras razones passavan los nuevos enamorados Y el descuidado Sireno el trabajo de su camino, al cual dieron fin al tiempo que el sol se quería poner. Y antes que llegassen a la fuente de los alisos, oyeron una boz de una pastora que dulcemente cantava, la cual fue luego conocida, porque Silvano, en oyéndola, les dixo:

-Sin duda es Diana la que junto a la fuente de los alisos canta.

Selvagia respondió:

-Verdaderamente aquella es; metámonos entre los mirtos que están junto a ella porque mejor podamos oílla.

Sireno les dixo:

-Sea como vosotros lo ordenáredes, aunque tiempo fue que me diera mayor contento su música y aun su vista, que no ahora.

Y entrándose todos tres por entre los espessos mirtos, ya que el sol se quería poner, vieron junto a la fuente a la hermosa Diana con tan grande hermosura que, como si nunca la huvieran visto, assí quedaron admirados; tenía sueltos sus hermosos cabellos y tomados atrás con una cinta encarnada que por medio de la cabeça los repartía; los ojos puestos, en el suelo y otras vezes, en la clara fuente. Y limpiando alguna lágrimas que de cuando en cuando le corrían, cantava este romance:

Cuando yo triste nascí,
luego nascí desdichada;
luego los hados mostraron
mi suerte desventurada.

El sol escondió sus rayos,
la luna quedó eclipsada;
murió mi madre en pariendo
moça hermosa y mal lograda.

El ama que me dio leche
jamás tuvo dicha en nada,
ni menos la tuve yo,
soltera ni desposada.

Quise bien y fui querida;
olvidé y fui olvidada;
esto causó un casamiento
que a mí me tiene cansada.

¡Casara yo con la tierra...!
No me viera sepultada
entre tanta desventura,
que no puede ser contada.

Moça me casó mi padre,
de su obediencia forçada;
pusse a Sireno en olvido,
que la fe me tenia dada.

Pago tan bien mi descuido,
cual no fue cosa pagada;
celos me hazen la guerra
sin ser en ellos culpada.

Con celos voy al ganado,
con celos a la majada,
y con celos me levanto
contino a la madrugada.

Con celos como a su mesa
y en su cama so acostada;
si le pido de qué ha celos,
no sabe responder nada.

Jamás tiene el rostro alegre,
siempre la cara inclinada,
los ojos por los rincones,
la habla triste y turbada.

¿Cómo bivirá la triste
que se vee tan mal casada?

A tiempo pudiera tomar a Sireno el triste canto de Diana, con las lágrimas que derramava cantando y la tristeza de que su rostro dava testimonio, que al pastor pusieran en riesgo de perder la vida, sin ser nadie parte para remedialle; mas como ya su corazón estava libre de tan peligrosa prisión, ningún contento recibió con la vista de Diana ni pena con sus tristes lamentaciones, pues el pastor Silvano no tenía, a su parescer, por qué pesalle de ningún mal que a Diana sucediesse, visto cómo ella jamás se había dolido de lo que a su causa había passado. Sola Selvagia le ayudó con lágrimas, temerosa de su Fortuna, y dixo contra Sireno:

-Ninguna perficción ni hermosura puede dar la naturaleza que con Diana largamente no la haya repartido, porque su hermosura no creo yo que tiene par, su gracia, su discreción, con todas las otras partes que una pastora deve tener. Nadie le haze ventaja. Sola una cosa le faltó, de que yo siempre le huve miedo; y esto es la ventura, pues no quiso dalle compañía con que pudiesse pasar la vida con el descanso que ella meresce.

Sireno respondió:

-Quien a tantos le ha quitado, justa cosa es que no le tenga. Y no digo esto porque no me pesse del mal de esta pastora, sino por la grandísima causa que tengo de desseársele.

-No digas esso -dixo Selvagia-, que yo no puedo creer que Diana te haya ofendido en cosa alguna. ¿Qué ofensa te hizo ella en casarse, siendo cosa que estava en la voluntad de su padre y deudos más que en la suya? Y después de casada ¿qué pudo hazer, por lo que

tocava su honra, sino olvidarte? Ciertamente, Sireno, para quejarte de Diana, más legítimas causas había de haber que las que hasta ahora hemos visto.

Silvano dijo:

-Por cierto, Sireno, Selvagia tiene tanta razón en lo que dice que nadie con ella se lo puede contradecir. Y si alguno con causa se puede quejar de su ingratitud, yo soy, pues la quise todo lo que se puede querer; y tuvo tan mal conocimiento como fue el tratamiento que viste que siempre me hacía.

Selvagia respondió, poniendo en él unos amorosos ojos, y dijo:

-Pues no érades vos, mi pastor, para ser mal tratado, que ninguna pastora hay en el mundo que no gane mucho en que vos la queráis.

A este tiempo Diana sintió que cerca de ella hablaban, porque los pastores se habían descuidado algo de hablar de manera que ella no les oyese. Y levantándose en pie, miró entre los mirtos y conoció los pastores y pastora que entre ellos estaba asentada, los cuales, viendo que habían sido vistos, se vinieron a ella y la recibieron con mucha cortesía. Y ella a ellos con muy gran comedimiento, preguntándoles adónde habían estado. A lo cual ellos respondieron con otras palabras y otros movimientos de rostro de lo que le respondían a lo que ella solía preguntalles, cosa tan nueva para Diana que, puesto caso que los amores de ninguno de ellos le diessen pena, en fin, le pesó de verlos tan otros de lo que solían; y más cuando entendió en los ojos de Silvano el contentamiento que los de Selvagia le daban.

Y porque era ya hora de recogerse y el ganado tomaba su acostumbrado camino hacia el aldea, ellos se fueron tras él; y la hermosa Diana dijo contra Sireno:

-Muchos días ha, pastor, que por este valle no te he visto.

-Más ha -dijo Sireno- que a mí me iba la vida que no me viesse quien tan mala me la ha dado. Mas, en fin, no da poco contento hablar en la fortuna pasada el que ya se halla en seguro puerto.

-¿En seguro te parece -dijo Diana- el estado en que ahora bives?

-No debe ser muy peligroso -dijo Sireno-, pues yo oso hablar delante de ti de esta manera.

Diana respondió:

-Nunca yo me acuerdo verte por mí tan perdido que tu lengua no tuviese la libertad que ahora tiene.

Sireno le respondió:

-Tan discreta eres en imaginar eso, como en todas las otras cosas.

-¿Por qué causa? -dixo Diana.

-Porque no hay otro remedio -dixo Sireno- para que tú no sientas lo que perdiste en mí, sino pensar que no te quería yo tanto que mi lengua dexasse de tener la libertad que dizes. Mas con todo eso, plega a Dios, hermosa Diana, que siempre te dé tanto contento cuanto en algún tiempo me quitaste, que puesto caso que ya nuestros amores sean passados, las reliquias que en el alma me han quedado bastan para dessearte yo todo el contentamiento possible.

Cada palabra de estas para Diana era arrojalle una lança, que Dios sabe si quisiera ella más ir oyendo quejas que creyendo libertades. Y aunque respondía a todas las cosas que los pastores le dezían con un cierto descuido y se aprovechava de toda su discreción para no dalles a entender que le pesava de verlos tan libres, todavía se entendía muy bien el descontento que sus palabras le davan. Y hablando en estas y otras cosas, llegaron al aldea a tiempo que de todo punto el sol había escondido sus rayos. Y despidiéndose unos de otros se fueron a sus posadas.

Pues bolviendo a Arsileo, el cual, con grandíssimo contentamiento y desseo de ver su pastora, caminava hazia el bosque donde el templo de la diosa Diana estava, llegó junto a un arroyo que cerca del suntuoso templo por entre unos verdes alisos corría, a la sombra de los cuales se asentó, esperando que viniesse por allí alguna persona con quien hiziesse saber a Belisa de su venida, porque le parecía peligroso dalle algún sobresalto, teniéndolo ella por muerto. Por otra parte, el ardiente desseo que tenía de verla no le dava lugar a ningún reposo.

Estando el pastor consultando consigo mismo el consejo que tomaría, vio venir hazia sí una ninfa de admirable hermosura, con un arco en la mano y una aljava al cuello, mirando a una y a otra parte si vía alguna caça en que emplear una aguda saeta que en el arco traía puesta. Y quando vio al pastor se fue derecha a él; y él se levantó y le hizo el acatamiento que a tan hermosa ninfa devía hazerse. Y de la misma manera fue de ella recebido, porque esta era la hermosa Polidora, una de las tres que Felismena y los pastores libraron de poder de los salvages y muy aficionada a la pastora Belisa. Pues bolviéndose ambos a sentar sobre la verde yerva, Polidora le preguntó de qué tierra era y la causa de su venida. A lo cual Arsileo respondió:

-Hermosa ninfa, la tierra donde yo nascí me ha tratado de manera que parece que me hago agravio en llamarla mía, aunque por otra parte le devo más de lo que yo sabría encarescer; y para que yo te diga la causa que tuvo la Fortuna de traerme a este lugar, sería menester que primero me dixesses si eres de la compañía de la sabia Felicia, en cuya casa me dizen que está la hermosa pastora Belisa, causa de mi destierro y de toda la tristeza que la ausencia me ha hecho sufrir.

Polidora le respondió:

-De la compañía de la sabia Felicia soy, y la mayor amiga de essa pastora que has nombrado que ella en la vida puede tener. Y para que también me tengas en la misma posesión, si aprovechasse algo, aconsejarte hía que, siendo possible olvidalla, que lo hizieses, porque tan impossible es el remedio de tu mal como del que ella padesce, pues la dura tierra come ya aquel de quien con tanta razón lo esperaba.

Arsileo le respondió:

-¿Será por ventura esse que dizes que la tierra come su servidor Arsileo?

-Sí, por cierto -dixo Dórida-; esse mismo es el que ella quiso más que a sí y el que con más razón podemos llamar desdichado después de ti, pues tienes puesto el pensamiento en lugar donde el remedio es impossible, que, puesto caso que jamás fui enamorada, yo tengo por averiguado que no es tan grande mal la muerte como el que deve padecer la persona que ama a quien tiene la voluntad empleada en otra parte.

Arsileo le respondió:

-Bien creo, hermosa ninfa, que, según la constancia y bondad de Belisa, no será parte la muerte de Arsileo para que ella ponga el pensamiento en otra cosa; y que no habría [nadie] en el mundo que de su pensamiento le quitasse. Y en ser esto ansí consiste toda mi bienaventurança.

-¿Cómo, pastor -le dixo Polidora-, queriéndola tú de la manera que dizes, está tu felicidad en que ella tenga en otra parte tan firme el pensamiento? Essa es la más nueva manera de amor que yo hasta agora he oído.

Arsileo le respondió:

-Para que no te maravilles, hermosa ninfa, de mis palabras ni de la suerte del amor que a mi señora Belisa tengo, está un poco atenta y contar te he lo que tú jamás pensaste oír, aunque el principio de ello te deve haver contado essa tu amiga y señora de mi corazón.

Y luego le contó desde el principio de sus amores hasta el engaño de Alfeo con los encantamientos que hizo, y todo lo demás que de estos amores hasta entonces había sucedido, de la manera que atrás lo he contado, lo cual contava el pastor ahora con lágrimas, causadas de traer a la memoria sus desventuras passadas, ahora con suspiros que del alma le salían, imaginando lo que en aquellos passos su señora Belisa podía sentir. Y con las palabras y movimientos del rostro dava tan grande espíritu a lo que decía, que a la ninfa Polidora puso en grande admiración; mas cuando entendió que aquel era verdaderamente Arsileo, el contento que de esto recibió no se atrevía dallo a entender con palabras, ni aun le parecía que podría hazer más que sentillo. ¡Ved qué se podía

esperar de la desconsolada Belisa cuando lo supiese! Pues poniendo los ojos en Arsileo, no sin lágrimas de grandísimo contentamiento le dixo:

-Quisiera yo, Arsileo, tener tu discreción y claridad de ingenio para darte a entender lo que siento del alegre suceso que a mi Belisa le ha solicitado la Fortuna, porque de otra manera sería escusado pensar yo que tan baxo ingenio como el mío podría dallo a entender. Siempre yo tuve creído que en algún tiempo la tristeza de mi Belisa se había de bolver en grandísima alegría, porque su hermosura y discreción, juntamente con la grandísima fe que siempre te ha tenido, no merecía menos; mas, por otra parte, tuve temor que la Fortuna no tuviese cuenta con dalle lo que yo tanto le desseava, porque su condición es lo más de las vezes traer los sucessos muy al revés del deseo de los que quieren bien. ¡Dichoso te puedes llamar, Arsileo, pues mereciste ser querido en la vida de manera que en la muerte no pudieses ser olvidado! Y porque no se sufre dilatar mucho tan gran contentamiento a un corazón que tan necesitado de él está, dame licencia para que yo vaya a dar tan buenas nuevas a tu pastora como son las de tu vida y su desengaño; y no te vayas de este lugar hasta que yo vuelva con la persona que tú más desseas ver y con más razón te lo meresce.

Arsileo le respondió:

-Hermosa ninfa, de tan gran discreción y hermosura como la tuya no se puede esperar sino todo el contento del mundo. Y, pues tanto desseas dármele, haz en ello tu voluntad, que por ella me pienso regir, así en esto como en lo demás que sucediere.

Y, despidiéndose uno de otro, Polidora se partió a dar la nueva a Belisa, y Arsileo la quedó esperando a la sombra de aquellos alisos; el cual, por entretener el tiempo en algo, como suelen hazer las personas que esperan alguna cosa que gran contento les dé, sacó su rabel y comenzó a cantar de esta manera:

Ya dan buelta el Amor y la Fortuna,
y una esperanza muerta o desmayada
la esfuerça cada uno y la asegura.

Ya dexan infortunios la posada
de un corazón en fuego consumido,
y una alegría viene no pensada.

Ya quita el alma el luto y el sentido;
la posada apareja a la alegría,
poniendo en el pesar eterno olvido.

Cualquiera mal de aquellos que solía
passar quando reinava mi tormento
y en un fuego de ausencia me encendía,

a todos da Fortuna tal descuento,

que no fue tanto el mal del mal passado,
cuanto es el bien del bien que ahora siento.

Bolved, mi corazón, sobresaltado
de mil dessassosiegos, mil enojos;
sabad gozar siquiera un buen estado.

Dexad vuestro llorar, cansados ojos,
que presto gozaréis de ver aquella
por quien gozó el Amor de mis despojos.

Sentidos que buscáis mi clara estrella,
imbiendo acá y allá los pensamientos,
a ver lo que sentís delante de ella.

Afuera, soledad, y los tormentos
sentidos a su causa; y dexten de esto
mis fatigados miembros muy essentos.

¡Oh tiempo! No te pares, passa presto.
Fortuna, no le estorves su venida.
¡Ay Dios! ¿Que aún me quedó por passar esto?

Ven, mi pastora dulce, que la vida,
que tú pensaste que era ya acabada,
está para servirte apercebida.

¿No vienes, mi pastora desseada?
¡Ay Dios! ¡Si la ha topado o se ha perdido
en esta selva de árboles poblada!

¡O si esta ninfa que de aquí se ha ido,
quicá que se olvidó de ir a buscalla!
Mas no, tal voluntad no sufre olvido.

Tú sola eres, pastora, adonde halla
mi alma su descanso y su alegría.
¿Por qué no vienes presto a asseguralla?

¿No vees cómo se va passando el día?
Y, si se passa acaso sin yo verte,
yo bolveré al tormento que solía,
y tú de veras llorarás mi muerte.

Cuando Polidora se partió de Arsileo, no muy lexos de allí topó a la pastora Belisa, que,
en compañía de las dos ninfas Cintia y Dórica, se andavan recreando por el espesso

bosque; y, como ellas la viessen venir con grande priesa, no dexaron de alborotarse, paresciéndoles que venía huyendo de alguna cosa de que ellas también les cumpliesse huir. Ya que hubo llegado un poco más cerca, la alegría que en su hermoso rostro vieron las asseguró; y, llegando a ellas, se fue derecho a la pastora Belisa, y, abraçándola con grandísimo gozo y contentamiento, le dixo:

-Este abraço, hermosa pastora, si vos supiéssedes de qué parte viene, con mayor contento le recibiríades del que agora tenéis.

Belisa le respondió:

-De ninguna parte, hermosa ninfa, él puede venir que yo en tanto le tenga como es de la vuestra, que la parte de que yo lo pudiera tener en más, ya no es en el mundo; ni aun yo devría querer bivar, faltándome todo el contento que la vida me podía dar.

-Essa vida espero yo en Dios -dixo Polidora- que vos de aquí adelante ternéis con más alegría de la que podéis pensar; y sentémonos a la sombra de este verde aliso, que grandes cosas traigo que deziros.

Belisa y las ninfas se asentaron, tomando en medio a Polidora, la cual dixo a Belisa:

-Dime, hermosa pastora, ¿tienes tú por cierta la muerte de Arsenio y Arsileo?

Belisa le respondió, sin poder tener las lágrimas:

-Téngola por tan cierta como quien con sus mismos ojos vio al uno atravesado con una saeta, y al otro matarse con su misma espada.

-¿Y qué dirías -dixo Polidora- a quien te dixesse que esos dos que tú viste muertos son bivos y sanos como tú lo eres?

-Respondería yo a quien esso me dixesse -dixo Belisa- que tenía desseo de renovar mis lágrimas trayéndomelos a la memoria, o que gustava de burlarse de mis trabajos.

-Bien segura estoy -dixo Polidora- que tú esso pienses de mí, pues sabes que me han dolido más que a ninguna persona que tú los hayas contado. Mas dime: ¿quién es un pastor de tu tierra que se llama Alfeo?

Belisa respondió:

-El mayor hechizero y encantador que hay en nuestra Europa; y aun algún tiempo se preciava él de servirme. Es hombre, hermosa ninfa, que todo su trato y conversación es con los demonios, a los cuales él haze tomar la forma que quiere, de tal manera que muchas vezes pensáis que con una persona a quien conoscéis estáis hablando, y vos habláis con el demonio, a quien él haze tomar aquella figura.

-Pues has de saber, hermosa pastora -dixo Polidora-, que esse mismo Alfeo con sus hechizerías ha dado causa al engaño en que hasta agora has bivido y a las infinitas lágrimas que por esta causa has llorado. Porque sabiendo él que Arsileo te havía de hablar aquella noche que entre vosotros estava concertado, hizo que dos espíritus tomassen las figuras de Arsileo y su padre; y, queriéndote Arsileo hablar, passase delante de ti lo que viste, porque paresciéndote que eran muertos, desesperasses o a lo menos hiziesses lo que heziste.

Cuando Belisa oyó lo que la hermosa Polidora le havía dicho, quedó tan fuera de sí que por un rato no supo respondelle, pero bolviendo en sí le dixo:

-Grandes cosas, hermosa ninfa, me has contado, si mi tristeza no me estorvasse creellas. Por lo que dizes que me quieres, te suplico que me digas de quién has sabido que los dos que yo vi delante de mis ojos muertos no eran Arsenio y Arsileo.

-¿De quién? -dixo Polidora-. Del mismo Arsileo.

-¿Cómo Arsileo? -respondió Belisa-. ¿Que es posible que el mi Arsileo está bivo y en parte que te lo pudiesse contar?

-Yo te diré cuán possible es -dixo Polidora-, que si vienes conmigo antes que lleguemos a aquellas tres hayas que delante de los ojos tienes, te lo mostraré.

-¡Ay Dios! -dixo Belisa-. ¿Qué es esto que oyo? ¿Que es verdad que está allí todo mi bien? Pues ¿qué hazes, hermosa ninfa, que no me llevas a verle? No cumples con el amor que dizes que siempre me has tenido.

Esto dezía la hermosa pastora con una mal segura alegría y con una dudosa esperanza de lo que tanto desseava; mas levantándose Polidora y tomándola por la mano, juntamente con las ninfas Cintia y Dórida, que de plazer no cabían en ver el buen sucesso de Belisa, se fueron hazia el arroyo donde Arsileo estava.

Y antes que allá llegassen, un templado aire que de la parte de donde estava Arsileo venía, les hirió con la dulce boz del enamorado pastor en los oídos, el cual, aun a este tiempo, no havía dexado la música, mas antes comenzó de nuevo a cantar este mote antiguo con la glosa que él mismo allí a su propósito hizo:

Ven, ventura; ven y tura.

Glosa

¡Qué tiempos, qué movimientos,
qué caminos tan estraños,
qué engaños, qué desengaños,
qué grandes contentamientos

nascieron de tantos daños!

Todo lo sufre una fe
y un buen amor lo asegura;
y pues que mi desventura
ya de enfadada se fue,
ven, ventura; ven y tura

Sueles, ventura, moverte
con ligero movimiento,
y si en darme este contento,
no imaginas tener suerte,
más me vale mi tormento.

Que si te vas, al partir
falta el seso y la cordura;
mas si para estar segura
te determinas venir,
ven, ventura; ven y tura.

Si es en vano mi venida,
si acaso bivo engañado,
que todo teme un cuitado,
¿no fuera perder la vida
consejo más acertado?

¡Oh temor! Eres extraño;
siempre el mal se te figura.
Mas ya que en tal hermosura
no puede caber engaño,
ven, ventura; ven y tura.

Cuando Belisa oyó la música del su Arsileo, tan gran alegría llegó a su corazón que sería imposible sabello dezir. Y acabando de todo punto de dexar la tristeza que el alma le tenía ocupada, de adonde procedía su hermoso rostro no mostrar aquella hermosura de que la naturaleza tanta parte le había dado, ni aquel aire y gracia, causa principal de los sospiros del su Arsileo, dixo con una tan nueva gracia y hermosura que las ninfas dexó admiradas:

-¡Esta, sin duda, es la boz del mi Arsileo! Si es verdad que no me engaño en llamarle mío...

Cuando el pastor vio delante de sus ojos la causa de todos sus males passados, fue tan grande el contentamiento que recibió, que los sentidos, no siendo parte para comprehendelle en aquel punto, se le turbaron, de manera que por entonces no pudo hablar.

Las ninfas, sintiendo lo que en Arsileo había causado la vista de la pastora, se llegaron a él a tiempo que, suspendiendo el pastor por un poco lo que el contentamiento presente le causava, con muchas lágrimas decía:

-¡Oh pastora Belisa! ¿Con qué palabras podré yo encarescer la satisfacción que la Fortuna me ha hecho de tantos y tan desusados trabajos como a causa tuya he pasado? ¿O quién me dará un corazón nuevo y no tan hecho a pesares como el mío para recibir un gozo tan estremado como el que tu vista me causa? ¡Oh Fortuna! Ni yo tengo más que te pedir, ni tú tienes más que darme. Sola una cosa te pido, ya que tienes por costumbre no dar a nadie ningún contento estremado sin darte algún disgusto en cuenta de él: que on pequeña tristeza y de cosa que duela poco me sea templada la gran fuerza de la alegría que en este día me diste. ¡Oh hermosas ninfas! ¿En cuyo poder había de estar tan gran tesoro sino en el vuestro? ¿O adónde pudiera él estar mejor empleado? Alégrense vuestros corazones con el gran contentamiento que el mío rescibe, que si algún tiempo quesistes bien, no os parecerá demasiado. ¡Oh hermosa pastora! ¿Por qué no me hablas? ¿Hate pesado por ventura de ver al tu Arsileo? ¿Ha turbado tu lengua el pesar de havello visto o el contentamiento de velle? Respóndeme, porque no sufre lo que te quiero estar yo dudoso de cosa tuya.

La pastora entonces le respondió:

-Muy poco sería el contento de verte, ¡oh Arsileo!, si yo con palabras pudiesse dezillo; conténtate con saber el extremo en que tu fingida muerte me puso, y por él verás la gran alegría en que tu vida me pone.

Y viniéndole a la pastora al postrero punto de estas palabras las lágrimas a los ojos, calló lo más que dezir quisiera; a las cuales las ninfas, enternescidas de las blandas palabras que los dos amantes se dezían, les ayudaron.

Y, porque la noche se les acercava, se fueron todos juntos hazia la casa de Felicia, contándose uno a otro lo que hasta allí habían pasado. Y Belisa preguntó a Arsileo por su padre, Arsenio; y él respondió que, en sabiendo que ella era desaparecida, se había recogido en una heredad suya que está en el camino, a do bivía con toda la quietud possible por haver puesto todas las cosas del mundo en olvido, de que Belisa en extremo se holgó.

Y assí llegaron en casa de la sabia Felicia, donde fueron muy bien rescebidos. Y Belisa le besó muchas vezes las manos, diziendo que ella había sido causa de su buen sucesso; y lo mismo hizo Arsileo, a quien Felicia mostró gran voluntad de hazer siempre por él lo que en ella fuesse.

FIN del quinto libro de la «Diana»

LIBRO SEXTO

Después que Arsileo se partió, quedó Felismena con Amarílida, la pastora que con él estaba, pidiéndose una a otra cuenta de sus vidas, cosa muy natural de las que en semejantes partes se hallan; y estando Felismena contando a la pastora la causa de su venida, llegó a la choça un pastor de muy gentil disposición y arte, aunque la tristeza parecía que le traía encubierta gran parte de ella. Cuando Amarílida le vio, con la mayor presteza que pudo se levantó para irse, mas Felismena le travó de la saya, sospechando lo que podía ser, y le dixo:

-No sería justo, hermosa pastora, que esse agravio recibiesse de ti quien tanto desseo tiene de servirte como yo.

Mas como ella porfiasse de irse de allí, el pastor con muchas lágrimas dezía:

-Amarílida, no quiero que, teniendo respeto a lo que me hazes sufrir, te duelas de este desventurado pastor, sino que tengas cuenta con tu gran valor y hermosura y con que no hay cosa en la vida que peor esté a una pastora de tu cualidad que tratar mal a quien tanto le quiere. Mira, Amarílida mía, estos cansados ojos que tantas lágrimas han derramado y verás la razón que los tuyos tienen de no mostrarse airados contra este sin ventura pastor. ¡Ay, que me huyes por no ver la razón que tienes de aguardarme! Espera, Amarílida, óyeme lo que te digo, y siquiera no me respondas. ¿Qué te cuesta oír a quien tanto le ha costado verte?

Y, bolviéndose a Felismena, con muchas lágrimas le pedía que no le dexasse ir; la cual importunava con muy blandas palabras a la pastora que no tratasse tan mal a quien mostrava quererle más que a sí y que le escuchasse lo que quería dezille, pues que en escuchalle aventurábase tan poco. Mas Amarílida respondió:

-Hermosa pastora, no me mandéis oír a quien da más crédito a sus pensamientos que a mis palabras. Cata que este que delante ti está es uno de los [más] desconfiados pastores que se sabe y de los que mayor trabajo dan a las pastoras que quieren bien.

Filemón dixo contra Felismena:

-Yo quiero, hermosa pastora, que seas el juez entre mí y Amarílida. Y si yo tengo culpa del enojo que conmigo tiene, quiero perder la vida; y si ella la tuviere, no quiero otra cosa sino que conozca lo que me deve.

-De perder tú la vida -dixo Amarílida- yo estoy bien segura, porque ni a ti te quieres tanto mal que lo hagas, ni a mí tanto bien que por mi causa te pongas en essa aventura. Mas yo quiero que esta hermosa pastora juzgue, vista mi razón y la tuya, cuál es más digno de culpa entre los dos.

-Sea así -dixo Felismena-; y sentémonos al pie de esta verde haya, junto al prado florido que delante los ojos tenemos, porque quiero ver la razón que cada uno tiene de quejarse del otro.

Después que todos se hubieron sentado sobre la verde yerva, Filemón comenzó a hablar de esta manera:

-Hermosa pastora, confiado estoy que si acaso has sido tocada de amores, conocerás la poca razón que Amarílida tiene de quejarse de mí y de sentir tan mal de la fe que le tengo, que venga a imaginar lo que nadie de su pastor imaginó. Has de saber, hermosa pastora, que cuando yo nascí (y aun ante mucho que nasciese), los hados me destinaron para que amase a esta hermosa pastora que delante mis tristes y tus hermosos ojos está; y a esta causa he respondido con el efecto de tal manera que no creo que hay amor como el mío, ni ingratitud como la suya. Sucedió, pues, que, sirviéndola desde mi niñez lo mejor que yo he sabido, habrá como cinco o seis meses que mi desventura aportó por aquí a un pastor llamado Arsileo, el cual buscava una pastora que se llama Belisa, que por cierto mal suceso anda por estos bosques desterrada. Y como fuese tanta su tristeza, sucedió que esta cruel pastora que aquí vees, o por manzilla que tuvo de él, o por la poca que tiene de mí, o por lo que ella se sabe, jamás la he podido apartar de su compañía. Y si acaso le hablava en ello, parecía que me quería matar, porque aquellos ojos que allí veis no causan menos espanto cuando miran, estando airados, que alegría cuando están serenos. Pues como yo estuviesse tan ocupado el corazón de grandísimo amor; el alma, de una afición jamás oída; el entendimiento, de los mayores celos que nunca nadie tuvo, quejávame a Arsileo con sospiros y a la tierra con amargo llanto, mostrando la sinrazón que Amarílida me hacía. Hale causado tan grande aborrescimiento haver yo imaginado cosa contra su honestidad, que por vengarse de mí ha perseverado en ello hasta agora; y no tan solamente haze esto, mas, en viéndome delante sus ojos, se va huyendo como la medrosa cierva de los hambrientos lebreles. Ansí que, por lo que debes a ti misma, te pido que juzgues si es bastante la causa que tiene de aborrescerme, y si mi culpa es tan grave que merezca por ella ser aborrecido.

Acabado Filemón de dar cuenta de su mal y de la sinrazón que su Amarílida le hacía, la pastora Amarílida comenzó a hablar de esta manera:

-Hermosa pastora, haverme Filemón, que ahí está, querido bien, o, a lo menos, haverlo mostrado, sus servicios han sido tales que me sería mal contado dezir otra cosa; pero si yo también he desechado por causa suya el servicio de otros muchos pastores que por estos valles repastan sus ganados y zagales, a quien naturaleza no ha dotado de menos gracia que a otros, él mismo puede dezillo, porque las muchas veces que yo he sido recuestada y las que he tenido la firmeza que a su fe devía, no creo que ha sido muy leños de su presencia. Mas no había de ser esto parte para que él tuviesse tan en poco que imaginasse de mí cosa contra lo que a mí misma soy obligada, porque si es ansí, y él lo sabe, que a muchos que por mí se perdían yo he desechado por amor de él, ¿cómo había yo de desear a él por otro? O pensava en ál o en mis amores. Cien mil vezes me ha Filemón acechado, no perdiendo pisada de las que el pastor Arsileo y yo dávamos por este hermoso valle, mas él mismo diga si algún día oyó que Arsileo me dicesse cosa que

supiese a amores o si yo le respondía alguna que lo pareciesse. ¿Qué día me vio hablar Filemón con Arsileo que entendiese de mis palabras otra cosa que consolalle de tan grave mal como padecía? Pues si esto había de ser causa que sospechase mal de su pastora, ¿quién mejor puede juzgarlo que él mismo? Mira, hermosa [pastora], cuán entregado estava a sospechas falsas y dudosas imaginaciones, que jamás mis palabras pudieron satisfazelle ni acabar con él que dexasse de ausentarse de este valle, pensando él que con ausencia daría fin a mis días; y engañóse, porque antes me parece que lo dio al contentamiento de los suyos. Y lo bueno es que aun no se contentava Filemón de tener celos de mí, que tan libre estava, como tú, hermosa pastora, havrás entendido, mas aun lo publicava en todas las fiestas, bailes, luchas que entre los pastores de esta sierra se hazían; y esto ya tú conoces si venía en mayor daño de mi honra que de su contentamiento. En fin, él se ausentó de mi presencia; y, pues tomó por medicina de su mal cosa que más se lo ha acrescentado, no me culpe si me he sabido mejor aprovechar del remedio de lo que él ha sabido tomalle. Y pues tú, hermosa pastora, has visto el contentamiento que yo recibí en que dixesses al desconsolado Arsileo nuevas de su pastora, y que yo misma fui la que le importuné que luego fuesse a buscalla, claro está que no podía haver entre los dos cosa de que pudiésemos ser tan mal juzgados como este pastor inconsideradamente nos ha juzgado. Assí que esta es la causa de yo me haver resfriado del amor que a Filemón tenía y de no me querer más poner a peligro de sus falsas sospechas, pues me ha traído mi buena dicha a tiempo que, sin forçarme a mí misma, pudiesse muy bien hazello.

Después que Amarílida hubo mostrado la poca razón que el pastor había tenido de dar crédito a sus imaginaciones y la libertad en que el tiempo le había puesto, cosa muy natural de coraçones essentos, el pastor le respondió de esta manera:

-No niego yo, Amarílida, que tu bondad y discreción no basta para desculparte de cualquiera sospecha, mas ¿quieres tú, por ventura, hazer novedades en amores y ser inventora de otros nuevos efectos de los que hasta agora havemos visto? ¿Cuándo quiso bien un amador que cualquiera ocasión de celos, por pequeña que fuesse, no le atormentasse el alma, cuanto más siendo tan grande como la que tú con la larga conversación y amistad de Arsileo me has dado? ¿Piensas tú, Amarílida, que para los celos son menester certidumbres? Pues engañaste, que las sospechas son las principales causas de tenellos. Creer yo que querías bien a Arsileo por vía de amores no era mucho; pues el publicallo yo tampoco era de manera que tú honra quedase ofendida, cuanto más que la fuerça de amor era tan grande que me hazía publicar el mal de que me temía. Y puesto caso que tu bondad me asegurase quando a hurto de mis sospechas la considerava, todavía tenía temor de lo que me podía suceder si la conversación iba delante. Quanto a lo que dizes que yo me ausenté, no lo hize por darte pena, sino por ver si en la mía podría haver algún remedio no viendo delante mis ojos a quien tan grande me la dava; y también porque mis importunidades no te la causassen. Pues si en buscar remedio para tan grave mal, fui contra lo que te devía, ¿qué más pena que la que tu ausencia me hizo sentir? ¿O qué más muestra de amor que no ser ella causa de olvidarte? ¿Y qué mayor señal del poco que conmigo tenías que havelle tú perdido de todo punto con mi ausencia? Si dizes que jamás quisiste bien a Arsileo, aun esso me da a mí mayor causa de quexarme, pues por cosa en que tan poco te iba, dexavas a quien tanto te desseava servir. Assí que tanto

mayor quexa tengo de ti, cuanto menos fue el amor que a Arsileo has tenido. Estas son, Amarílida, las razones (y otras muchas que no digo) que en mi favor puedo traer; las cuales no quiero que me valgan, pues en caso de amores suelen valer tan poco. Solamente te pido que tu clemencia y la fe que siempre te he tenido estén, pastora, de mi parte, porque, si esta me falta, ni en mis males podrá haver fin ni medio en tu condición.

Y con esto el pastor dio fin a sus palabras y principio a tantas lágrimas que bastaron, juntamente con los ruegos y sentencia que en este caso Felismena dio, para que el duro corazón de Amarílida se ablandase y el enamorado pastor volviese en gracia de su pastora; de lo cual quedó tan contento como nunca jamás lo estuvo, y aun Amarílida no poco gozosa de haver mostrado cuán engañado estava Filemón en las sospechas que de ella tenía.

Y después de haver passado allí aquel día con muy gran contentamiento de los dos confederados amadores y con mayor desassosiego de la hermosa Felismena, ella otro día por la mañana se partió de ellos, después de muy grandes abrazos y prometimientos de procurar siempre la una de saber del buen suceso de la otra.

Pues Sireno, muy libre del amor, Selvagia y Silvano, muy más enamorados que nunca, la hermosa Diana, muy descontenta del triste suceso de su camino, passavan la vida apascentando su ganado por la ribera del caudaloso Ezla, adonde muchas veces, topándose unos a otros, hablaban en lo que mayor contento les dava.

Y estando un día la discreta Selvagia con el su Silvano junto a la fuente de los alisos, llegó acaso la pastora Diana, que venía en busca de un cordero que de la manada se le havía huido, el cual Silvano tenía atado a un mirto, porque, cuando allí llegaron, le halló beviendo en la clara fuente y por la marca conoció ser de la hermosa Diana. Pues siendo, como digo, llegada y rescebida de los dos nuevos amantes con gran cortesía, se asentó entre la verde yerva, arrimada a uno de los alisos que la fuente rodeavan; y después de haver hablado en muchas cosas, le dixo Silvano:

-¿Cómo, hermosa Diana, no nos preguntas por Sireno?

Diana entonces les respondió:

-Como no querría tratar de cosas passadas por lo mucho que me fatigan las presentes...; tiempo fue que preguntar yo por él le diera más contento (y aun a mí el hablalle) de lo que a ninguno de los dos nos dará. Mas el tiempo cura infinitas cosas que a la persona le parescen sin remedio; y si esto assí no entendiesse, ya no havría Diana en el mundo según los desgustos y pesadumbres que cada día se me ofrescen.

-No querrá Dios tanto mal al mundo -respondió Selvagia- que le quite tan grande hermosura como la tuya.

-Essa no le faltará en cuanto tú bivieres -dixo Diana-; y adonde está tu gracia y gentileza muy poco se perdería en mí; si no, míralo por el tu Silvano, que jamás pensé yo que él me olvidara por otra pastora alguna, y, en fin, me ha dado de mano por amor de ti.

Esto dezía Diana con una risa muy graciosa, aunque no se reía de estas cosas tanto ni tan de gana como ellos pensavan, que, puesto caso que ella huviesse querido a Sireno más que a su vida, y a Silvano le huviesse aborrescido, más le pesava del olvido de Silvano, por ser a causa de otra, de cuya vista estava cada día gozando con gran contentamiento de sus amores, que del olvido de Sireno, a quien no movía ningún pensamiento nuevo.

Cuando Silvano oyó lo que Diana había dicho, le respondió:

-Olvidarte yo, Diana, sería escusado, porque no es tu hermosura y valor de los que olvidar se pueden. Verdad es que yo soy de la mi Selvagia, porque, demás de haver en ella muchas partes que hazello me obligan, no tuvo en menos su suerte por ser amada de aquel a quien tú en tan poco tuviste.

-Dexemos esso -dixo Diana-, que tú estás muy bien empleado, y yo no lo miré bien en no quererte como tu amor me lo merescía. Si algún contento en algún tiempo desseaste darme, ruégote todo cuanto puedo que tú y la hermosa Selvagia cantéis alguna canción por entretener la siesta, que me parece que comienza de manera que será forçado passalla debaxo de estos alisos, gustando del ruido de la clara fuente, el cual no ayudará poco a la suavidad de vuestro canto.

No se hizieron de rogar los nuevos amadores, aunque la hermosa Selvagia no gustó mucho de la plática que Diana con Silvano había tenido, mas porque en la canción pensó satisfacerse, al son de la çampoña que Diana tañía, començaron los dos a cantar de esta manera:

SELVAGIA -Zagal, alegre te veo;
y tu fe, firme y segura.

SILVANO -Cortóme Amor la ventura
a medida del desseo.

SELVAGIA -¿Qué desseaste alcançar
que tal contento te diesse?

SILVANO -Querer a quien me quisiesse,
que no hay más que dessear.

SELVAGIA -Essa gloria en que te veo,
¿tiénesla por muy segura?

SILVANO -No me la ha dado ventura
para burlar al desseo.

SELVAGIA -Si yo no estuviesse firme,
¿morirías sospirando?

SILVANO -De oíllo dezir burlando,
estoy ya para morirme.

SELVAGIA -¿Mudar te hías, aunque es feo,
viendo mayor hermosura?

SILVANO -No, porque sería locura
pedirme más el desseo.

SELVAGIA -¿Tíenesme tan grande amor
como en tus palabras siento?

SILVANO -Esso a tu merescimiento
lo preguntarás mejor.

SELVAGIA -Algunas vezes lo creo
y otras no estoy muy segura.

SILVANO -Solo en esso la ventura
haze ofensa a mi desseo.

SELVAGIA -Finge que de otra zagala
te enamoras más hermosa.

SILVANO -No me mandes hazer cosa
que aun para fingida es mala.

SELVAGIA -Muy más firmeza te veo
pastor, que a mí hermosura.

SILVANO -Y a mí muy mayor ventura
que jamás cupo en desseo.

A este tiempo baxava Sireno del aldea a la fuente de los alisos con grandíssimo desseo de topar a Selvagia o a Silvano, porque ninguna cosa por entonces le dava más contento que la conversación de los dos nuevos enamorados. Y passando por la memoria los amores de Diana, no dexava de causalle soledad el tiempo que la havía querido, no porque entonces le diesse pena su amor, mas porque en todo tiempo la memoria de un buen estado causa soledad al que le ha perdido.

Y antes que llegase a la fuente en medio del verde prado, que de mirtos y laureles rodeado estava, halló las ovejas de Diana, que solas por entre los árboles andavan pasciendo so el amparo de los brabos mastines. Y como el pastor se parase a mirallas imaginando el tiempo en que le havían dado más en que entender que las suyas propias, los mastines con gran furia se vinieron a él, mas como llegassen y de ellos fuesse conocido, meneando las colas y baxando los pescueços, que de agudas puntas de azero estavan rodeados, se le echaron a los pies; y otros se empinavan con el mayor regozijo del mundo. Pues las ovejas no menos sentimiento hizieron, porque la borrega mayor con su rústico cencerro se vino al pastor, y todas las otras, guiadas por ella o por el conocimiento de Sireno, le cercaron alrededor, cosa que él no pudo ver sin lágrimas, acordándosele que, en compañía de la hermosa pastora Diana, havía repastado aquel rebaño. Y viendo que en los animales sobrava el conocimiento que en su señora havía faltado, cosa fue esta que, si la fuerça del agua que la sabia Felicia le havía dado no le hubiera hecho olvidar los amores, quizá no hubiera cosa en el mundo que le estorvara bolver a ellos. Mas viéndose cercado de las ovejas de Diana y de los pensamientos que la memoria de ella ante los ojos le ponía, comenzó a cantar esta canción al son de su loçano rabel:

Passados contentamientos,
¿qué queréis?
Dexadme, no me canséis.

Memoria, ¿queréis oírme?
Los días, las noches buenas

paguélos con las setenas.
No tenéis más que pedirme.
Todo se acabó en partirme,
como veis.
Dexadme, no me canséis.

Campo verde, valle umbroso,
donde algún tiempo gozé,
ved lo que después passé,
y dexadme en mi reposo.
Si estoy con razón medroso,
ya lo veis.
Dexadme, no me canséis.

Vi mudado un corazón,
cansado de asegurarme;
fue forçado aprovecharme
del tiempo y de la ocasión.
Memoria, do no hay pasión
¿qué queréis?
Dexadme, no me canséis.

Corderos y ovejas mías,
pues algún tiempo lo fuistes,
las horas ledas o tristes
passáronse con los días.
No hagáis las alegrías
que soléis,
pues ya no me engañaréis.

Si venís por me turbar,
no hay pasión ni habrá turbarme;
si venís por consolarme,
ya no hay mal que consolar;
si venís por me matar,
bien podéis.
Matadme, y acabaréis.

Después que Sireno hubo cantado, en la voz fue conocido de la hermosa Diana y de los dos enamorados Selvagia y Silvano; ellos le dieron voces diziendo que si pensava passar la siesta en el campo, que allí estaba la saborosa fuente de los alisos y la hermosa pastora Diana, que no sería mal entretenimiento para passalla. Sireno le[s] respondió que por fuerza havía de esperar todo el día en el campo, hasta que fuesse hora de bolver con el ganado a su aldea. Y viniéndose adonde el pastor y pastoras estaban, se sentaron en torno de la clara fuente, como otras vezes solían.

Diana, cuya vida era tan triste cual puede imaginar quien viesse una pastora, la más hermosa y discreta que entonces se sabía, tan fuera de su gusto casada, siempre andava buscando entretenimientos para passar la vida hurtando el cuerpo a sus imaginaciones; pues estando los dos pastores hablando en algunas cosas tocantes al pasto de los ganados y al aprovechamiento de ellos, Diana les rompió el hilo de su plática diziendo contra Silvano:

-Buena cosa es, pastor, que, estando delante de la hermosa Selvagia, trates de otra cosa sino de encarescer su hermosura y el gran amor que te tiene. Dexa el campo y los corderos, los malos o buenos sucessos del tiempo y Fortuna, y goza, pastor, de la buena que has tenido en ser amado de tan hermosa pastora, que, adonde el contentamiento del espíritu es razón que sea tan grande, poco al caso hazen los bienes de la Fortuna.

Silvano entonces le respondió:

-Lo mucho que yo, Diana, te devo, nadie lo sabría encarescer como ello es, sino quien huviesse entendido la razón que tengo de conocer esta deuda, pues no tan solo me enseñaste a querer bien, mas aun agora me guías y muestras a usar del contentamiento que mis amores me dan. Infinita es la razón que tienes de mandarme que no trate de otra cosa, estando mi señora delante, sino del contento que su vista me causa; y assí prometo de hazello en cuanto el alma no se despidiere de estos cansados miembros. Mas de una cosa estoy espantado, y es de ver cómo el tu Sireno buelve a otra parte los ojos; cuando hablas, parece que no le agradan tus palabras ni se satisfaze de lo que respondes.

-No le pongas culpa -dixo Diana-, que hombres descuidados y enemigos de lo que a sí mismos deven, esso y más harán.

-¿Enemigo de lo que a mí mismo devo? -respondió Sireno-. Si yo jamás lo fui, la muerte me dé la pena de mi yerro. ¡Buena manera es essa de desculparte!

-¿Desculparme yo, Sireno? - dixo Diana-. Si la primera culpa contra ti no tengo por cometer, jamás me vea con más contento que el que agora tengo. ¡Bueno es que me pongas tú culpa por haverme casado teniendo padres...!

-Más bueno es -dixo Sireno- que te casasses teniendo amor.

-¿Y qué parte -dixo Diana- era el amor, adonde estava la obediencia que a los padres se devía?

-¿Mas qué parte -respondió Sireno- eran los padres, la obediencia, los tiempos ni los malos o favorables sucessos de la Fortuna para sobrepujar un amor tan verdadero como antes de mi partida me mostraste? Ah, Diana, Diana, que nunca yo pensé que huviera cosa en la vida que una fe tan grande pudiera quebrar; cuanto más, Diana, que bien te pudieras casar y no olvidar a quien tanto te quería. Mas, mirándolo desapassionadamente, muy mejor fue para mí, ya que te casavas, el olvidarme.

-¿Por qué razón? -dixo Diana.

-Porque no hay -respondió Sireno- peor estado que es querer un pastor a una pastora casada, ni cosa que más haga perder el seso al que verdadero amor le tiene. Y la razón de ello es que, como todos sabemos, la principal pasión que a un amador atormenta, después del desseo de su dama, son los celos. Pues ¿qué te parece que será para un desdichado que quiere bien saber que su pastora está en brazos de su velado y él, llorando en la calle su desventura? Y no para aquí el trabajo, mas en ser un mal que no os podéis quejar de él, porque, en la hora que os quejáredes, os ternán por loco o desatinado, cosa la más contraria al descanso que puede ser, que ya cuando los celos son de otro pastor que la sirva, en quejar de los favores que le haze y en oír disculpas, passáis la vida. Mas este otro mal es de manera que en un punto la perderéis, si no tenéis cuenta con vuestro desseo.

Diana entonces respondió:

-Dexa essas razones, Sireno, que ninguna necesidad tienes de querer ni ser querido.

-A trueque de no tenella de querer -dixo Sireno-, me alegro en no tenella de ser querido.

-Estraña libertad es la tuya -dixo Diana.

-Más lo fue tu olvido -respondió Sireno-, si miras bien en las palabras que a la partida me dexiste. Mas, como dizes, dexemos de hablar en cosas passadas y agradezcamos al tiempo y a la sabia Felicia las presentes. Y tú, Silvano, toma tu flauta y templemos mi rabel con ella y cantaremos algunos versos, aunque corazón tan libre como el mío ¿qué podrá cantar que dé contento a quien no le tiene?

-Para esso yo te daré buen remedio -dixo Silvano-. Hagamos cuenta que estamos los dos de la manera que esta pastora nos traía al tiempo que por este prado esparzíamos nuestras quejas.

A todos pareció bien lo que Silvano dezía, aunque Selvagia no estava muy bien en ello, mas por no dar a entender celos donde tan gran amor conocía, calló por entonces; y los pastores comenzaron a cantar de esta manera:

SILVANO

Si lágrimas no pueden ablandarte,
cruel pastora, ¿qué hará mi canto,
pues nunca cosa mía vi agradarte?

¿Qué corazón habrá que sufra tanto
que vengas a tomar en burla y risa
un mal que al mundo admira y causa espanto?

¡Ay, ciego entendimiento! Que te avisa
amor, el tiempo y tantos desengaños;
y siempre el pensamiento, de una guisa.

¡Ah, pastora cruel! ¿En tantos daños,
en tantas cuitas, tantas sinrazones
me quieres ver gastar mis tristes años?

¿De un corazón que es tuyo así dispones?
Un alma que te di, ¿así la tratas
que sea el menor mal sufrir passiones?

SIRENO

Un ñudo ataste, amor, que no desatas;
es ciego, y ciego tú, y yo más ciego,
y ciega aquella por quien tú me matas.

Ni yo me vi perder vida y sosiego,
ni ella vee que muero a causa suya,
ni tú que esté abrasado en bivo fuego.

¿Qué quieres, crudo amor? ¿Que me destruya
Diana con ausencia? Pues concluye
con que la vida y suerte se concluya.

El alegría tarda, el tiempo huye;
muere esperanza, bive el pensamiento;
amor lo abrevia, alarga y lo destruye.

Vergüença me es hablar en un tormento
que, aunque me aflija, canse y duela tanto,
ya no podría sin él bivar contento.

SILVANO

¡Oh alma, no dexéis el triste llanto,
y vos, cansados ojos,
no os canse derramar lágrimas tristes!
Llorad, pues ver supistes
la causa principal de mis enojos.

SIRENO

La causa principal de mis enojos,
cruel pastora mía,
algún tiempo lo fue de mi contento.
¡Ay, triste pensamiento,
cuán poco tiempo tura una alegría!

SILVANO

¡Cuán poco tiempo tura una alegría,
y aquella dulce risa con que
Fortuna acaso os ha mirado!
Todo es bien empleado
en quien avisa el tiempo y no se avisa.

SIRENO

En quien avisa el tiempo y no se avisa
haze el Amor su hecho,
mas ¿quién podrá en sus casos avisarse
o quién desengañarse?
¡Ay pastora cruel, ay duro pecho!

SILVANO

Ay pastora cruel, ay duro pecho,
cuya dureza estraña
no es menos que la gracia y hermosura,
y que mi desventura,
¡cuán a mi costa el mal me desengaña!

SILVANO

Pastora mía, más blanca y colorada
que ambas rosas por abril cogidas,

y más resplandesciente
que el sol que de oriente
por la mañana assoma a tu majada,
¿cómo podré bivar, si tú me olvidas?
No seas, mi pastora, rigurosa,
que no está bien crueldad a una hermosa.

SIRENO

Diana mía, más resplandesciente
que esmeralda y diamante a la vislumbre,
cuyos hermosos ojos
son fin de mis enojos,
si a dicha los rebuelves mansamente;
así con tu ganado llegues a la cumbre
de mi majada, gordo y mejorado,
que no trates tan mal a un desdichado.

SILVANO

Pastora mía, cuando tus cabellos
a los rayos del sol estás peinando,
¿no ves que lo escuresces
y a mí me ensobervescas,
que desde acá me estoy mirando en ellos,
perdiendo ora esperanza, ora ganando?
Así gozes, pastora, esa hermosura,
que des un medio en tanta desventura.

SIRENO

Diana, cuyo nombre en esta sierra
los fieros animales trae domados,
y cuya hermosura
sojuzga a la ventura,
y al crudo Amor no teme y haze guerra
sin temor de ocasiones, tiempo, hados:
así gozes tu hato y tu majada
que de mi mal no bivas descuidada.

SILVANO

La siesta, mi Sireno, es ya pasada:
los pastores se van a su manida

y la cigarra calla de cansada.

No tardará la noche, que escondida
está, mientras que Febo en nuestro cielo
su lumbre acá y allá trae esparzida.

Pues antes que tendida por el suelo
veas la oscura sombra y que, cantando
de encima de este aliso, esté el mochuelo,

nuestro ganado vamos allegando
y todo junto allí lo llevaremos
a do Diana nos está esperando.

SIRENO

Silvano mío, un poco aquí esperemos,
pues aun del todo el sol no es acabado,
y todo el día por nuestro le tenemos.

Tiempo hay para nosotros y el ganado;
tiempo hay para llevarle al claro río,
pues hoy ha de dormir por este prado;
y aquí cesse, pastor, el cantar mío.

En cuanto los pastores esto cantaban, estaba la pastora Diana con el hermoso rostro sobre la mano, cuya manga, cayéndose un poco, descubría la blancura de un brazo que a la de la nieve escurecía; tenía los ojos inclinados al suelo, derramando por ellos unas espaciosas lágrimas, las cuales daban a entender de su pena más de lo que ella quisiera decir.

Y en acabando los pastores de cantar, con un suspiro, en compañía del cual parecía habersele salido el alma, se levantó, y, sin despedirse de ellos, se fue por el valle abaxo entrançando sus dorados cabellos, cuyo tocado se le quedó preso en un ramo al tiempo que se levantó. Y si con la poca manzilla que Diana de los pastores había tenido, ellos no templaran la mucha que de ella tuvieron, no bastara el corazón de ninguno de los dos a podello sufrir. Y así unos como otros se fueron a recoger sus ovejas, que desmandadas andaban saltando por el verde prado.

FIN del sexto libro de la «Diana»

LIBRO SÉPTIMO

Después que Felismena hubo puesto fin en las diferencias de la pastora Amarílida y el pastor Filemón, y los dexó con propósito de jamás hazer el uno cosa de que el otro tuviesse ocasión de quejarse, despedida de ellos, se fue por el valle abaxo, por el cual anduvo muchos días sin hallar nueva que algún contento le diesse. Y, como todavía llevaba esperança en las palabras de la sabia Felicia, no dexava de passalle por el pensamiento que, después de tantos trabajos, se havía de cansar la Fortuna de perseguilla. Y estas imaginaciones la sustentavan en la gravíssima pena de su desseo.

Pues yendo una mañana por en medio de un bosque, al salir de una assomada que por encima de una alta sierra parecía, vio delante sí un verde y ameníssimo campo de tanta grandeza que con la vista no se le podía alcançar el cabo, el cual, doze millas adelante, iva a fenescer en la falda de unas montañas que cuasi no se parecían. Por medio del deleitoso campo corría un caudaloso río, el cual hazía una muy graciosa ribera, en muchas partes poblada de salzes y verdes alisos y otros diversos árboles, y en otras dexava descubiertas las cristalinas aguas, recogién dose a una parte un grande y espacioso arenal que de lexos más adornava la hermosa ribera. Las mieses, que por todo el campo parecían sembradas, muy cerca estaban de dar el desseado fruto; y a esta causa, con la fertilidad de la tierra estaban muy crecidas y, meneadas de un templado viento, hazían unos verdes, claros y oscuros, cosa que a los ojos dava muy gran contento. De ancho tenía bien el deleitoso y apacible prado tres millas en partes; y en otras, poco más, y en ninguna havía menos de esto.

Pues baxando la hermosa pastora por su camino abaxo, vino a dar en un bosque muy grande, de verdes alisos y azebuches assaz poblado, por en medio del cual vio muchas casas, tan suntuosamente labradas que en gran admiración le pusieron. Y de súpito fue a dar con los ojos en una muy hermosa ciudad, que, desde lo alto de una sierra que de frente estava, con sus hermosos edificios venía hasta tocar con el muro en el caudaloso río que por medio del campo passava; por encima del cual estava la más suntuosa y admirable puente que en el universo se podía hallar. Las casas y edificios de aquella ciudad insigne eran tan altos y con tan grande artificio labrados, que parecía haver allí la industria humana mostrado su poder. Entre ellos havía muchas torres y pirámides que de altos se levantavan a las nuves; los templos eran muchos y muy suntuosos; las casas, fuertes; los superbos muros, los brabos baluartes davan gran lustre a la grande y antigua población, la cual desde allí se devisava toda.

Las pastora quedó admirada de ver lo que delante los ojos tenía y de hallarse tan cerca de poblado, que era la cosa de que con mayor cuidado andava huyendo. Y con todo esso se asentó un poco a la sombra de un olivo y, mirando muy particularmente lo que havéis oído, viendo aquella populosa ciudad, le vino a la memoria la gran Soldina, su patria y naturaleza, de adonde los amores de don Felis la traían desterrada. Lo cual fue ocasión para no poder passar sin lágrimas, porque la memoria del bien perdido pocas vezes dexa de dar ocasión a ellas.

Dexando, pues, la hermosa pastora aquel lugar y la ciudad a mano derecha, se fue su passo a passo por una senda que junto al río iba hazia la parte donde sus cristalinas aguas con un manso y agradable ruido se ivan a meter en el mar Oceano. Y haviendo caminado seis millas por la graciosa ibera adelante, vio dos pastoras que al pie de un roble, a la orilla del río, passavan la siesta, las cuales, aunque en la hermosura tuviessen una razonable medianía, en la gracia y donaire havía un extremo grandíssimo: el color del rostro, moreno y gracioso; los cabellos, no muy ruvios; los ojos, negros, gentil aire y gracioso en el mirar; sobre las cabeças tenían sendas guirnaldas de verde yedra, por entre las hojas entretejidas muchas rosas y flores. La manera del vestido le paresció muy diferente del que hasta entonces havía visto. Pues levantándose la una con grande priessa a echar una manada de ovejas de un linar adonde se havían entrado, y la otra llegando a beber un rebaño de cabras al claro del río, se bolvieron a la sombra del umbroso fresno. Felismena, que entre unos juncas muy altos se havía metido tan cerca de las pastoras que pudiesse oír lo que entre ellas passava, sintió que la lengua era portuguesa y entendió que el reino en que estava era Lusitania, porque la una de las pastoras dezía con gracia muy extremada en su misma lengua a la otra, tomándose de las manos:

-¡Ay, Duarda, cuán poca razón tienes de no querer a quien te quiere más que a sí! ¡Cuánto mejor te estaría no tratar mal a un pensamiento tan ocupado en tus cosas! Pésame que a tan hermosa pastora le falte piedad para quien en tanta necesidad está de ella.

La otra, que algo más libre parecía, con cierto desdén y un dar de mano, cosa muy natural depersonas libres, respondía:

-¿Quieres que te diga, Armía? Si yo me fiare otra vez de quien tan mal me pagó el amor que le tuve, no terná él la culpa del mal que a mí de esso me sucediere. No me pongas delante los ojos servicios que esse pastor algún tiempo me haya hecho, ni me digas ninguna razón de las que él te da para moverme, porque ya passó el tiempo en que sus razones le valían. Él me prometió de casarse conmigo y se casó con otra. ¿Qué quiere ahora? ¿O qué me pide esse enemigo de mi descanso? Dize que, pues su mujer es finada, que me case con él. No querrá Dios que yo a mí misma me haga tan gran engaño. Déxalo estar, Armía, déxalo, que si él a mí me dessea tanto como dize, esse desseo me dará vengança de él.

La otra le replicava con palabras muy blandas, juntando su rostro con el de la essenta Duarda con muy estrechos abraços:

-¡Ay, pastora, y cómo te está bien todo cuanto dizes! Nunca dessee ser hombre sino ahora para quererte más que a mí; mas dime, Duarda, ¿por qué has tú de querer que Danteo biva en tan triste vida? Él dize que la razón con que de él te queexas, essa misma tiene para su disculpa, porque antes que se casase, estando contigo un día junto al soto de Fremoselle, te dixo: «Duarda, mi padre quiere casarme. ¿Qué te parece que haga?» Y que tú le respondiste muy sacudidamente: «¡Cómo, Danteo! ¿Tan vieja soy yo o tan gran poder tengo en ti, que me pidas parecer y licencia para tus casamientos? Bien puedes hazer lo que tu voluntad y la de tu padre te obligare, porque lo mismo haré yo.» Y que

esto fue dicho con una manera tan estraña de lo que solía[s], como si nunca te hubiera passado por el pensamiento quererle bien.

Duarda le respondió:

-Armía, ¿esso llamas tú disculpa? Si no te tuviera tan conocida en este punto, perdía tu discreción grandíssimo crédito conmigo. ¿Qué había yo de responder a un pastor que publicava que no había cosa en el mundo en quien sus ojos pusiese sino en mí? ¡Cuánto más que no es Danteo tan ignorante que no entendiese en el rostro y arte con que yo esso le respondí, que no era aquello lo que yo quisiera respondelle! Qué donaire tan grande fue toparme él un día, antes que esso passasse, junto a la fuente y dezirme con muchas lágrimas: «¿Por qué, Duarda, eres tan ingrata a lo que te desseo que no te quieres casar conmigo a hurto de tus padres, pues sabes que el tiempo les ha de curar el enojo que de esso rescibieren?» Yo entonces le respondí: «Conténtate, Danteo, con que yo soy tuya y jamás podré ser de otro por cosa que me suceda. Y pues yo me contento con la palabra que de ser mi esposo me has dado, no quieras que, a trueque de esperar un poco de tiempo más, haga una cosa que tan mal nos está.» Y despedirse él de mí con estas palabras, y al otro día dezirme que su padre le quería casar y que le dicesse licencia, y no contento con esto casarse dentro de tres días. ¿Paréscete, pues, Armía, que es esta harto suficiente causa para yo usar de la libertad que con tanto trabajo de mi pensamiento tengo ganada?

-Essas cosas -respondió la otra- fácilmente se dicen y se pasan entre personas que se quieren bien, mas no se han de llevar por esso tan al cabo como tú las llevas.

La pastora le replicó:

-Las que se dicen, Armía, tienes razón, mas las que se hazen, ya tú lo vees si llegan al alma de las que queremos bien. En fin, Danteo se casó. Pésame mucho que se lograsse poco tan hermosa pastora, y mucho más de ver que no ha un mes que la enterró y ya comiençan a dar bueltas sobre él pensamientos nuevos.

Armía le respondió:

-Matóla Dios, porque, en fin, Danteo era tuyo y no podía ser de otra.

-Pues esso es assí -respondió Duarda-, que quien es de una persona no puede ser de otra, yo la hora de ahora me hallo mía y no puedo ser de Danteo. Y dexemos cosa tan escusada como gastar el tiempo en esto; mejor será que se gaste en cantar una canción.

Y luego las dos, en su misma lengua, con mucha gracia començaron a cantar lo siguiente:

Os tempos se mudaro,
a vida se acabará;
mas a fé sempre estará
onde meus ollos esto.

Os dias e os momentos,
as horas con sus mudanças
inmigas so d'esperanças
e amigas de pensamentos.

Os pensamentos esto,
a esperança acabará,
a fé me no deixará
por honra do coração.

É causa de muitos danos
duvidosa co[n]fiança,
que a vida sen esperança;
já no teme desenganos.

Os tempos se vêm e vo,
a vida se acabará;
mas a fé no quererá
fazer-me esta senraço.

Acabada esta canción, Felismena salió del lugar donde estava escondida y se llegó adonde las pastoras estavan, las cuales, espantadas de su gracia y hermosura, se llegaron a ella y la recibieron con muy estrechos abraços, preguntándole de qué tierra era y de a dónde venía. A lo cual la hermosa Felismena no sabía responder, mas antes con muchas lágrimas les preguntava qué tierra era aquella en que moravan, porque, de la suya, la lengua dava testimonio de ser de la provincia de Vandalia y que por cierta desdicha venía desterrada de sus tierras. Las pastoras portuguesas, con muchas lágrimas, la consolavan, doliéndose de su destierro, cosa muy natural de aquella nación y mucho más de los habitantes de aquella provincia.

Y preguntándoles Felismena qué ciudad era aquella que había dexado hazia la parte donde el río con sus cristalinas aguas, apresurando su camino, con gran ímpitu venía; y que también deseaba saber qué castillo era aquel que sobre aquel monte mayor que todos estava edificado, y otras cosas semejantes. Y una de aquellas, que Duarda se llamava, le respondió que la ciudad se llamava Coimbra, una de las más insignes y principales de aquel reino, y aun de toda la Europa, assí por la antigüedad y nobleza de linages que en ella havia, como por la tierra comarcana a ella, la cual aquel caudaloso río, que Mondego tenía por nombre, con sus cristalinas aguas regava; y que todos aquellos campos que con tan gran ímpitu iba discurriendo se llamavan el campo de Mondego, y el castillo que delante los ojos tenían era la luz de nuestra España y que este nombre le convenía más que el suyo propio, pues en medio de la infidelidad del mahomético rey Marsilio, que tantos años le havia tenido cercado, se havia sustentado de manera que siempre havia salido vencedor y jamás vencido. Y que el nombre que tenía en lengua portuguesa era Montemôr-o-vello, adonde la virtud, el ingenio, valor y esfuerço havían quedado por trofeos de las hazañas que los habitantes de él en aquel tiempo havían hecho; y que las

damas que en él había y los cavalleros que lo habitavan florescían hoy en todas las virtudes que imaginarse podían. Y assí le contó la pastora otras muchas cosas de la fertilidad de la tierra, de la antigüedad de los edificios, de la riqueza de los moradores, de la hermosura y discreción de las ninfas y pastoras que por la comarca del inexpugnable castillo habitavan, cosas que a Felismena pusieron en gran admiración. Y rogándole las pastoras que comiesse, porque no debía venir con poca necesidad de ello, tuvo por bien de aceptallo. Y en cuanto Felismena comía de lo que las pastoras le dieron, la vían derramar algunas lágrimas, de que ellas en extremo se dolían. Y, queriéndole pedir la causa, se lo estorvó la boz de un pastor que muy dulcemente, al son de un rabel, cantava, el cual fue luego conocido de las dos pastoras, porque aquel era el pastor Danteo, por quien Armía terciava con la graciosa Duarda, la cual, con muchas lágrimas, dixo a Felismena:

-Hermosa pastora: aunque el manjar es de pastoras, la comida es de princesa, que mal pensaste tú cuando aquí venías que havías de comer con música.

Felismena entonces le respondió:

-No habría en el mundo, graciosa pastora, música más agradable para mí que vuestra vista y conversación; y esto me daría a mí mayor ocasión para tenerme por princesa, que no la música que dezís.

Duarda respondió:

-Más había de valer que yo quien esso os meresciesse, y más subido de quilate había de ser su entendimiento para entendello; mas lo que fuere parte [d]el desseo, hallarse ha en mí muy cumplidamente.

Armía dixo contra Duarda:

-¡Ay, Duarda, cómo eres discreta y cuánto más lo serías si no fuesses cruel! ¿Hay cosa en el mundo como esta, que por no oír a aquel pastor que está cantando sus desventuras, está metiendo palabras en medio y ocupando en otra cosa el entendimiento?

Felismena, entendiendo quién podía ser el pastor en las palabras de Armía, las hizo estar atentas y oílle; el cual cantava al son de su instrumento esta canción en su misma lengua:

Sospiros, miña lembrança
no quer, porque vós no vades,
que o mal que fazen saudades
se cure con esperança.

A esperança no me val
pola causa en que se ten,
nem promete tanto ben
quanto a saudade faz mal.

Mas amor, desconfiança
me deron tal qualidade
que nen me mata saudade
nen me dá vida esperanza.

Er[r]aro se se queixaren
os ollos con que eu ollei,
porque'eu no me queixarei
en quanto os seus me lembraren.

Nem poderá aver mudança
jamais en miña vontade,
ora me mate saudade,
ora me deixe esperanza.

A la pastora Felismena supieron mejor las palabras del pastor que el combite de las pastoras, porque más le parecía que la canción se había hecho para quejarse de su mal que para lamentar el ageno; y dixo cuando le acabó de oír:

-¡Ay, pastor, que verdaderamente parece que aprendiste en mis males a quejarte de los tuyos! ¡Desdichada de mí, que no veo ni oyo cosa que no me ponga delante la razón que tengo de no desear la vida! Mas no quiera Dios que yo la pierda hasta que mis ojos vean la causa de sus ardientes lágrimas.

Armia dixo a Felismena:

-¿Parésceos, hermosa pastora, que aquellas palabras merescen ser oídas, y que el corazón de adonde ellas salen se deve tener en más de lo que esta pastora lo tiene?

-No trates, Armía -dixo Duarda-, de sus palabras; trata de sus obras, que por ellas se ha de juzgar el pensamiento del que las haze. Si tú te enamoras de canciones y te parecen bien sonetos hechos con cuidado de dezir buenas razones, desengáñate, que son la cosa de que yo menos gusto recibo, y por la que menos me certifico del amor que se me tiene.

Felismena dixo entonces favoreciendo la razón de Duarda:

-Mira, Armía, muchos males se escusaría, muy grandes desdichas no vernían en efecto si nosotras dexássernos de dar crédito a palabras bien ordenadas y a razones compuestas de coraçones libres, porque en ninguna cosa ellos muestran tanto serlo, como en saber dezir por orden un mal que, cuando es verdadero, no hay cosa más fuera de ella. ¡Desdichada de mí, que no supe yo aprovecharme de este consejo!

A este tiempo llegó el pastor portugués donde las pastoras estaban, y dixo contra Duarda en su misma lengua:

-Ah, pastora, se as lágrimas destes ollos e as mágoas deste corazón so pouca parte para abrandar a dureza con que sou tratado, no quero de ti mais seno que miña compañía por estes campos te no seja importuna, nen os tristes versos que meu mal, junto a esta fremosa ribeira, me faz cantar, te dêen ocasio d'enfadamento. Passa, fremosa pastora, a sesta a a sombra destes salgueiros, que o teu pastor te levará as cabras ao río e estará ao terreiro do sol en quanto elas nas cristalinas águas se bañaren.

Pentea, fremosa pastora, os teus cabelos d'ouro junto a aquela crara fonte, donde ven o ribeiro que cerca este fremoso prado, que eu irei entanto a repastar teu gado, e terei conta con que as ovellas no entren nas searas que ao longo desta ribeira esto. Dessejo que no tomes traballo en cousa nenhuma, nen eu descanso emquanto en cousas tuas no traballar. Se isto te parece pouco amor, dize tu en que te poderei mostrar o ben que te quero, que no ha mór sinal da pesoa dizer verdade en qualquer cousa que diz que ofrecerse a experiencia dela.

La pastora Duarda entonces respondió:

-Danteo, se é verdade que hai amor no mundo, eu o tive contigo, e tan grande como tu sabes. Jamais ninhun pastor de quantos apacento seus ganados polos campos de Mondego e beben as suas claras águas alcançou de mi ninhũa só palabra con que tiveses occasio de queixar-te de Duarda nen do amor que te ela sempre mostrou; a ninguen tuas lágrimas e ardentes sospiros mais magoaron que a mi. O día que te meus ollos no vio, jamais se levantavo a cousa que lles desse gosto. As vacas que tu guardavas ero mais que miñas. Muitas mais veces, receosa que as guardas deste deleitoso campo lles no impedissen o pasto, me puña eu desd'aquel outeiro por ver si parecia, do que miñas ovellas ero por mi apascentadas e postas en parte onde sen sobresalto pascessen as ervas desta fermosa ribeira. Isto me danou a mi tanto en mostrarme sojeita, como a ti en fazer-te confiado. Ben sei que de miña sojeição naceu tua confiança, e de tua confiança fazer o que fiziste. Tu te casaste con Andresa, cuja alma este en glória, que cousa é esta que algun tempo no pidi a Deus; antes lle pidiá vingança dela e de ti. Eu passei despois de voso casamento o que tu e outros muitos saben. Quis miña Fortuna que a tua me no dese pena. Deixa-me gozar de miña liberdade e no esperes que comigo poderás gañar o que por culpa tua perdeste.

Acabando la pastora la terrible respuesta que havéis oído y queriendo Felismena meterse en medio de la diferencia de los dos, oyeron a una parte del prado muy gran ruido y golpes, como de cavalleros que se combatían. Y todos con muy gran priesa se fueron a la parte donde se oían, por ver qué cosa fuesse; y vieron en una isleta que el río con una buelta hazía, tres cavalleros que con uno solo se combatían, y aunque se defendía valientemente dando a entender su esfuerço y valentía, con todo esso los tres le davan tanto quehazer que le ponían en necesidad de aprovecharse de toda su fuerça; la batalla se hazía a pie, y los cavallos estavan arrendados a unos pequeños árboles que allí havía. Y a este tiempo ya el cavallero solo tenía uno de los tres tendido en el suelo de un golpe de espada, con el cual le acabó la vida; pero los otros dos, que muy valientes eran, le traían ya tal que no se esperaba otra cosa sino la muerte. La pastora Felismena, que vio aquel cavallero en tan gran peligro y que si no le socorriesse no podría escapar con la

vida, quiso poner la suya a riesgo de perdella por hazer lo que en aquel caso era obligada. Y poniendo una aguda saeta en su arco, dixo contra uno de ellos:

-¡Teneos afuera, cavalleros, que no es de personas que de este nombre se precian aprovecharse de sus enemigos con ventaja tan conocida!

Y apuntándole a la vista de la celada, le acertó con tanta fuerça que, entrándole por entre los ojos, passó de la otra parte, de manera que aquel vino muerto al suelo. Cuando el cavallero solo vio muerto a uno de sus contrarios arremetió al tercero con tanto esfuerço como si entonces començara su batalla, pero Felismena le quitó de trabajo poniendo otra flecha en su arco, con la cual, no parando en las armas, le entró por debaxo de la tetilla izquierda y le atravesó el corazón, de manera que el cavallero llevó el camino de sus compañeros.

Cuando los pastores vieron lo que Felismena havia hecho, y el cavallero vio de dos tiros matar dos cavalleros tan valientes, assí unos como otros quedaron en extremo admirados. Pues quitándose el cavallero el yelmo y llegándose a ella le dixo:

-Hermosa pastora: ¿con qué podré yo pagaros tan grande merced como la que de vos he rescebido en este día, sino en tener conocida esta deuda para nunca jamás perdella del pensamiento?

Cuando Felismena vio el rostro al caballero y lo conoció quedó tan fuera de sí, que de turbada casi no le supo hablar. Mas, bolviendo en sí, le respondió:

-¡Ay, don Felis, que no es esta la primera deuda en que tú me estás, y no puedo yo creer que ternás de ella el conocimiento que dizes, sino el que de otras muy mayores me has tenido! Mira a qué tiempo me ha traído mi Fortuna y tu desamor, que quien solía en la ciudad ser servida de ti con torneos, justas y otras cosas con que me engañavas (o con que yo me dexava engañar), anda ahora desterrada de su tierra y de su libertad por haver tú querido usar de la tuya. Si esto no te trae a conocimiento de lo que me debes, acuérdate que un año te estuve sirviendo de page en la corte de la princesa Cesarina, y aun de tercero contra mí misma, sin jamás descubrirte mi pensamiento, por solo dar remedio al mal que el tuyo te hacía sentir. ¡Oh, cuántas vezes te alcancé los favores de Celia, tu señora, a gran costa de mis lágrimas! Y no lo tengas en mucho, que, cuando estas no bastaran, la vida diera yo a trueque de remediar la mala que tus amores te davan. Si no estás saneado de lo mucho que te he querido, mira las cosas que la fuerça de amor me ha hecho hazer: yo me salí de mi tierra; yo te vine a servir y a dolerme del mal que sufrías y a sufrir el agravio que yo en esto rescibía; y a trueque de darte contento, no tenía en nada bivar la más triste vida que nadie bivió. En trage de dama, te he querido como nunca nadie quiso; en hábito de page, te serví en la cosa más contraria a mi descanso que se puede imaginar; y aun ahora en trage de pastora vine a hazerte este pequeño servicio. Ya no me queda más que hazer, sino es sacrificar la vida a tu desamor. Si te parece que devo hazello y que tú no te has de acordar de lo mucho que te he querido, la espada tienes en la mano; no quieras que otro tome en mí la vengança de lo que te merezco.

Cuando el cavallero oyó las palabras de Felismena y conosció todo lo que dixo haver sido assí, el corazón se le cubrió de ver las sinrazones que con ella había usado, de manera que esto y la mucha sangre que de las heridas se le iba, fueron causa de un súpito desmayo, cayendo a los pies de la hermosa Felismena como muerto; la cual, con la mayor pena que imaginarse puede, tomándole la cabeça en su regaço, con muchas lágrimas que sobre el rostro de su cavallero destilava, començó a dezir:

-¿Qué es esto, Fortuna? ¿Es llegado el fin de mi vida, junto con la del mi don Felis? ¡Ay, don Felis, causa de todo mi mal! Si no bastan las muchas lágrimas que por tu causa he derramado, y las que sobre tu rostro derramo, para que buelvas en ti, ¿qué remedio terná esta desdichada para que el gozo de verte no se le buelva en ocasión de desesperarse? ¡Ay, mi don Felis! Despierta, si es sueño el que tienes, aunque no me espantaría si no lo hiziesses, pues jamás cosas mías te le hizieron perder.

En estas y otras lamentaciones estava la hermosa Felismena, y las pastoras portuguesas le ayudavan, quando, por las piedras que passavan a la isla, vieron venir una hermosa ninfa con un vaso de oro y otro de plata en las manos, la cual luego de Felismena fue conocida y le dixo:

-¡Ay, Dórida! ¿Quién había de ser la que a tal tiempo socorriesse a esta desdichada sino tú? Llégate acá, hermosa ninfa, y verás puesta la causa de todos mis trabajos en el mayor que es posible tenerse.

Dórida entonces le respondió:

-Para estos tiempos es el ánimo; y no te fatigues, hermosa Felismena, que el fin de tus trabajos es llegado y el principio de contentamiento.

Y diziendo esto le echó sobre el rostro de una odorífera agua que en el vaso de plata traía, la cual le hizo bolver en todo su acuerdo. Y le dixo:

-Cavallero, si queréis cobrar la vida y dalla a quien tan mala a causa vuestra la ha passado, beved del agua de este vaso.

Y, tomando don Felis el vaso de oro en las manos, bebió gran parte del agua que en él venía. Y como hubo un poco reposado con ella, se sintió tan sano de las heridas que los tres cavalleros le habían hecho y de la que amor a causa de la señora Celia le había dado, que no sentía más la pena que cada una de ellas le podían causar que si nunca las hubiera tenido. Y de tal manera se le bolvió a renovar el amor de Felismena, que en ningún tiempo le pareció haver estado tan bivo como entonces. Y, sentándose encima de la verde yerva, tomó las manos de la pastora y, besándoselas muchas vezes, dezía:

-¡Ay, Felismena! ¡Cuán poco haría yo en dar la vida a trueque de lo que te devo! Que pues por ti la tengo, muy poco hago en darte lo que es tuyo. ¿Con qué ojos podrá mirar tu hermosura el que, faltándole el conoscimiento de lo que te devía, osó ponellos en otra parte? ¿Qué palabras bastarían para disculparme de lo que contra ti he cometido?

Desdichado de mí si tu condición no es en mi favor, porque ni bastará satisfacción para tan gran yerro, ni razón para disculparme de la grande que tienes de olvidarme. Verdad es que yo quise bien a Celia y te olvidé, mas no de manera que de la memoria se me passasse tu valor y hermosura. Y lo bueno es que no sé a quién ponga parte de la culpa que se me puede atribuir, porque, si quiero ponella a la poca edad que entonces tenía, pues la tuve para quererte, no me había de faltar para estar firme en la fe que te devía; si a la hermosura de Celia, muy claro está la ventaja que a ella y a todas las del mundo tienes; si a la mudança de los tiempos, esse había de ser el toque donde mi firmeza había de mostrar su valor; si a la traidora de ausencia, tampoco parece bastante disculpa, pues el desseo de verte había, estando ausente, de sustentar tu imagen en mi memoria. Mira, Felismena, cuán confiado estoy en tu bondad y clemencia que sin miedo te oso poner delante las causas que tienes de no perdonarme. Mas ¿qué haré para que me perdones o para que, después de perdonado, crea que estás satisfecha? Una cosa me duele más que cuantas en el mundo me pueden dar pena; y es ver que, puesto caso que el amor que me has tenido y tienes te haga perdonar tantos yerros, ninguna vez alçaré los ojos a mirarte que no me lleguen al alma los agravios que de mí has recebido.

La pastora Felismena, que vio a don Felis tan arrepentido y tan buuelto a su primero pensamiento, con muchas lágrimas le dezía que ella le perdonava, pues no sufría menos el amor que siempre le había tenido; y que si pensara no perdonalle, no se huviera por su causa puesto a tantos trabajos; y otras cosas muchas, con que don Felis quedó confirmado en el primero amor.

La hermosa ninfa Dórida se llegó al cavallero y, después de haver passado entre los dos muchas palabras y grandes ofrecimientos, de parte de la sabia Felicia le suplicó que él y la hermosa Felismena se fuesen con ella al templo de la diosa Diana, donde los quedava esperando con grandísimo desseo de verlos. Don Felis lo concedió y, despedido de las pastoras portuguesas, que en extremo estavan espantadas de lo que visto habían, y del afligido pastor Danteo, tomando los cavallos de los cavalleros muertos, los cuales, sobre tomar a don Felis el suyo, le habían puesto en tanto aprieto, se fueron por su camino adelante, contando Felismena a don Felis con muy gran contento lo que había passado después que no le había visto. De lo cual él se espantó estrañamente, y especialmente de la muerte de los tres salvages y de la casa de la sabia Felicia y sucesso de los pastores y pastoras, y todo lo más que en este libro se ha contado; y no poco espanto llevaba don Felis en ver que su señora Felismena le huviesse servido tantos días de page y que, de puro divertido el entendimiento, no la había conocido. Y por otra parte era tanta su alegría de verse de su señora bien amado, que no podía encubrirlo.

Pues caminando por sus jornadas, llegaron al templo de Diana, donde la sabia Felicia los esperaba, y assimismo los pastores Arsileo y Belisa, y Silvano y Selvagia, que pocos días había que eran allí venidos. Fueron recibidos con muy gran contento de todos, especialmente la hermosa Felismena, que por su bondad y hermosura de todos era tenuta en gran possessión.

Allí fueron todos desposados con las que bien querían, con gran regozijo y fiesta de todas las ninfas y de la sabia Felicia, a la cual no ayudó poco Sireno con su venida, aunque de

ella se le siguió lo que en la segunda parte de este libro se contará, juntamente con el suceso del pastor y pastora portuguesa Danteo y Duarda.

LAUS DEO